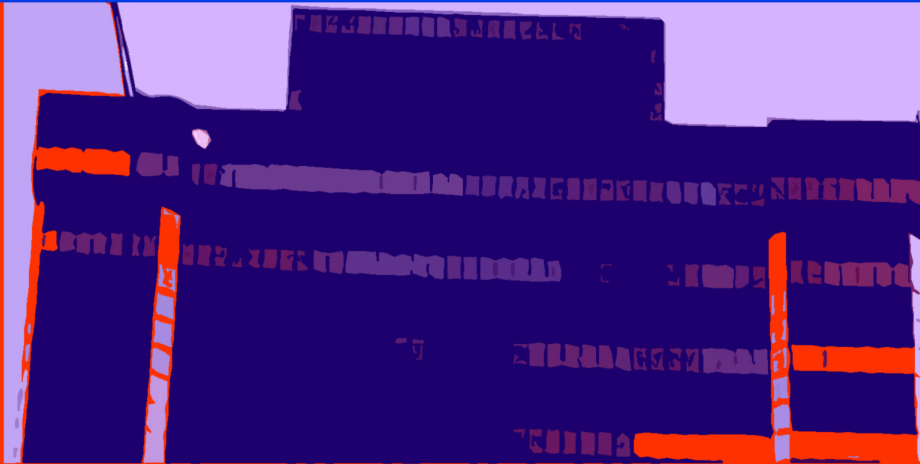


# LAS BONDAS NO TIENEN CORAZÓN

Alejandro Espinoza



**Crunch!**



ALEJANDRO ESPINOZA : LAS BONDAS NO TIENEN CORAZÓN



CRUNCH • MÉXICO



Alejandro Espinoza

**Las biondas no tienen corazón**

**Crunch!**

D. R. © 2005, Alejandro Espinoza  
D. R. © 2005, Crunch! Editores

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores.



*Now the plain blondes are playing along with you*  
AC Newman, "On the Table"



## Anatomía de una bionda

Primero hay que aclarar que no todas las biondas son iguales, todas las biondas tienen semejanzas y no hay ni una sola bionda igual a la otra. Segundo, hay que especificar que por bionda no sólo nos referimos a las mujeres de cabello rubio, sea éste pintado, decolorado o coronado con las raíces negras que avisan una nueva visita a la estética de su bionda preferencia.

Es entonces como podemos empezar por describir la cabellera de esta fauna. El cabello de las biondas las separa del resto de las mujeres, por su insistencia en mantener un color que no sea el de origen. A veces tenemos a biondas con cabellos castaños, cobrizos o con un rubio medio trigueño. A veces tenemos biondas con un escandaloso amarillo producto de la oxigenación despreocupada. Son cabellos largos, en su mayoría, abrumados por el alcohol contenido en las docenas de latas de spray fijador, que le dan un tornasoleado firme y decadente. Podemos imaginar el mismo tipo de peinado, el mismo tipo de cabello, las mismas tiras de pelo maltratado, de puntas como patas de cucaracha, cuando estas mujeres llegan a los sesenta años. Las biondas tienen el cabello de una señora de sesenta años, pero a la edad de veinticinco. Todas creen que se ven primorosas, y eso causa una especie de ternura trágica para quienes las admiramos.

Leyenda urbana: Dicen que las biondas se pintan el pelo de negro después de perder la virginidad, como a eso de los dieciséis años, muy probablemente en verano, ya sea después de la primera borrachera con vodka mientras pasean por las calles desoladas de la ciudad, o quizá en un campamento, cuando conocieron al primo lejano que las ayudó a levantarse cuando tropezaron en un risco.

Sus rostros lo dicen todo y no dicen nada a la vez: queremos amor. Queremos un amor eterno que contemple nuestras sonrisas como si fueran las únicas sonrisas en el universo. Usamos maquillaje porque así lo exige nuestra complejidad, porque nuestra piel está llena de imperfecciones, imperfecciones de la historia y de los llantos que hemos arrojado por ustedes, amores eternos. El rostro de la bionda es la geografía del maquillaje extremo: podemos ver, en aquellos escasos momentos en los que tenemos a una bionda frente a nosotros a plena luz del día, las grietas en la frente, las mejillas, la comisura de los labios, y que denotan la armadura de make up que recubre sus pesares. La bionda vive dentro de una máscara, la máscara de la felicidad que todos queremos que ellas posean.

Es común ver a los ojos de una bionda y despertar al animal interno, ese que nos dice: los ojos naturales son la cosa más bella que existe en este mundo confeccionado, no sé por qué una mujer decide esconder su color natural detrás de un velo verdoso o azulado en las pupilas. El pupilete es

el accesorio de rigor de las biondas. Lo usan para no tener que ver la realidad con la pureza de unos ojos que están dispuestos a ver todo. Las protegen de la catástrofe que la edad describe en nuestros cuerpos, cada vez más atrofiados por las noches en vela. El pupilente es el accesorio más efectivo para justificar los ojos irritados de la bionda, rojizos de tanta fiesta, tanto humo de cigarro, tanto tiempo contemplando en silencio los movimientos del príncipe amado.

Los labios de las biondas son los labios del pecado. Los que dicen mentiras piadosas para impresionar al galán de ceja poblada y su colección completa de discos de Depeche Mode. Son labios de inglesa que encontró la manera de hacerlos más llenos, a base de práctica frente al espejo del baño. Los labios biondos son labios que han visto cruzar por sus comisuras: licor, canciones de Mecano, chismes que rebajan la vida de una bionda rival, secretos íntimos que transmiten a grandes amigas y futuras rivales, que darían sus brassieres con tal de revelarles dicho secreto a quien más con venga, más canciones de Mecano, pero también de Miguel Bosé, Laureano Brizuela, dos que tres de Soda Stereo y sobre todo aquella canción de Los Fabulosos Cadillacs con Celia Cruz, cuyo nombre jamás lo recuerdan.

Son labios que han besado con amor, con odio, con asco y hasta con un poquito de risa. Son labios que han causado incertidumbre y pasión a la vez, labios arrugados y grotescos que esconden una sonrisa manifiesta de lascivia, que cruza la barra del bar y se inserta en el cuello de la camisa del licenciado recién divorciado, que busca un poco de sentido a su vida, quizá un poco de perfume arrumbado en las sábanas de su cama soltera.

Labios que han producido más de una docena de chupetes comprometedores, de esos que las mamás no quieren reconocer en sus hijos puros y castos la mañana del sábado, al ponerles el plato con chilaquiles para levantarlos de la cruda.

Labios que se achicharran cada vez que escuchan “sí, soy virgen.” Una especie de fantasía secreta, de placer culpable de las biondas. Cogerse a un virgen.

Labios que descansan del sueño instantáneo al que llamamos infancia, que se olvidan de las purezas enseñadas en catecismo, o por la tía de Guasave que le duele la cabeza cuando ve a las modelos semi desnudas en la televisión.

Labios que conocen la importancia de saber decir “te amo” sin sentirlo.

Los labios de las biondas arrojan una infinidad de respuestas sobre esta peculiar fauna nocturna. El sorbo que le dan a su trago con el popote encierra el gran secreto de su existencia.

Pasemos al cuerpo de las biondas.

Siempre tienen un ideal de cuerpo, mismo que se transforma con el paso de los números de las revistas de modas, sobre todo *Marie Claire*.

Claro es que nunca llegan a ese ideal de cuerpo.

Sólo llegan aquellas biondas con determinación de hierro, que se encierran horas fatídicas en el gimnasio para levantar esos glúteos, para cui-

dar que la transpiración no se marque en las axilas, para cuidar que no se sientan como anuncio de tampones mientras trepan la escaladora.

Pero esas biondas lo hacen porque nunca han estado contentas con la cara. Desean ser el tipo de mujeres que los hombres desean de lejos. Este es un tipo de bionda que sufre mucho y termina casándose con el jefe del departamento donde trabaja, porque una noche de karaoke lo ayudó a confesarse ante ella, manifestando su homosexualidad latente. Ambos el jefe de departamento y la bionda tentación/arrepentimiento llegaron a un acuerdo tácito, con el cual viven felices para siempre.

Las otras biondas sufren sin sufrir. Algunas son delgadas y con poco pecho, otras con mucho pecho pero desnalgadas, otras aun, desnalgadas desde los doce años. Hay biondas gorditas que no sienten vergüenza al relucir sus lonjas, porque ellas son ellas y no les importa.

Con respecto a su físico, la mayoría de las biondas se encuentran en ese lugar intermedio, donde se vive la angustia de nunca llegar a la talla adecuada. Pero esa angustia se pierde cuando salen de noche. Porque de noche todas las imperfecciones se esconden en una nube de luces tenues, música a todo volumen y unos dos tres tragos mal preparados.

Independientemente de su condición física, las biondas siempre se hallan como guardando un secreto acerca de sus cuerpos. Ese secreto puede detectarse en el modo como se fajan las blusas, como a veces usan minifaldas que no resalten los pliegues que se forman en sus caderas cuando se sientan, a veces incluso recurriendo a fajas que encierren una barriguita bien formada, producto de dos que tres pecadillos de fin de semana, particularmente el medio galón de nieve de chocolate chip que consumen por las noches del sábado, después de ver la película de Pedro Infante, justo cuando inician aquel suspiro que las lleva al pensamiento “ya no existen hombres como esos, que no se preocupaban por las curvas de sus mujeres.”

Muchas biondas usan medias claras para presumir sus pantorrillas; suelen sentarse en las mesas de los bares que tengan el mayor campo visual para los hombres que las acechan. Cruzan las piernas cuando acceden a la mirada de dichos hombres, aún no se sabe si es un llamado primitivo de apareamiento, o simplemente les incomodan sus ropas apretadas. Muchos se han confundido, y los que terminan en la cama con ellas jamás les han preguntado a la mañana siguiente.

Las biondas tienen manos de secretaria ejecutiva. Se encuentran todavía en su etapa de desarrollo, así que es muy común observar un cierto grado de infancia en esos dedos chatos y regordetes con los que intentan acariciar a la persona que aman, los cuales inmediatamente cierran los ojos para no visualizar el acto, para simplemente dejarse llevar por la corriente y pensar: “no importa. De todos modos está bien pechugona, así que no me concentraré en sus manos callosas.”

Todas las biondas tienen las rodillas manchadas por el pecado original de jugar de niñas, en los campos deportivos de la escuela, con los niños raros, los cuales han defendido toda su vidas a capa y espada como si fueran

sus hermanitos. Una observación minuciosa puede detectar incluso ciertos tonos verdosos en la rodilla bionda, residuos del césped en que se restregaban cuando de rodillas solicitaban al fortachón de la colonia a no molestar a su amiguito el que parece marica. El fortachón siempre pedía un beso a cambio, y las biondas siempre accedían.

En las rodillas se encuentra la clave para conocer a la bionda como una mujer ejemplar en el campo de trabajo. Son rodillas fuertes que sostienen las más arduas tareas, sobre todo la de estar sentadas por horas en las juntas de departamento, cruzadas de piernas, tomando notas que nunca leen, intercambiando gestos de afirmación al jefe con el nuevo empleado que llegó a arrasar con su hombría y tiene a todas las biondas de la empresa trasnacional en vilo.

Pero a las biondas no les gustan sus rodillas. Son para ellas la parte menos atractiva de sus cuerpos.

De los pies de las biondas no podemos hablar, ya que ellas se rehúsan a quitarse los zapatos frente a un hombre. Cuando están en la cama con ellos, prefieren apagar la luz antes de meter sus pies dentro de las sábanas. Si un hombre llega siquiera a tocar la punta de sus pies, ellas responden incluso hasta con violencia. Algo hay en los pies de las biondas que denota su fragilidad, el hecho de que sean tan autoconcientes de sus propias acciones.

Lo único que podemos decir es que siempre traen las uñas de los pies pintadas. Compran pinturas de uñas en los supermercados, los jueves por la noche, cuando no hay absolutamente nadie que las pueda ver. Si una bionda sorprende a otra en este acto, suelen decirse: “es sólo un pecadillo más para mantenernos atractivas para ellos.” Lo cual resume perfectamente la anatomía de la bionda en su sentido holístico: la apariencia física de las biondas es el resultado de un conjunto de pecadillos que podemos detectar en varias regiones de sus cuerpos, como la representación de una mujer completa y exclusivamente dedicada a cultivar su belleza desvanecida.

La primera gran verdad que las biondas suelen decir es: *Yo soy yo*. Sociólogos de la Universidad de Stanford han estudiado el significado de esta frase tan común en las biondas, pero no han llegado a una conclusión definitiva. Actualmente, realizan un estudio de mercado con miembros de varias corporaciones, para ver patrones de consumo, estilos de vida, relaciones sujeto-objeto del deseo, colocación de las biondas en un campo definitivo de acción, todo con la finalidad de descubrir lo que significa para ellas el “ser yo misma”. Pero a lo único que llegaron fue a dos sociólogos iniciando una comuna autárquica, que busca rescatar el modelo de vida de los primeros esquimales, en Ghana. Un filósofo en Frankfurt trató de indagar sobre el misterio Kantiano detrás de la afirmación. Recibía los datos de su primera novia, después esposa, una bionda que conoció en sus estudios sobre el comportamiento de los “seres menores” (era medio fascista el tipo), sobre todo aquéllas nociones del ser, aplicadas a un contexto post-industrial de capitalismo rampante, detalles que su pobre esposa no podía

contemplar ni con una lupa y dosis fuertes de Ritalin. Las conversaciones iban más o menos así:

—Viejito, ¿Tú me quieres?

—Define primero lo que te vengo preguntando desde hace tres años.

—Es que Viejito, no te entiendo.

—Si lo afirmas, debes entenderlo, chupaflor. Y por favor, ya te dije que no me gusta que te refieras a mí como *Viejito*. Las connotaciones son demasiado pesadas para mí.

—Pos qué sensible.

—¡Contesta, pues!

—Bueno tampoco te me pongas de modo. A ver, ¿Cómo iba la pregunta otra vez?

—Por enésima vez en los últimos tres años: ¿Cómo es que uno puede ser uno? O mejor dicho, ¿Cómo el ser puede establecerse en un orden ontológico en el mismo ser?

—Bueno, te contesto si primero me dices que me quieres

—Te quiero pimpollo.

—Bien. Entiendo que un ser no puede separarse de ese otro que se establece como el marco de su separación, y que pertenecemos a una suerte de ilusión perceptual que se define en términos sociales con base en la comunicación. Más sin embargo, arguyo que existe una noción de “fuero interno”, en donde podemos situar la noción de “ser lo que se es”, ausente de toda pretensión dinámica en lo social, y enmarcada en una especie como de anarquía existencial, donde lo primero es lo primero y es ahí donde se sitúa el segundo yo de la afirmación.

Un año después, el filósofo se suicidó.

La Segunda gran “verdad” de las biondas es: *Llegada la medianoche, todas somos Shakira.*

## La seducción de una bionda

Las biondas seducen con la mirada y un canturreo silencioso que dice “te quiero, hoy, en este momento, y quiero ver los ojos de mis futuros hijos en los tuyos”. La seducción biondezca es un ritual que inicia con el radio encendido en estación conocida y un poco de perfume en los codos, las rodillas y las partes íntimas. Inicia también con la plática previa a la noche de fiesta, el viernes que promete y que discute con su amiga la entrañable gordita que guarda su virginidad para el olvido.

Las biondas seducen como quien espera tomar al mundo con los labios y lo lame cual cono de nieve de chocolate derretida. Hay algo medio “messy” en el proceso que no deja de molestarnos, independientemente de lo sabroso que puede ser al mismo tiempo. Las biondas esperan respuesta inmediata a sus *come ons*, como si la propagación de feromonas bastara para hipnotizar al más incauto de los banqueros, al más ingenuo de los licenciados, al más niño de los empresarios, aquellos que no resolvieron los dilemas de mamá y terminaron buscando en el olor de la mujer ajena un poco de amor y un abrazo a las ocho de la mañana.

La seducción de la bionda se hace con todo el cuerpo. Es una reacción en cadena de movimientos y gesticulaciones que hasta el más ciego de los prospectos masculinos puede entender. Sin embargo, la bionda no vocifera su gusto o atracción por un hombre, no es un personaje de película de ficheras, ni una prostituta francesa del siglo XIX; no las encuentras en los rincones del bar o tugurio conocido gritando obscenidades al primer lelo que cruce frente a ella, no vas a escuchar *Uunuy, m'hijo, esa carne quiere concha*, ni *vente pa' cá, papacito, que aquí tengo la mielecita que busca tu pajarito*, ni nada de esas expresiones que convierten al hombre en un nudo en la garganta y una broma entre dientes cuando llega de nuevo a su mesa.

Ya que hablamos de dientes. Hubo una vez una bionda, no se sabe si formó parte de una corte real en el siglo XVII o si apareció en las discoteques en la década de los setenta, que acostumbraba hacer un gesto bastante incómodo a los hombres que le atraían. Era similar a la de una piraña: sonreía de modo tal, que de pronto movía los dientes como si quisiera mordisquear algo. Sus amigas dicen que era un tic nervioso, pero los pocos hombres que se sintieron atraídos, sostienen que se trataba de un llamado al apareamiento, y que nunca fueron los mismos después de una noche con ella.

La bionda manifiesta su atracción primero con la mirada. Puedes verla reflejada enfrente de ti, mientras te sientas en la barra y observas por el espejo “la escena” que se desplaza al fondo. Ahí está. Se llama Lucinda, tiene treinta y dos años, el olor a Benson and Hedges, mentolados, el centro de



su media roto, la uña del pie derecho secretamente más alargada que las demás —un rollo sexual que nomás ella entiende. Toma una piña colada y parece gustarle la música; podemos afirmar que tiene buen cuerpo, sobre todo en la región del busto. Nada mal. Su gusto para vestir es promedio, esto es, agresiva y desesperadamente a la moda de las más reconocidas actrices de telenovela del momento. Lucinda cree que sabes leer los labios. Tiene unos minutos asomándose por el espejo y diciéndote “hola”.

Su mirada es encantadora, tierna, si te produce ternura alguien con un evidente historial previo de acné, y que desesperadamente busca compañía. Tiene la promesa del encanto y el infortunio del arrepentimiento. Un caso común con las biondas que son detectadas por el sexo masculino. El hombre que se deja llevar por la seducción de la bionda, por lo regular, se halla en un estado de contemplación y arrojo, al finalizar la noche. Ve cómo sus amigos se despiden al salir del bar, mientras él se queda con una mujer que no deja de contar historias sobre su queridísima mascota llamada Nono, y de verlo fijamente a los ojos mientras habla.

Lucinda, nuestro objetivo, sigue viéndote por unos cuarenta y cinco minutos. Tú te percatas, dices a tus amigos que irás al baño, cruzas por la mesa de la bionda seductora. Nada. La bionda pretende seguir la conversación de sus amigas, ríe animosamente justo cuando su “target” —tú— atraviesa el bar y mira de reojo.

Pero es tan obvio. La seducción de una bionda tiene la sutileza de un rinoceronte cruzando la avenida principal. La risa es tan nerviosamente obvia, los gestos y los movimientos de cadera, e incluso, hasta los posibles cambios de pierna que le permitan mostrar el secreto que guarda en el centro de sí, son tan pero tan evidentes, que para estos momentos, descubres el modus operandi de la que ahora se convierte en tu conquista.

Como “target”, debes ser precavido. No tomar cerveza oscura, por ejemplo, o no comer muchos cacahuates, ya que esto significaría un posible mal aliento, y eso ahuyenta a cualquier bionda, sin importar edad o condición física. El anzuelo de la bionda enganchó a su presa. Cuando regresas del baño, de seguro te aproximarás a la mesa para iniciar una charla.

Salas del baño. Invariablemente, como todo hombre, dudas de tu mirada, entre contemplar el suelo o verte machote y observar a tu alrededor como si fueras el rey de la comarca, un gesto de tomar la cintura de sus pantalones y levantarlos sutilmente, refajándote la camisa. Muchas veces, revisas rápidamente la zona de la bragueta, un tic nervioso que los hombres tenemos desde los ocho años. Si el “target” ya tiene varios tragos encima, su mirada es ausente y lasciva, lo único que quiere de la noche es una buena nalga que pueda coger en un par de respiros en la parte trasera de su auto. Si está visiblemente tomado, lo único que quiere es no caer en el suelo, vomitar y manchar sus pantalones nuevos. La mirada de estos tipos es similar a la de un asesino en serie.

Acababas de llegar al bar, así que no tenías más de dos cervezas —claras— en el estómago. Tienes el pelo engomado y usas loción Benetton, calcetines verdes para que “combinen” con uno de los estampados en tu

camisa seudo Versace (no pregunten). Quedaste en encontrarte con tus amigos para despotricar en contra de cualquier cosa que haya sucedido en la sección de deportes del entretenimiento mundial, o de las últimas carcajadas trágicas que producen los sucesos de la sección política del entretenimiento mundial. Muy en el fondo de tu mente, allá donde la memoria todavía no está desperdiciada por un conjunto de traumas psicológicos y por el déficit de atención que producen horas y horas de estar pegado a la pantalla de una televisión, te sientes como un perfecto imbécil. Pero sabes que no lo eres, o por lo menos, sabes que tu mamá te inculcó la suficiente autoestima como para poder lidiar con los gestos y ronroneos de una mujer que te acecha.

Pasas al lado de la mesa de nuestra seductora bionda. Ella hace caso omiso a sus propios reflejos condicionados, algo que no pueden evitar las biondas, reflejos que las hacen cometer algún tipo de estupidez cuando pasa alguien que les llama la atención, como reír en un volumen *demasiado* alto, decir alguna majadería o tirar el trago en la mesa, mojando el vestido de la amiga gordita que de todos modos no pesca ni una gripa, pero que de todos modos llora, así que hay que portarse buena onda y decirle “no te agüites, pinche gorda... al cabo que tu príncipe no va a venir hoy... de seguro está en otro lado rebanando con otra gordita.” Las biondas nunca han sabido ser sutiles en torno a los sentimientos ajenos, mucho menos cuando están en celo.

Tú, el “target”, se ríe de su propia capacidad para producir nerviosismo en el sexo opuesto. Sin embargo, sabes que el proceso de cortejo, un sistema imbricado que viene desde la era victoriana, te impide hacer una movida justo después de salir del baño. Primero, hay que regresar con la manada de machos cabríos, para comparar tamaños de cuernos, miradas de prepotencia, así como el consiguiente acto de sumisión al más débil. En este caso le tocó a un amigo que el grupo tenía mucho tiempo sin ver. Fueron más de veinte minutos de los comentarios más humillantes, dirigidos a un pobre tipo que acababa de llegar de la capital, y cuyo acento se vio seriamente estropeado por sus años de estudios de posgrado y los cambios en sus hábitos de bebida. Lo que había comenzado como un señalamiento sincero sobre por qué ahora tomaba ron con coca cola, se convirtió en una letanía de profanaciones en contra de su pinta de gay, sus lentes pretenciosos de doctor en economía y, finalmente, en una lección sobre cómo las viejas maneras deben mantenerse en honor a la región. El pobre amigo terminó guardando silencio durante toda la noche. Muy al fondo, en una mesa con dos biondas a las que ni el mesero hacía caso, una de ellas estuvo viéndolo toda la noche. Él ni se dio cuenta.

Después de varios intentos, por fin decides desprenderte de la manada, a la cual indicas tu avistamiento (una leona varada debajo de la lámpara que está allá, algo así fue el comentario que haces) y de la cual te desprendes mientras escuchas una serie de aullidos y risas nerviosas por parte de tus compañeros menos afortunados. Uno de ellos, el Germán, es un biondo confeso, que por otro lado nunca ha confesado el intenso amor que

siente por este afortunado “target”. Por favor, que nadie se entere de la obsesiva colección de fotografías del “target”, que Germán ha guardado en una caja de zapatos desde los quince años, y que esconde debajo de su cama.

Uno de los problemas en la seducción de la bionda, es su reacción primaria a los lances de su objeto del deseo. Cuando éste por fin se aproxima, la bionda acostumbra ser francamente grosera, iniciando el encuentro con un “¿Y tú qué quieres, quién eres o qué? ¿Qué no ves que estoy platicando muy a gusto con mis amigas?” Un tipo con menos experiencia regresaría a la mesa con sus compañeros, cabizbajo y esperando las risotadas de todos y las palmadas en la espalda de un amigo como Germán, el que dice “no te preocupes, esta vez no te tocaba...” palmadas que luego se convierten en caricias extrañas. Afortunadamente, ya tienes un poco de millaje, y reconoces algo inmediatamente: no importa qué tan agresiva sea la introducción a una bionda, dos cosas la delatan: su mirada, de un nerviosismo tan indescriptible, que sólo podría compararlo con el nerviosismo en la mirada de una mujer que acaba de escuchar la palabra “te amo” de su objeto del deseo (específicamente en circunstancias “peliculescas”, en la cual el hombre y la mujer se hallan sentados en el cofre de un auto, viendo la luna, después de un beso, o después del robo bancario, cuando ambos se encuentran por fin fuera de la ciudad, con el botín y un mundo de aventuras por delante. Así de compleja es la mirada delatora de la bionda; la segunda cosa que la delata es su aroma: la transpiración de la bionda que se halla atraída a un hombre tiene un cierto aliento de humedad espesa, mezcla entre el olor a pinos y hierba recién podada, con el flujo aromático de la ciudad y sus calles. Sin mencionar los Benson and Hedges. Mentolados.

Cabe mencionar que la escena que sigue, el encuentro después del grosero desencuentro propiciado por la bionda, es digno de los mejores anuncios televisivos donde aparece una escena de fiesta y de encuentro fortuito entre dos extraños, una mezcla entre anuncio de pasta de dientes y de una nueva bebida. A las biondas les encanta vivir en un mundo de clichés. Es reafirmante para ellas.

Estamos ante la consolidación de un ritual, el ritual de seducción. Por ahí se vislumbra la posibilidad de la frase atinada, por allá un ligero canturreo en la voz de la bionda, que si bien acaba de decir “ya ando medio tomada”, en realidad suena como “mis sueños se vierten en la posibilidad de atraerte, y de que juntos veamos cómo sale el sol después de una noche en la que descubro hasta la cicatriz más íntima en tu cuerpo”.

Poetas y filósofos de varios tiempos y actitudes neuróticas u orgiásticas, han descrito la poesía en movimiento que surge cuando una bionda logra crear este tipo de escenarios. El mundo se ensancha y al mismo tiempo se reduce, se extiende en una serie de gestos, coreografías obvias pero que requieren de la experiencia para que sus signos sean descifrados con cierta sutileza. Reyes y médicos modernos, visigodos y soldados del Imperio Otomano, escuderos españoles y viajeros italianos, dos que tres ingenieros

industriales, especializados en procesos de producción, han llegado a un nivel considerable de maestría para el cortejo con una bionda.

Lo que distingue a este cortejo de otros más “convencionales” se halla en la falta de naturalidad de los signos. Se reconocen tan evidentes, que lo único que cabe es el bochorno o el aprovechamiento de las circunstancias. Una mujer que no pertenece a la categoría de las biondas, usualmente realiza los movimientos y los gestos con un dejo de temeridad. Permite que la mirada lo diga todo sin decir nada. Una bionda se desprende de los convencionalismos y deja que su cuerpo conduzca el momento. Permite que su mirada no diga nada diciéndolo todo.

Es así como de pronto tú, el “target”, comienza a ver la mano insistente de la bionda, tocándose el pelo, a veces tronándose los dedos, tocándose la nariz, acomodándose la falda, o quizás el calzoncillo. A veces se empuja a sí misma hacia donde tú estás, te toma del hombro, y pide que por favor repitas lo que dijiste, con un “¿Quééééé?!”, incrédula de tu venenosa observación sobre la pobre amiga gordita que acaba de sucumbir en la mesa, boca abajo, brazos extendidos, mientras las otras amigas la reconfortan con un “gordita... no te pongas así...” Notas las marcas de granos tronados en sus mejillas, y un cierto olor a comino que sale de su aliento. Identificas un anillo de graduación en su mano, y una quemadura de plancha en el antebrazo. Sientes que te gusta cómo reposa su mano en tu hombro, y de cómo a veces inclina la cabeza, queriendo transmitir una ternura demasiado autoconsciente como para que no te burles de ella. Años de enseñanza con monjes franciscanos te enseñaron a aceptar a todas las criaturas como venidas de un dios que nos quiere por igual, así que, de pronto, ella se convierte en tu pajarito, posando en tu pecho, vergonzosa porque le acabas de decir que te gustaron sus ojos.

Acabas de ser enganchado por la astucia incomprensible de las biondas.

Ya que las biondas, en toda la obviedad de sus rituales de conquista, tienen la habilidad de hacer sentir a su presa como el mayor objeto de su fidelidad eterna. Nunca se recuerda la protección que debe asumirse en tales circunstancias. La bionda es una mujer que encuentra la plenitud en la cantidad de hombres que rompen su corazón, y si en algún momento, el corazón del otro es lo suficientemente débil como para ser exprimido por sus garras experimentadas, se espera lo peor. La bionda, más que ningún otro ser en el mundo, sabe de antemano que toda seducción implica dolor, pérdida, ausencia de una cierta autoestima, y que el juego consiste en ver quién se rinde primero, quién da su brazo a torcer.

Realmente no importa, en esta etapa del juego, cuestiones que tengan que ver con el atractivo de ambos. Ella puede ser una mujer de la que te arrepentirás por lo menos durante varias semanas, después de infinidad de mensajes en tu celular, una visita incómoda a casa de tus padres, y el parabrasis de tu auto quebrado. Porque ella reconoce que, en cualquier momento, los papeles pueden invertirse, y tú serás la triste y sombría figura al fondo del bar, la que contempla devastado la llegada de la bionda con otro

hombre. Ella te saludará con la mirada. Pero jamás volverás a ver su acto de seducción.

## Sobre el origen de las biondas

Hay tres momentos decisivos en la historia que marcan el origen de las biondas, los cuales primero pienso enmarcar y luego desanudar, con el objeto de obtener una localización más clara sobre dicho origen. Para tal efecto, he decidido encerrarme en un antro de nombre conocido, un jueves por la noche, en una mesa rodeada de documentos, afiches, citas biográficas y bibliográficas, en compañía de dos amigas biondas que me han estado siguiendo, desde que comencé el estudio sobre la biondez y la biondería en general. Una de ellas, Alicia, me ha propuesto beber sidra y fumar de sus cigarrillos mentolados. La otra se ha sentado enseguida de mí, y no deja de ver mis apuntes, como si fueran los datos inconclusos de algún sistema de integración de circuitos para comunicarse con Júpiter. Esta última me llama “mi peloncito raro”, y no deja de acariciarme el lóbulo izquierdo, lo cual me lleva a paroxismos de placer que evitan mi concentración. Comienzo a escribir lo que viene a continuación, justo después de que Alicia, al ponerse de pie para ir al baño, rompe una de sus medias.

El primer momento histórico, sobre los orígenes de las biondas, data de los años cincuenta, cuando la idea de mujer se encontraba sugerida, tanto por los modelos de “lo femenino” que planteaba la creciente influencia de los medios de comunicación, y la contraparte que alude a la formación de una mujer “a contracorriente”: la bionda villana. Este es el eje Marilyn Monroe-Jane Russell. El segundo lo podemos encontrar en las películas de los sesenta, sugerido no por Tere Velázquez sino por sus amigas, no por Jacqueline Andere sino por sus amigas; no por Twiggy sino por quienes aspiran al *Twiggyismo* sin lograrlo; no por Nico sino por todas las mujeres de la *Factory* de Warhol, que se hallaban mal representadas, dado el carácter andrógino del lugar. Este dato, sobre la situación “aledaña” de la bionda, el de no estar en el centro de la atención, es sumamente importante para el análisis que haré posteriormente.

El tercer momento en la identificación y corporización de la bionda en la cultura, lo concibe la década de los ochenta, momento que define la lucha por la igualdad entre mujeres y hombres en el campo profesional. En esta década, la mujer no sólo se emancipa de su identidad original, sino que también busca sublevarse a los modelos que previamente se habían planteado, en los distintos campos de argumentación sobre el papel de la mujer en la sociedad: el de la misoginia, la del feminismo a ultranza y el de la mujer que simplemente quiere “ser ella”.

Detengámonos un poco sólo en el primer momento. Para esto, hay que dirigir nuestra mirada hacia el siguiente cartel publicitario: una mujer, blanca, que denota pureza, de pelo castaño rojizo casi rubio, que reposa

desnuda sobre un fondo rojo, mirando hacia la cámara y con una sonrisa que sólo podría surgir de alguien que se encuentra en una especie de mundo idílico, en donde lo que persiste es la presencia del cuerpo, la suave textura de la piel, el cabello suelto, los brazos extendidos, las piernas colocadas de manera que se enfatice la curva y el resguardo del sexo femenino. Estamos hablando del famoso cartel que convirtió a Marilyn Monroe en una estrella.

Las “Pin Up Girls” fueron el primer modelo de bionda, según los argumentos de los principales historiadores del tema, y Marilyn Monroe vendría siendo la cúspide de su representación. La imagen sugiere una presencia insostenible, inalcanzable, imposible de tener: un ideal de mujer en donde la fantasía es mucho mayor que la posibilidad de hacerla realidad. Estamos frente a una imagen anímica, cuyas relaciones la ubican dentro de las categorías de fetiche, adoratriz, modelo, deseo contenido; una mujer que puede imaginarse como puta y como virgen al mismo tiempo, valores intercambiables al momento de concebir la fantasía que el hombre desea conformar en su mente. Es importante señalar, asimismo, que la imagen que el mundo diseñó para Marilyn Monroe tiene sus orígenes en la superficialidad publicitaria, referida a la “superficie” o soporte que sirve para presentar el mensaje, y su carácter efímero nos habla de una imagen cargada de significado y a la vez ligera como cualquier otra imagen. Esto es, un icono posmoderno, y como tal, se postula como mi primer argumento en contra de la noción de bionda que señalan dichas autoridades.

Los hombres de negocio comenzaron a comprar esta imagen y a guardarla en los cajones de sus escritorios con llave. Los hombres de las clases trabajadoras solían verla en los bares que frecuentaban con sus amigos, mientras se tomaban su cerveza e intercambiaban ideas sobre lo que harían si se la llegaran a encontrar en la calle. Adolescentes de todos los estratos sociales conseguían el calendario de manera clandestina, se convertía en el rito de paso al mundo de las diferenciaciones y relaciones sociales de poder que encontraban en las escuelas. El calendario llegó a manos de líderes mundiales, desde la antigua Unión Soviética (de donde surgió la grandiosa frase de Kruchev, quien decía: “si tan sólo el comunismo prometiera este tipo de bellezas...”) Amas de casa, mujeres que trabajaban de secretarías, telefonistas, meseras, dependientas de tiendas, cajeras de supermercado, convirtieron a la imagen de Marilyn en objeto de crítica, mofa y secreto ideal.

Distintas versiones de este icono pueden identificarse en todo el mundo: Brigitte Bardot en Francia; María Félix en México; en la actualidad, una estrella como Pooja Bartra, del cine Bollywood en la India. Mujeres cuyas características nos alejan de la concepción un poco más diversificada que debemos tener sobre las biondas. La Bionda no es ni villana, ni heroína, ni mucho menos una mujer “identificable” o iconografiable. Su posición en la historia es mucho más subrepticia.

Tomemos como ejemplo singular el caso de Monroe. En el más complejo mundo posmoderno, la imagen de Marilyn Monroe ha venido a de-

vastar el sentimiento de pertenencia que las biondas le hubieran proferido, con la llegada de una presencia más “autoreferida”: la de la comunidad homosexual, en particular la del mundo de los travestis. Por otro lado, Marilyn Monroe pasó a sufrir la misma fortuna que otro icono de la cultura estadounidense —Elvis Presley— ya que al mantener su imagen en los medios, pasó del mito a la farsa con la misma prontitud con la que los imitadores de Elvis Presley escogen su indumentaria de periodo tardío, en vez de la imagen de un joven sureño que movía la pelvis, para señalarle a los negros que no sólo ellos podían ser sexuales en la gran América.

Es este punto en el que quisiera detenerme por unos momentos. Históricamente, las biondas se reconocen como una parte fundamental de la cultura contemporánea. Esto es, la historia sólo ha postulado que las biondas han pertenecido única y exclusivamente a nuestra época.

Si nos damos la oportunidad de indagar más sobre la naturaleza de las biondas, podremos descubrir que ellas se encuentran básicamente en cualquier periodo histórico. Es sólo cuestión de identificar exactamente qué es lo que convierte a una mujer en bionda. La respuesta es su deseo desencantado. ¿A qué nos referimos con esto? A que las biondas viven en una condición de perpetua esperanza y perpetuo desencanto, una condición existencial, probablemente la responsable de ubicar a este tipo de mujeres en la actualidad y sólo en la actualidad. Pero sólo tenemos que adentrarnos un poco en la historia del arte, la filosofía y las letras, para cerciorarnos de lo contrario.

Alicia y su amiga me preguntan qué es lo que traigo en este sobre manila. Una de ellas lo acaba de manchar con un poco de salsa alfredo, y la otra la está recriminando. Les pido que por favor bajen la voz, mientras saco una serie de láminas para estudiarlas con detenimiento.

Son pinturas, de distintas épocas, en donde vemos escenarios repletos de mujeres. Vírgenes vestales, acompañantes de Madonnas, bañistas, modelos oscurecidas por la historia. Una larga sucesión de prostitutas, dibujadas con tinta china, datan del siglo XIX. Colecciones de pinturas renacentistas, varias iluminaciones medievales, grabados de William Blake, estudios anatómicos de los grandes maestros. Una de ellas contempla una impresión del “Juramento de los Horacios” de David. “¡Qué bonitas!”

“¿Las pinturas?” le pregunto.

“No, ellas”, me responde. Se refiere a un grupo de mujeres, que se hallan postradas a un lado de la escena central, donde los soldados representan el juramento que lleva el título de la obra.

“Ellas son ustedes”, le digo, y para lo cual recibo un beso en la frente. Alicia huele a chicle. Y a rosas.

A lo que me refiero con este señalamiento, es que las biondas han estado presentes en la historia desde los inicios. Pero la historia a la que ellas pertenecen es una de silencio y contemplación. De hallarse postradas, aledañas a los escenarios centrales, testigos mudos de lo que dicha historia consideró como más trascendental.



La bionda puede ser la amiga de María Magdalena, la esclava sirviente de Sócrates. Puede ser una de las mujeres que veía de reojo a los combatientes en Troya, enamorándose de ellos por una eternidad. Pudo haber sido la mirada más afiebrada a los pies del monte donde Robespierre inició la Revolución Francesa, o la mujer que se dedicó a recopilar las andanzas de Voltaire mientras estaba encerrado por enésima vez. La tercera mujer en la lista de posibles candidatas para modelar en el estudio de Rembrandt, de Caravaggio, de Rodin; nunca escogida, por lo menos tuvo la oportunidad de ver al maestro y presentarle su sonrisa placentera y deseosa. Fue amiga de Carlos Marx, una de las vedettes que aparecían bailando en las películas de Busby Berkley, la que siempre recortaba el cuadro de la cámara en esas escenas de las películas de Fred Astaire, cuando un grupo de coristas se alineaba en el escenario y acompañaban los pasos del maestro. En algún momento, fue una de las tantas mujeres que acariciaron la mejilla de Balzac, la prostituta que se quedó con uno de los cuentos inéditos de Edgar Allan Poe. Era la amiga de Aldonza, la segunda junkie en las fotos de los Sex Pistols, donde aparecían Sid Vicious y Nancy Spungen abrazados en un sofá manchado de sangre y semen. Fueron las tetas, mas no el rostro, de una de las voluptuosas modelos de Rubens, las que acompañan a la Venus en sus tantas versiones. Es la chica cigarrera de la que nunca se ha hablado en las largas historias de infidelidades de J.F. Kennedy y de Ronald Reagan. Es la mujer de medroso andar que aparece en los capítulos donde Henry Miller, Ernest Hemingway y Paul Bowles se encuentran en una taberna. Es la mujer que grita despavorida por la muerte de su recién esposo en las fotografías de la Revolución Mexicana, o la mujer en los estudios de grabación —por lo regular son las *continuity girls*— que siempre estuvo esperando una mirada de James Dean, de Pedro Infante o de Max Von Sydow.

Lo que definen a todas estas mujeres, es la expectación. El eterno deseo no concedido, la esperanza detrás del autoengaño. Saben que no van a ser las protagonistas de la historia, pero siguen fieles a su trama. Reposan su mirada, como lo hacen Alicia y la aun no presentada Gisela, en estos momentos. Y aunque yo no soy necesariamente un “protagonista”, viven con la esperanza de que lo sea, según Alicia, quien está leyendo esto que escribo. Y es lo que más identifica la actitud de las biondas a través de la historia, su constante deseo de pertenecer, a sabiendas de que nunca lo van a lograr.

En alguna parte de la historia de postguerra, una mujer observaba atentamente los gestos y movimientos de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. De lejos, nunca en el centro de la conversación, ya que no se consideran dignas de tales vuelos intelectuales, que son puro sonido y furia de todas maneras, y esto es algo que incluso ellas intuyen de antemano. Su *modus operandi* está, precisamente, en esa cualidad de testigo no diferenciado por las páginas de la historia. Prefieren la complicidad con la historia, ser parte del movimiento en acción, no del nombre que registran los documentos; se asignan el papel de llevar al orgasmo a los amantes que serán fi-

guras legendarias —desde un T.S. Eliot que terminó perdidamente enamorado de una de ellas, por allá en los veinte, hasta un Picasso que prefirió no venirse y seguir pintando— porque reconocen que ellas son el verdadero motor de los cambios. Transforman el tiempo y lo revolucionan en silencio, de ahí el carácter subrepticio que mencionaba anteriormente. La locura que ha producido su aroma a rosas es momentáneo, lo suficiente como para que los cambios sean efectuados por los personajes masculinos —y femeninos— con la misma destreza con la que los conocemos. No muy lejos en el tiempo, una bionda ha de estar ahora recordando el día en que obtuvo una flor, regalada por uno de los pilotos que derribó las Torres Gemelas.

Si la literatura universal ha sido pródiga en villanas y heroínas, es muy probable que nunca hayan producido a una *antiheroína*. Y es muy probable que se deba al carácter casi conspiratorio de las biondas, ya que, como lo indican las anteriores observaciones, la bionda permanece como un secreto no revelado, como alguien que lucha sin luchar, que combate sin combatir, que vive en un imaginario donde lo inmediato es lo que importa, y si ese presente perpetuo es de digna contemplación y goce, no hay necesidad de ser inscrita en el tiempo. Los antihéroes son inscritos a pesar de ellos, y esto las biondas lo reconocen. Por lo tanto, desde tiempos inmemoriales, han permanecido como esa extraña figura al fondo del cuadro: dulce, callada, sumisa ante las circunstancias, con el reconocimiento que, al final del día, lo único que queda de ellas es su mirada.

Como la mirada de Alicia, justo cuando escribo estas líneas, y que me dice: “¿Por qué nos quieres tanto?”

## La mirada de las biondas

Ya sea que se estén despidiendo de una amiga, o que hayan terminado de contar un chisme, o estén tomando un trago de su bebida, o de pronto tengan que retirarse de la pista con sus otras amigas biondas, cuando comienza una canción lenta, si acaso eres afortunado en recibir la mirada de una bionda, vas a ser testigo de una de las acciones más maravillosas de la cultura de Occidente.

Porque no hay nada más hermoso que ver el estudiado gesto de una bionda que te dice “Te quiero”.

Las biondas tienen una facilidad enorme para mostrar interés por... *algo*. No necesariamente son los hombres, sino la experiencia. Su intuición es refinada, como el tallo de una flor sin espinas. Cuando demuestran tal interés, se encargan de que todo su rostro brille con una intensidad que sólo un amanecer en el paraíso podría engendrar.

La mirada de la bionda comunica más de lo que ellas mismas quieren. Es un llamamiento y un mecanismo de defensa, una máscara que transparente las intenciones del rostro que se encuentra detrás de ella. Si añades una sonrisa porque correspondes a su mirada, no hay mucho que puedas hacer. Has caído en la red. Lo único que resta es sorber de la taza de café al siguiente día, mientras observas cómo el cuerpo de la bionda se pasea por tu departamento, se echa en el sofá, y te pregunta: “¿Qué hora es?”

Comienza con un avistamiento. Probablemente no te diste cuenta, pero la bionda lleva unos quince minutos viéndote. Tú estás sentado en la mesa de un antro conocido, platicando con un amigo sobre la última catástrofe ecológica en alguna región del Mar Índico. Has querido voltear en dirección de la mirada, pero no lo haces, por cierto pudor, por una cierta obviada que encuentras en la mirada que te acecha. Cuando lo haces, te hallas ante algo que sólo puede describirse como sublime, a razón del poco tiempo que dura la experiencia.

La bionda acaba de ser correspondida en su mirada. Enseguida, ves cómo los ojos, lentamente, se ensanchan, la pupila se dilata, estás siendo “fijado” por ella. Debajo de la mirada hay una sonrisa, apenas perceptible, pero que no se abre como la mirada. Son solamente los ojos los que comunican en estos momentos.

Los ojos de la bionda se amplían porque quieren comunicarte algo. No sabes qué es, ella tampoco lo sabe. Sólo reconoce que “hay que hacerlo”, hay un cierto detalle de tu vestimenta, o del modo como te relajas en tu asiento, que la hace sentir bien. Muy por debajo de la mirada que reconoces, de la ampliación de sus ojos cuando te ve, sigues viendo esa sonrisa-sonrisa. Una complicidad de la que no eres partícipe.

Y lo que comunica la mirada pueden ser muchas cosas:

*Te quiero, ahora, ya, en estos precisos instantes, y nuestros hijos, los tres que vamos a tener, todos tendrán el mismo color de tu cabello.*

*No tienes idea el tiempo que he estado buscando a alguien con quien compartir mi afinidad por las cartas y el juego de azar.*

*Puedo estar viéndote toda la noche, imbécil. Si quieres, voltea hacia otro lado, no mereces estar viendo mi mirada.*

*No me acuerdo cómo dice la letra de esa canción de José José, pero eso es lo que estoy sintiendo en estos momentos.*

*¿Bailamos? ¿Cogemos? ¿Puedo pensar en ti esta noche?*

*Ojalá no seas de esos hombres que aprendieron a coquetear como las mujeres.*

*Te he visto. Te he visto toda mi vida.*

*Tengo ganas de llorar. Pero eso no te interesa.*

*¿De qué tamaño son tus... aspiraciones?*

Lo más interesante es que una mirada tan simple pueda comunicar un rango tan amplio de sensaciones, ideas, pensamientos, deseos. Puedes muy bien perderte en la ilusión de dicha mirada, puedes congelar ese instante en el que los ojos se ensanchan y parece como que descubren que son descubiertas. Pero nunca puedes descifrarla al cien por ciento. Porque los ojos dicen lo que la boca mantiene en secreto. La noche termina, tú te vas con tus amigos y, a lo lejos, reflejada en uno de los espejos del antro, puedes ver aún la mirada de la bionda que, en algún momento, esperaba que tú hicieras algo por iniciar una historia.

## Lista de pensamientos internos comunes —no célebres— de las biondas

1. *Ya quisieras, manita...*
2. *Sí, papi... son reales. Reales reales reales. Nada de silicón. Puedes dejar de manosearlas ya, papi.*
3. *Un día de estos te decidirás...un día de estos me decidiré...pero por lo pronto, pues, nomás te veo bailar como tonto en la mesa con tus amigos.*
4. *No... por favor, te lo ruego. No te vayas a vomitar en mi coche. Acabo de mandar lavar la alfombra.*
5. *Es la perra más perra que jamás haya existido. Si hubiera una denominación para putas no profesionales, créeme que la utilizaría para tipas como ella. No puedo negar que le quedan bien esos vestidos entallados.*
6. *Híjole, bueno, pero por favor, tonta, no comas más de dos tacos. Y por supuesto, nada de cebolla.*
7. *Me gusta como de pronto se mueve por los pasillos del bar. Como que entre medio imbécil y medio queriendo fingir no serlo. Nomás que use por lo menos un litro menos de loción, que tiene a todo mundo mareado.*
8. *¿Por qué me metí a estudiar comunicación?*
9. *¿Qué me quiere decir con esa mirada?*
10. *¿Por qué me sacó la lengua y, deja tú, del modo como lo hizo?*
11. *¿Será gay? Digo, NADIE tiene tan buen gusto para la ropa, sólo los gays.*
12. *¿Estará casado? Digo, NADIE se está tocando el dedo anular con tanta insistencia, como si extrañara el anillo que se quitó antes de venir.*
13. *¿Condomes negros?*
14. *¿Cómo poder explicarle a un perfecto desconocido que, después de estar en un hotel de paso, a las mujeres nos da un poco de hambre?*
15. *A veces quisiera aborcarlo. Llevo dos años, como la tonta que soy, esperando que me corresponda la mirada otra vez. La última vez que lo hizo, fue precisamente hace dos años. Digo, ¿Cuánto tiempo más vas a aguantar verlo platicar con otras mujeres, incluso ver cómo se va con ellas, cuánto tiempo piensas esperar a que él te devuelva la mirada que te echó hace dos años? ¡Dos años! Por favor, madura, tonta.*
16. *Extraño a mi gatito.*
17. *¡Uy! Demasiado fuerte para mí, señor. Si lo que quiere es acostarse conmigo, le aseguro que no debe ponerme borracha. O quizá sí. Digo, ahora que lo pienso, ni borracha me acuerdo con usted. Ahora que, su amigo...*
18. *¿Por qué primero me ves así y luego no...? ¿Por qué primero me ves así y luego siempre no...? ¿Ves? Me acabas de ver así. Deja de verme. O no. Yo dejo de verte. Pero te quiero ver. ¿Por qué no dejas de verme? ¿Qué te pasa? ¿Por qué te volteaste? ¿Por qué ya no me ves?*
19. *A veces pienso que mi mamá y mi tía tienen toda la razón.*

20. *A veces pienso que mejor en casita viendo películas mexicanas y ya. Nunca falta que el vecino de la esquina por fin se anime a pedirme matrimonio. Okey, está medio gabito y tiene un ojo de vidrio, pero, pues, yo no soy ninguna modelo.*

21. *¡Trágame tierra! ¡Por favor! Acaba de llegar y yo que no hallo ni la puerta de tan borracha que ando.*

22. *Okey, ya por fin estoy bailando con él. ¿movimiento de cadera? ¡Lo checó! ¿mirada de sorpresa dirigida a sus ojos? ¡Lo checó!! ¿Tomarlo de las manos? ¡Bieeee! ¡Híjole, comenzó a cantar la canción! ¡Odio esa canción! ¡Guácala, y cierra los ojos cuando canta! ¿A dónde se fueron las otras?*

23. *¡No, así no! Güey, ¿qué no entiendes? El rollo es más lento, luego más rápido. Andale, tonto, lento-rápido, lento-rápido... tranquilo, que conozco a los de tu tipo, se aceleran como conejos y luego nos dejan todas mallugadas...así, así. Bueno, de pérdida veme a los ojos... eso...*

24. *Puedo asegurar que acabo de tener el orgasmo más triste que he tenido en toda mi vida.*

## Una bionda pondera la vida y la muerte en pleno viernes de fiesta

Una noche más, una noche de aroma triste, donde los juegos de las niñas de pronto se recuerdan y las miradas de los semáforos de pronto se sienten mucho más nostálgicas. Bajé del auto dispuesta a ser la buenona de la noche. Caminaba despacio por los pasillos del bar, reconociéndolo nuevamente, tras años de vivir y dejar el rastro de mi polvo y mi piel en los rincones de la barra, las esquinas donde esperaba que los besos supieran a miel, a tabaco y a la valentía de platicar con un hombre maduro, casado y con dos hijos. Caminaba con la lentitud de mis pensamientos, una voz escuchándose a sí misma meditar los trastabilleos del día, la riña de oficina a las once de la mañana y la mancha de café en el vestido con el que conociste a aquél a quien dijiste alguna vez te amo. A veces, en el transcurso de las noches y los bailes fingidos y la música que se siente como una conversación lejana, sentía las arrugas futuras en mi cara, venidas de alguna abuela que de seguro me visitará y decidirá escribir su historia en mi rostro. Los dedos de mis pies se rinden al paso de los tacones altos, abultados los dedos comienzan a gemir y suplicar el descanso, suplicar que por fin, si una noche hubiera descanso... pero no lo hay, la cacería sigue firme mientras me crea más mujer que la otra, la otra infernal mujer que es siempre una cualquiera, pero nunca cualquiera finalmente.

La música adquiere otro matiz, brota de las bocinas la voz del cantante favorito de mamá. A la salida del bar, en medio de una calle impresa con el vaivén de los hombres y sus carros último modelo, la fiesta popular de las sirenas y los dos borrachos que se quieren pero por eso desean golpearse hasta que pudieran con los golpes tapar el deseo de besar al enemigo en la boca y decirle adiós al machismo de papá. Mexicanos, te dices, y te molesta tener tanta displicencia a aquello que nunca has considerado tuyo. Y te dices: “Lo que tú quieres es un hombre que le diga basta a la aventura y que te deje envejecer a gusto y a su lado, que deje la escritura de tu abuela imprimir sus cartas de amor en tu frente, que te deje exhausta por las noches durante diez años, y que luego sólo te vea de lejos y te pida un poco de paz y silencio; que deje las canas correr su ruta absurda, que deje tus senos derramarse con dignidad, que deje en el vapor del espejo del baño algún rastro de la infidelidad que no quieres creer, que nunca critique tu maquillaje y tus caderas protuberantes y que siempre, siempre te diga te quiero, aunque no le creas, aunque hace mucho que no es cierto, pero que no te importa, porque la mera enunciación obligada te hace feliz por el resto del día.”

Quieres un hombre que te diga gorda, mami, güera, que observe con un poquito de cariño cómo el tiempo es un mapa en tu sonrisa y en su se-

riedad. Deseas ver ese rostro, el rostro de un hombre que puedas visitar todas las mañanas cuando despierta a tu lado, que no te canse con los años esa mirada somnolienta y a veces embriagada, esa respiración y esos ronquidos que manifiestan su vida y sus agruras, la barba sin rasurar, el aliento a marisco, el cabello engomado, las grietas en las palmas de sus manos, sus caricias indistintamente rudas y obligadas. La voz de un hombre que comande presencia en su ausencia, para esos momentos en los que, sola en la casa que está pagando para ese futuro siempre incierto, puedas escucharla rugir en las paredes, las recámaras, el baño. Te dices y te empeñas en decírtelo todas las noches, y ves de reojo las miradas de los hombres que pueden incorporarse a este sueño hecho hombre, ves de reojo las reacciones a tu perfume, al color de tu piel, a los tirantes de tu “brassiere inteligente”, al aroma que desprendes y dejas en los asientos del bar, el que se queda impregnado en ceniceros y vasos, el que hace preguntarse a los hombres, ¿querrá ella conmigo esta noche? Tú mantienes esa inquietud por beber cada movimiento de ese licenciado, ingeniero, empresario y/o artista local, compartes sus sueños tan sólo con verlos pasar enseguida de ti, vives las aspiraciones de estos héroes nocturnos que a la mañana siguiente se despiden con un eructo y un nos vemos durante la semana. Pero que nunca te saludan de beso cuando te presentan a sus novias oficiales, las cuales fueron compañeras tuyas en la escuela.

Quieres al hombre con el que puedas acurrucarte por las noches, el que te ayudará a contar las horas y las canas que van formando el relato de una vida de amores, llantos y sueños efímeros, un hombre con el que puedas ver los rayos del sol al final del camino y preguntarte: “¿tuve acaso una vida feliz?”

Pero ahora te preguntas: “¿Acaso se encuentra ese hombre aquí, sentado en la barra, dirigiéndose al baño, bromeando con sus amigos? ¿Será aquel morenito que te mira y luego se acerca a su grupo de amigos para decirles algo mientras te señala con el dedo? ¿Será aquél otro hombre, maduro, la barriga en permanente crecimiento, el que toma la cerveza y pretende ser serio pero que en realidad siempre recuerda las golpizas que le dieron sus compañeros en la secundaria? ¿Será este otro, el fino, sutil y bien peinado muchacho de tu edad, el que tiene una sonrisa y una frase estúpida para todas las mujeres que le presentan, el que te dijo que siempre me ha visto pero nunca se ha animado a platicar conmigo, y que luego te pide un trago mientras se sientan en una mesa, y que ya para las doce de la noche te toma de la mano y te pregunta si quieres ir con él a su departamento, sí, el mismo que, días después, escuchaste decirle a sus amigos que se había metido con una gatota de barrio, ya medio gastada pero bien urgida, a la que corrió de su departamento porque comenzó a hacerle demasiadas preguntas, sobre todo si pensaba encontrar a la mujer de sus sueños, y que si posiblemente era ella la mujer de sus sueños.

Sentada nuevamente en una barra, pienso sobre esta última idea. ¿Cómo será el ensueño de un hombre? ¿Es necesario serlo?



Porque podemos serlo, si queremos. Podemos ser la amiga de la oficina, la siempre y constante reafirmación de que en estos tiempos, las mujeres y los hombres somos demasiado buenos para nosotros mismos. Sólo basta permitir que le echen un vistazo a mi escote, a la línea de mis calzoncillos cuando traigo una falda entallada, que me tiren dos tres piropos en las juntas de los jueves o que dejen reírme con ellos cuando salimos a comer juntos los viernes. Podemos enviarnos mensajes y bromas por email, chistes de feministas o chistes de machistas, dos que tres dobles sentidos, alguna foto de modelo en bikini o modelo desnudo en tanga llamado Raúl; podemos dejarnos recaditos en post-its, insinuaciones a mitad de la jornada laboral, pegadas a los monitores o enseguida de las fotos de nuestras primas, podemos dejar que te inviten a la despedida de soltera de la novia de tu colega, a la cual no conoces pero por ser la cuata de oficina de su novio, pues...

Es grato ser la amiga de oficina. Y a la vez, un poco triste. Mejor deben pensarse en otras opciones.

A veces, busco estas opciones en las almohadas de mis amigos, convertidos en amantes ocasionales. Dos que tres han sido de la oficina, uno de ellos el amigo que se casó. Pero no lo divulguen.

En las almohadas de sus camas tienen a veces la inscripción de sus temores y añoranzas. Cuando amanezco con ellos, dejo que se levanten para ir al baño. Inmediatamente me fijo si la almohada tiene residuos de otros lápices labiales, o algunos cabellos que se les han estado cayendo. Una vez encontré, escondido en la funda de la almohada, un paquete de condones y una foto de su hermana. Más que asco o miedo, me dio mucha tristeza.

Las almohadas de los hombres dicen mucho de lo que quieren de una mujer. Si la almohada está malformada, quiere decir que suelen acostarse abrazándola, como si fuera una mujer. Eso significa que el hombre está buscando una pareja duradera. Si la almohada tiene cabellos, quiere decir que el hombre es un vanidoso que sólo se quiere a sí mismo y a su mamá, y que el papá, muy probablemente, inició el ciclo del adulterio del que jamás se ha zafado esa familia. Si la funda de la almohada es de seda, puede afirmarse de que el hombre es aficionado al sexo anal, y en esos casos hay que huir despavorida después del primer encontronazo. Si es una almohada estándar... bueno, ahí es cuando las biondas tenemos posibilidades. Al mismo tiempo, aquí es donde se rompe un poco mi teoría con respecto al hombre ideal y el secreto que esconden sus almohadas. Son tantas las almohadas estándar que he encontrado, que del mismo modo, han sido igual de tantas las veces que me encuentro con un hombre que me desaira.

Pero me gusta vivir la ilusión. Y creo que me gusta vivir el desaire. O quizá no, sólo que la tontería del tiempo y las relaciones con el sexo opuesto, han dejado un callo enorme, como coraza, en todo mi cuerpo. Ya hasta ni siento cuando estoy llorando después de ser defraudada por un hombre, sobre todo los que se casan, que fueron amigos tuyos de la oficina, y del cual sentiste un alivio cuando te avisó que se cambiaba de trabajo, por el bien de los dos, pero sobre todo, por el bien de su matrimonio.

Pudiste haber sido ella, esto es, la que termina casándose con ese tipo de imbéciles que ya no soportan los mensajes que dejas en el parabrisas de su auto, cuando furtivamente visitas su casa por las noches, y lo escuchas coger con su esposa.

Pudiste haber sido esa mujer. Te lo has dicho tantas veces, que ya ni recuerdas cuándo comenzaste a poner esos mensajes en el parabrisas de su auto. Y que luego te pasaste al parabrisas del auto de su esposa, pero que luego te arrepentiste. Ella no tiene la culpa de tus estupideces.

Y es que, claro, siempre es una estupidez la que te desprende de los posibles futuros esposos tuyos. Son otros amantes, otros pretendientes, otros amigos de oficina, los que impiden que él te tome más en serio. Es un pasado turbio, una familia caprichosa que malentendió el comentario del pretendiente, una noche en la que fue invitado a cenar. Es la estela de amantes que te agarran la cintura cuando sales a los antros conocidos con tu pretendiente. Es una inexplicable cicatriz en tu mejilla izquierda. La mirada con la que halagaste a su mejor amigo. Las horribles historias que sus otras amigas más santurronas cuentan de ti. El alcoholismo crónico o una foto de sociales, en la que apareces en bikini, en una playa donde suele veranearse en pleno despliegue de virtudes físicas y libertinajes varios. El orgasmo fingido o los rastros de mujer celosa que dejas en la guantera de su auto. La compulsión por escucharlo decir te amo y la tristeza perpetua de que nunca lo ha hecho, simplemente divaga y te dice que no dejas ver la película.

¿Cómo será el ensueño de un hombre? ¿Es necesario serlo?

Pero no lo eres, nunca vas a ser ni el ensueño ni la señora de. Y te quedas sentada en la barra, enciendes otro cigarrillo, esperas la incomodidad de tener que verlo pasar con su esposa, ya que acaban de llegar al antro. Enciendes otro cigarrillo, el primero de tantos que has encendido desde que su almohada estándar no te dio las pistas adecuadas.

## El aroma de las biondas

*Las biondas poseen el aroma / de una noche indeterminada de julio / cuando nadie llama a la puerta / y las  
boras corren con la tranquilidad de...*

Verso interrumpido en un poema de Julio De Queiroz, Portugal, siglo XVII

Siempre se ha sostenido que las biondas huelen a rosas, a un cierto tono de carmesí o a aliento de café con leche y azúcar a las once de la mañana en una oficina de gobierno. Asimismo, hay quienes perciben un reconocimiento al mentol que contienen los cigarrillos Benson and Hedges, aunque no se sabe si proviene de ahí, o es en realidad el chicle que siempre traen en la boca.

Un amigo, ahora pordiosero adicto al cristal que acude a los autos en los semáforos para entregar panfletos de un centro de rehabilitación, dice que las biondas huelen a una mezcla entre verano e invierno, a odio y ternura contenida, a falta de amor. Pienso publicar los pensamientos de este mal afortunado amigo, mismos que lleva seis años acumulando en distintos bancos de parque de la ciudad.

En realidad, el aroma de las biondas ha sido un enigma desde tiempos inmemoriales. El pasado nos relata de cómo el aroma de las biondas ha sido la inspiración de no menos de dos poetas mayores en la historia de la literatura universal. Por razones de copyright, no puedo citar los versos que dicho aroma ha inspirado, salvo el que inicia este capítulo, ya que su autor permanece desconocido ante los ojos prejuiciosos de la especialidad literaria.

Sin embargo, puedo señalar dos que tres puntos sobre ese aroma que emiten las biondas, al que se alude en dichos poemas.

*Muerte silenciosa.* Frase que proviene del siglo XIX, y que transita a la mitad de un larguísimo poema simbolista, donde el personaje principal es una prostituta fallecida en brazos de un amante furtivo que “la deseó con suma fuerza, y que en su aliento final, la bionda imprimió su epitafio en la nuca del amante”. Se dice que este aroma condujo al poeta a una suerte de peripecias que lo llevaron al suicidio. Una plaza de toros y una bestia enfurecida se encargaron de sacarle las tripas.

*Su interior huele igual que su exterior.* Posterior a una descripción que un poeta de Los Angeles —perdido, alcohólico, un vago que permanecerá anónimo en este capítulo— hace con respecto a una amante que tuvo cuando viajó al otro lado de la frontera. En el poema, de largo aliento y no menos largas divagaciones, se nos narra la historia de noches de sexo bajo la luz de las estrellas, en una casa de playa, y donde permanecía un insoportable olor a resaca y a sexo húmedo de mujer.

*Chicle mentolado por debajo de la boca.* Esto no lo escribió un poeta, sino un niño que quiso explicarle a sus amigos cómo olía su mamá soltera. Sus amigos están enamorados de ella. Uno de ellos siempre siente la necesidad de darle una patada en la espinilla. Porque sabe que la bionda se descompone y suelta una risilla nerviosa.

*Huelen a felicidad, huelen a fragilidad.* Escrito por un pobre iluso que quiso instalar una vanguardia literaria en un pueblo sin nombre, pueblo que ahora sucumbió a las fuerzas del capitalismo salvaje, y que lo último que desea es que se inicie una “comunidad literaria” donde sólo se desean obreros que hagan su trabajo y sueñen con las biondas que son sus supervisoras. La leyenda urbana cuenta que este pobre joven —víctima del infortunio romántico poético, ya que terminó digerido por las aguas de una playa agresiva— fue uno de los pocos hombres que reconoció su amor incondicional por las biondas.

*Es el aroma de un canto lunar.* Escrito por un místico charlatán, que quiso inducir a un grupo de biondas al fabuloso mundo del espiritualismo barato, una mezcla entre Deepak Chopra y Paulo Coelho, mezclado con el psicoanálisis de Erich Fromm. Diez años después, el tipo terminó linchado en una cárcel pública, por tratar de iniciar un culto que declaraba un amor “especial... lunar” por el pene.

*Huelen a Amaretto.* Atinada y sucintamente escrito por un tipo que se la pasa estudiando a las biondas todas las noches, en un antro de nombre conocido, y al que todo mundo conoce como ‘Simón el agradable’, por su permanente sonrisa estúpida y por el hecho de que nunca, nunca, nunca habla con nadie.

Como puede percatarse, el aroma de las biondas es un enigma, ya que se ha olido de diferentes modos, en diferentes circunstancias, por diferentes motivos e intenciones. Otro enigma más de la intranquila historia de estas mujeres.

Si pudiera confeccionarse un perfume que reuniera todas las fragancias que de las biondas emanan, podría acertarse la siguiente fórmula:

Tabaco mentolado.

Chocolate blanco.

Toalla mojada, pero de una humedad que no causa asco. Más bien, compasión.

Rosas. Aroma siempre presente en las biondas. Hay algo de vejez en el aroma de las rosas al que siempre debe aludirse.

Ese punto intermedio en la transpiración de la mujer que usa desodorante Secret, cuando el olor del desodorante se mezcla con el sudor de la axila.

Una lágrima. O muchas.

Vela aromática. Preferiblemente vainilla.

Ese olor a saliva que queda en el cuello después de ser besuqueado toda la noche.

Comino o clavo. Se dice que es debido a la mezcla de todos los aromas anteriores.

En términos generales, el carácter enigmático del aroma de las biondas se debe a una condición hormonal, y también epidérmica, característica de este tipo de mujeres. “Una vida vivida a flor de piel” es una frase que, en el caso de ellas, encierra más verdades que aspiraciones. Las biondas son mujeres sensibles al tacto, uno de los sentidos que, históricamente, se halla hipersensibilizado, a diferencia de otros tipos de mujeres y personas en el mundo actual. Por lo tanto, el aroma de las biondas es el aroma de un deseo que emana de su epidermis. Los poros de la piel de una bionda tienen una enorme capacidad de reacción frente a las circunstancias. Como si fuera una especie de aromatizante corpóreo, la bionda pone de manifiesto sus temores, sus anhelos, su intranquilidad, en el aroma que despiden su propia piel. Cualquier estímulo externo es representado en un olor que ellas producen en el proceso. Y no sólo puede ser el resultado de su alimentación, o de los niveles de PH, o del tipo de jabón o fragancia que acostumbran usar. La piel de la bionda construye su propio aroma, para el deleite-desasosiego de quien lo percibe.

Y a veces no se percibe, por lo menos concientemente. Es por eso que no se ha llegado a un punto final, en cuanto a la definición del aroma de la bionda.

Como dijo un amigo, otro poeta cuya fama lo elude: “Cuando se siente el aroma de una bionda en un cuarto, los hombres dejan de hacer lo que están haciendo y, como si fueran perros, comienzan a detectar el origen del olor. Pero siempre lo hacen con cierto desasosiego, como si intuyeran que lo que huelen puede traerles problemas”.

## Estaba una bionda sentada en una mesa de bar conocido

Estaba la bionda sentada en una mesa de bar conocido, haciendo frente a su prestigio mancillado de mujer virtuosa. Sus amigas, biondas menores, discutían la posibilidad de verificar el momento en sus vidas que vieron nacer su primer vello púbico. Todas recatadas al momento de ver al galán de la noche cruzar rumbo al baño, quiebran sus carcajadas en la barra de madera pulida en cuanto sienten que nadie las escucha. Dejan que sus confesiones se desvanezcan en medio del sonido placentero de un Luis Miguel o un Mijares en las bocinas del bar. Una de ellas confiesa que, sinceramente, no tuvo vellos hasta los dieciocho años. Otras declaran a viva voz el escándalo que les produjo verificar los estragos de la pubertad a la edad de doce años, incluyendo las protuberancias en el pecho, la vergüenza orgullosa de la especie femenina, los primeros training bras y el olor a axila a las once, después de educación física, en la escuela secundaria.

La bionda se acomodaba una y otra vez su minifalda, cada vez que sentía un rechiflo del aire acondicionado circular por la entrepierna, el bochorno prematuro que sube por el cuerpo y se asienta en sus pezones, apretados de tan íntima relación con su blusa entallada color durazno y estampada con flores bordadas cuidadosamente mal. Sus rodillas eran contempladas en silencio por uno de los meseros, un accidentado padre de familia que cometió la burrada de embarazar a la chica de la esquina y cuyo deseo y amor duró sólo hasta minutos después de la noche de sexo glorioso por gratuito. La bionda se acomodó en su silla, pues notó el descuido de aquel supuesto caballero y juró nunca más pedirle otro Clamato sin licor.

Las biondas menores reían sin parar y guardaban la compostura, cuando percibieron el olor a Drakkar ventilando los alrededores. Una de ellas recordó que el vello púbico era considerado un pecado premeditado en la escuela católica donde creció, donde le hicieron ver que una niña con aires de adolescente sólo significaba virginidad perdida. Recuerda a la amiga que decía urgirle tener relaciones. Le hablaba sobre su pariente lejano, el primo segundo con el que pasó un fin de semana veraniego en Manzanillo. Fue al primero a quien le mostró sus senos. Le comenta a sus amigas lo que fue su triste primer encuentro amoroso.

La bionda intenta explicar el sentimiento y la situación. El gesto de incomodidad que se produjo en su cara al momento de bajarse el traje de baño. Cómo en menos de diez segundos sus pezones se habían “afilado”. Era un rostro suspendido en la mitad del arrepentimiento, cuando te descubres en la acción bochornosa, pero no hay retroceso, entonces tienes que vivirlo para siempre. No es un recuerdo bonito.

El primo soltó una carcajada que inmediatamente apagó. Pretendió no herir sus sentimientos, al tiempo que los hirió. Para librarse de tal vergüenza, decidió pellizcarle una de sus tetillas, recién expuestas a la luz de otro hombre, y le plantó un beso de lo más asqueroso, apresurado, catorceañero. Ella sintió por primera vez una lengua ajena dentro de su boca. Salada, con un poco de sabor a ketchup. Dice a sus amigas que le aterró la idea de que los besos tuvieran un sabor agridulce. Nunca le ha gustado el ketchup.

El primo soñador se convirtió en la pauta a seguir cada que encuentra un nuevo chico a quien amar. Lo primero que les pregunta, horas antes de decidirse a intimar con ellos es, “¿Te gustan los hot dogs?”

La bionda primera se mantiene callada, por pena. Ella presentó a esta bionda tan dicharachera y abierta a sus demás amigas. Ellas no están muy complacidas con la anécdota. ¿O acaso sí?

Una de ellas rompe el hielo que enfrió la conversación de mesa con una risotada. Hace una declaración que desmorona el resto del iceberg: “¡TODAS TENEMOS A ESE PRIMO SEGUNDO QUE CONOCEMOS EN MANZANILLO!”

Salen los trapitos al sol. A otra de las biondas no le fue tan mal en ese típico encuentro de adolescentes. Ella lo hizo en el campamento de verano. A otra de las biondas le sucedió en un viaje familiar que culminó en una noche frente a la playa y la primera vez que tomó wine cooler mientras el primo le pasó la mano por uno de sus muslos.

La última bionda, la más callada de todas, confesó, incluso, que ese primo común llegó a ser su primer gran amor.

Las biondas se mantuvieron calladas por un momento, mientras cruzaba por su mesa un tipo con cara de Chuck Norris.

Una de ellas preguntó cómo resolvían la cuestión de la barba en los hombres. “¿A favor o en contra?”

Todas dijeron a favor, salvo ciertas condiciones que cada una estableció, para permitir que la barba en los hombres fuera tanto sexy como menos incómoda.

Una dijo que la barba debe ser larga, pero no mucho, lo suficiente como para no picar.

Otra dijo que la barba recién rasurada puede ocasionar los mismos tipos de ronchas en las mejillas, boca y... otras partes, y que todo dependía del tipo de rasurado.

Todas confirmaron haber estado con un barbón. Todas recuerdan haber tenido una relación... digamos... post dolorosa.

Y luego se quedaron todas calladas.

Y nadie sabía cómo reanudar la conversación. Una de ellas golpeaba las patas de la mesa, un reflejo ansioso. Comenzó una canción de los Beatles, tocada por una banda de covers, justo cuando dos de las biondas percibieron de nuevo los aires de Drakkar. La ansiosa recordó la primera vez que olió Drakkar. Un recuerdo que mezcla nostalgia y asco, ya que se trataba de uno de los tantos amores de su vida, señalado con su mirada cuando estaban en la prepa, cuando él decidió por fin hablar con ella, y ambos se

subieron a un pick-up a iniciar una borrachera temprana a los quince años, término de clases, un viernes primaveral, música de Depeche Mode a todo volumen en el estéreo del auto, acompañados de amigos y extraños, él la miraba de reojo mientras empujaban las botellas de cerveza, y se miraban con ímpetu, y se miraban con extrañeza, y se miraban como se miran en la confusión de la adolescencia mexicana, repleta de signos y vírgenes de Guadalupe y recordatorios de mamás que se arrepienten de sus propios arrebatos. Y ella recordó los inicios de su abundante vello púbico precisamente a esa edad, y la incomodidad de revelar su abundancia al hombre que la tenía en vilo era demasiada, razón por la cual el empujado de la cerveza, compartida con el amigo gay que todos querían y odiaban a la vez, típica figura de la preparatoria, impreso su nombre en las faldas uniformes de sus compañeras amigas del alma, por la cual ese empujado de cerveza, tenía una cierta urgencia, una desesperación de niña de quince años, enloquecida por las implicaciones de un hombre con ceja poblada.

Cuando se toma alcohol a esa edad, el cuerpo es como un algodón: la sustancia se queda suspendida en una débil fortaleza de suavidad. En la adolescencia, las biondas y todos los seres humanos ingerimos licor con una falta de premeditación que poco a poco se olvida, conforme pasan los años. Cuando menos lo esperaba, la bionda en cuestión estaba sentada a la orilla de la caja del pick-up, escuchando teorías absurdas sobre Nietzsche, de la voz de este rorro con ceja poblada y un no menos considerable lunar estratégico en la mejilla. Y el olor a Drakkar impregnado en sus manos, las cuales revoloteaba conforme sucedían las teorías y los comentarios iniciales de alguien que finge dejar de creer en Dios.

De pronto, sentada en la mesa de aquel bar de nombre conocido, la bionda dice lo siguiente: “lo que en realidad me caló del Román fueron sus pestañas. Eran bien bonitas”.

Cuando sus amigas biondas dieron fe del testimonio, dejaron de platicar sobre la imposibilidad de ser aficionadas al fútbol, reposaron sus piña coladas en la mesa, y voltearon a ver a su amiga, quien se encontraba en modus confesionare, cosa rara en una mujer cuyo último testimonio de sus cacerías fue “no me gustaba como caminaba”.

“¿De quién hablas?” preguntó una de ellas, moviendo la cabeza con ese gesto exagerado que es típico de las biondas que fingen incluso andar un poco tomadas.

“Del primero que vio crecer mi vello púbico”.

“A ver, otra vez, explícate, morena, que no sabemos de lo que estás hablando.”

¿No se acuerdan del Román?— pregunta la bionda, con una mirada que advierte a sus amigas con cierta alegría, por ser el centro de atención, pero también con un poco de vergüenza.

¿Entendí bien?— pregunta otra de sus amigas, —¿Ver... crecer... el vello púbico?

“Sí, fue bien raro. Bueno, primero pidamos otra ronda, porque esto las va dejar un poquito sacadas de onda”.



Esta vez, la ronda incluyó otras piña coladas, el Clamato ahora con vodka, y una bebida llamada “mimosa”. La bionda sonrió en complicidad con sus propios recuerdos. Uno de los tipos que eventualmente cruzó por la mesa, tenía un extraño parecido con el Román. O será que ella lo percibió de esa manera.

Aludió a las parrandas adolescentes, la de los viernes por la tarde al salir de la escuela. Una de ellas recuerda las llegadas a la casa, la fugacidad con la que abrían la puerta de la entrada y corrían a sus recámaras para no ser detectadas por la mamá o la tía quedada, no sin antes haber masticado unas hojas de eucalipto, para disfrazar el aliento. Otra de ellas recordó un vómito, pero no quiso extenderse mucho en el tema.

La bionda en cuestión trató de no divagar mucho, así que se fue al grano, a la escena central: a la caída del sol, cuando mantuvo con el Román una plática cerrada sobre el ingenioso poder de los astros, y ella mantenía su mirada tensa y concentrada en el rostro de su nuevo ídolo, él propuso aprovechar el poco tiempo que tenemos los seres humanos para gozar nuestros cuerpos, buscar un lugar escondido para no ser vistos, y explorar las posibilidades del placer. Román, diez años después, se había convertido en uno de los poetas más insoportables de la localidad.

Cual película de tedio juvenil veraniego, Román y la bionda se escondieron en una casa abandonada, lejos de los demás amigos, quienes seguían la fiesta. Atravesaron el cerco de madera, entraron a la casa. Unas cuantas telarañas, graffitti, una esquina que aparentemente servía de baño público desde hacía tiempo, a juzgar por la mancha amarillenta y los trozos de periódico abultado. Román aprovechó el espacio para lo mismo, y ella buscó otro sitio para sus necesidades. Al regreso, estaban frente a frente, alejados el uno del otro, como si estuvieran a punto de iniciar un duelo. Él la miró, ella lo miró, ambos sintieron un ligero mareo. Luego vino el desfile de ropas que caían al suelo.

Primero la falda del uniforme, luego sus pantalones.

Luego las camisas de los uniformes, de ambos.

A lo lejos, rompiendo con todo el esquema, acababa de comenzar una canción de The Cure. No estaban muy lejos de sus amigos. Era el autoestéreo del pick-up.

Enseguida, el brassiere de la bionda. El rostro serio, extrañado, quizá un poco nervioso, de un Román que daba señales de ser virgen. Cuando él se dio cuenta que ella lo miraba mirándole sus senos, sintió por primera vez en la tarde, un poco de vergüenza. Román bajó la mirada y se quitó los zapatos de colegial, los calcetines. Ella hizo lo mismo.

Sintieron las piedras y escombros en el suelo; como si pisaran brasas, se acercaron el uno al otro. No ayudaba el mareo de la cerveza, combinado con el olor a orina y demás pestes de casas abandonadas. Estaban frente a frente. Román, en un arrebató que él mismo desconoció, se puso en cuclillas, puso sus manos en las caderas de la bionda, tomó el elástico de los calzoncillos, lentamente los comenzó a bajar. Ella no veía más que la cabeza de Román, su nuca y una cadenita de oro que era su distintivo desde que

lo conoció. Quiso poner su mano en la cabeza de Román, comenzar a acariciarle el cabello. No lo hizo. Colocó ambas manos en su vientre, como en señal de defensa. Román inspeccionaba, incrédulo, la vagina de la bionda. Se perdió por unos minutos en el enjambre, como si fuera un acertijo por resolver.

—¿Y qué, no te cogió?— interrumpió una de las amigas, y su pregunta inoportuna fue acompañada de un manotazo por parte de otra bionda.

La bionda les explicó que así estuvo Román por un buen rato. Y que la hizo sentir un poco incómoda, porque sentía que el imbécil quería hacerse el interesante, y que estaba pensando en una frase que pudiera decirle para que ella se sintiera “especial”. Pero que las cosas no fueron así.

—De pronto— dice la bionda —escuché que el Román dijo “están creciendo”.

—¿Queeeeé?—

—Sí, dijo que estaban creciendo. Y se refería a los vellos de la vagina. Que en ese preciso momento, podía ver cómo iban creciendo lentamente los vellos. Que al principio parecían como hormiguitas que recorrían el enjambre de pelos. Pero que no era así, que eran los mismos vellos los que se estaban moviendo.

Las amigas biondas se quedaron calladas, comenzaron a voltear a los alrededores, no querían encontrarse con la mirada de su amiga.

—Y pues yo le dije “¡Me estás poniendo nerviosa, cabrón!”—continuó la bionda —pero él decía que era una sensación hermosa, digna de contemplarse. Recuerdo que levantó su mirada para verme, y tenía cara como de loco, como... ¿se acuerdan de ese amigo, el jotito que se hizo acólito de la iglesia cuando estábamos en la secundaria, y que los domingos en misa nos reíamos de la cara que ponía cuando decía el salmo responsorial? Pues más o menos así, pero peor. Obviamente a mí se me fueron todas las ganas de regalarle mi cherry a ese cabrón. Digo, todavía estaba alelada por él, no estamos hablando de cualquier tipo, era el amor de mi vida en la prepa. Pero de pronto me vino con esas jaladas.

—Pero si al principio me había molestado, las cosas se pusieron peor cuando me pidió que lo viera yo misma. Y era cierto: ahí, en ese terreno baldío, a los quince años, con la música de The Cure a todo volumen, con el amor de mi vida en cuclillas frente a mí, me di cuenta que mis vellos púbicos estaban creciendo a una velocidad que podía verse. No podía creerlo.

—Ay, amiga, ya me dio poquito asco— dijo la amiga bionda que pedía los clamatos, y que contemplaba las almejas al fondo del vaso cuando declaraba eso

—Oye— dijo otra, interrumpiendo a la asqueada —yo no le veo nada de asqueroso. Extraño sí, pero asqueroso no. Hasta que me creo que aquí nuestra amiga nos está tomando el pelo.

Las biondas guardaron silencio. No saben si lo que acaban de escuchar fue un mal chiste o qué. Todas, en ese momento, pensaron primero en el

Román, pero luego en si efectivamente podían sentir sus propios vellos púbicos crecer.

—Miren— continuó la bionda de vellosidad mágico-realista —se los estoy diciendo en serio. El Román se quedó como tonto viendo los pelillos crecer. Y el problema es que no dejaron de crecer en un buen rato. Comenzaron a formar un bulto enorme en esa región. Se enrizaban y enredaban solitos. Para ese momento, yo ya estaba viéndolos junto con él, se nos había ido por completo la idea de tener relaciones. Yo me había puesto en una posición de manera que pudiera verlo junto con él, de pie, levantando un poco la pelvis, un poco los labios de la vagina...

(Cabe mencionar que la naturalidad de la conversación es sólo producto de quien la redacta, ya que considera que las interjecciones, los “este” y “pues” y demás titubeos que antecedían a una declaración y a otra, interrumpen un poco el flujo de la narración. Pero no soy el único que piensa esto. La bionda en cuestión, hoy ama de casa y defensora del libro al que me he dedicado en los últimos diez años, pidió que su relato fuera escrito del modo como lo estoy haciendo. Gracias)

...y pues, se nos fue la calentura del momento. El Román me juró no contarle a nadie lo sucedido, y yo juré no contarle a nadie que me tuvo en paños menores y que no me hizo nada. Fue nuestro pequeño secreto, hasta que por fin a los dos se nos hizo. Afortunadamente, en nuestro segundo encuentro, ya no estaban creciendo los vellos como lo hicieron esa tarde.

Todas las biondas afirman con la mirada que se trató de una buena historia, y que ahora conocen mejor a su amiga, más de lo que pudieron haber imaginado. Le dan un trago a sus bebidas, encienden alternadamente sus cigarrillos mentolados, una de ellas tararea inconscientemente una canción de The Cure. Vuelve a correr el aroma a Drakkar por los alrededores. Se dieron cuenta que era la loción del mesero.

—Lo único que no me gustaba del Román— dijo finalmente la bionda —es que el Drakkar que usaba era de imitación, y que dejaba la ropa bien impregnada de ese olor.

## Distintas aproximaciones a una bionda

*Las biondas son viandas que se disponen sobre la mesa del más desesperado pastor.*

L. Von Krutzberg

*Biondas y sólo biondas*

Alfredo Pérez Cuahutémoc,  
tras haber inspeccionado el bar más frecuentado de la ciudad

*La felicidad de la bionda vive en virtud del número de veces que pueden visitar el tocador para darse una manita de gato*

Anónimo

—Hay biondas de todos sabores, pero todas saben igual: una especie de cremosa envoltura en su piel les da un sabor a sudor combinado con Angel Face de Pond's. Cuando las invitas a pasar la noche, por lo regular te dicen que no, a menos y que su mirada nerviosa te haya estado cazando desde las nueve de la noche.

José Ramón López Tamayo,  
ex-alumno burro de primaria y hoy en día vaquero urbano, frustrado y urgido

—Porque las biondas son el tipo de mujeres que gustan de asistir a los bares desde temprano. Se sientan todas en una mesa redonda y discuten los pormenores del programa o telenovela de moda.

—Siempre traen un billete de veinte o de cincuenta pesos desbalagado en sus bolsos. Ese es el que nos toca. Como siempre que hacen la cuenta al final de la noche les hace falta la propina, nunca falta una de ellas que descubre en su bolso un billete perdido

—Ese es el que nos toca. Siempre nos tocan los billetes perdidos de las biondas

Testimonio de dos meseros de antro conocido,  
a partir de la lectura del testimonio que los precede.

*La bionda es aquel siniestro objeto del deseo encontrado al fondo de un vaso jaibolero*

Efraín Ramírez-Torres,  
cronista "local-universal"

*Bionda is what bionda does*

Julio "El Forrest" Gómez,  
clásico personaje tonto de colonia conocida

*Cuando una bionda te invita a tu propia casa, cuida de que no haya estado tomando cerveza oscura. Por lo regular amanecen al día siguiente con un aliento que te dice “Mi amor por ti se acabó hace un par de horas”.*

Ex-novio de bionda enfurecido que quiso permanecer anónimo

*Siempre hay que apreciarlas a distancia. Porque luego te rompen el corazón*

Mismo ex-novio

*La bionda es un fenómeno claro de la mujer que pugna por mantener la femeneidad arraigada en el siglo XIX intacta, pero dentro de una modernidad que rechaza muchas de las actitudes de la época.*

*Es por eso que encontramos a la bionda como un objeto seductor que no sabe seducir, un anhelado de clase y cultura que no tiene, una educación familiar de poca dignidad personal (por eso les dicen “arrastradas”, si se me permite usar un término medio vulgar), dispuesta a hacer cualquier cosa por obtener aquello que desea, una visión de la belleza que nada tiene que ver con nociones claras de estética personal (aquella que comunica estrato, clase, condición y personalidad, a juicio del color de pelo, color de lápiz labial, intensidad de color en los vestidos, tipo de caminado).*

*Esto trae como consecuencia a un individuo sumamente frustrado e inmerso en los productos culturales inmediatos, como respuesta a sus principales anhelos. En tiempos lejanos podríamos referirnos al tipo de mujer que, sin ser una trepadora social, buscaba por la vía del sueño y la fantasía a su “príncipe azul”, que en estos casos se trata de hombres con posiciones sociales ya sean producto de la herencia familiar (el apellido, la fortuna heredada por generaciones previas, siendo éstos los “ricachones”, fresas o “de familia conocida”) o de la empresa u oficio que cobra auge en una comunidad.*

*Tienen un comportamiento que podríamos denominar “hiper conciente” de sus acciones; desde el modo como caminan hacia la barra de un antro hasta el modo de bailar, desde el modo como observan a la persona que les atrae, hasta la manera como bailan con sus amigas, son una mezcla de tics afirmados por la moda del momento (combinación de expresiones que escuchan en la radio o por algún actor o actriz famosa), de referencias culturales obligadas por el entorno, con un sentido claro de lo que es moralmente aceptable, mas no por eso corrompible.*

Camile Paglia

*No me pregunten por qué, pero me gusta verlas llorar*

Justo Medina Plascencia,  
jardinero de colonia conocida

*Cuando lloran, suelen hacerlo con un teléfono a la mano, cruzadas de piernas en sus camas, esperando a que pasen en el radio su canción favorita para poder hablarle a sus amigas y discutir los pormenores de la noche anterior, en la cual de seguro estuvo un hombre involucrado, con el cual de seguro tuvieron una desilusión amorosa*

Alfredo Pérez Cuahutémoc

*A mí me tocó ver a una bionda llorar adentro de su auto. Eran como las once de la noche, estaba el antro llenísimo, y sus amigas estaban esperándola en la entrada a que se le quitara el berrinche. Resulta que acababa de ver al muchacho que le gustaba besuqueándose con una muchacha que ella odiaba desde la secundaria.*

Ernesto Pérez Cuahutémoc

—A ver, ¿Por qué no les dices?

—¿Qué?

—Que tú eras ese muchacho

—Ese no es el punto

—No te bagas. Le dijiste a todo mundo que la vieja loca esa te seguía, incluso le dijiste a tu novia, con la que te besuqueabas

Conversación entre Alfredo y Ernesto Pérez Cuahutémoc

*El justo medio entre una bionda y una muchacha normal es tan difícil de captar, que podemos afirmar que no existe. O se es bionda o se es simplemente mujer.*

Hugo “El Chief” Medina

*Según observan mis fuentes, entre las cuales se hayan muchachos y jóvenes adultos de variada especie, cultura y condición social, las biondas suelen dejar marcas de territorio en los sitios que consideran “conquistados”. A veces se trata sólo de un chupete en el cuello, lo cual indica que no desean rastro permanente. Lo mismo puede decirse de los rasguños o uñas encajadas en la espalda.*

*Sin embargo, en otras ocasiones, sus marcas denotan la histórica paradoja de su existencia. Vistas desde la óptica de las comunidades tribales, ellas se sitúan dentro del grupo de predatoras, hembras dedicadas a la caza de machos, sin propósito mayor que el mero placer de la conquista. La paradoja viene cuando, al mismo tiempo, estas mujeres tienden a visualizar el ritual de cacería como un triunfo y como una derrota. Reconocen el carácter fútil de su empresa, del mecanismo de defensa que ejercen al momento de dejar prendas íntimas en los cajones o armarios de sus amantes incidentales, probablemente una nota debajo de la almohada, quizá una fotografía comprometedora en el bolsillo del saco o el pantalón. La noche anterior, demostraron ser la parte dominante del encuentro sexual. Por la mañana, se despiden inconscientemente, con la intención de dejar a la presa desarmada e indefensa. Salen triunfantes por la puerta trasera. No obstante, dejan su marca territorial, porque dentro, muy dentro de ellas, lo único que quieren es estar menos solas.*

Camile Paglia

*Acepto el silencio con el que ellas aceptan nuestra relación. ¿Qué les puedo decir? Me encanta que no me quieran despertar por las mañanas. Salen descalzas de la recámara; a veces, las escucho jugar un poco con mi perro, hacerle cariños y en susurros despedirse de él. A veces las escucho proyectar lo que quisieran decirme en el perro. Palabras como, “¡Ay, cabroncito! ¿Qué bien te portaste anoche! ¿Tú también te vas a hacer pendejo cuando me veas con tu novia el próximo fin de semana?”*

*Tengo la costumbre de inspeccionar todos los rincones de la casa, la mañana siguiente a haberme acostado con una de ellas. Sobre todas las cosas, les gusta dejar sus calzones. No sé por qué...*

Justo Limeño, amante local

*El calzón, la braga, las pantaletas, son los objetos que más representan, para la bionda, su capacidad de apertura sexual. Dejar estas prendas íntimas en las casas de sus amantes, equivale a la sangre que embarraban las mujeres en los refugios de sus hombres durante la prehistoria. Esta sangre venía ya sea de sus reglas, de la ruptura del hímen, o simplemente de una herida que ellas mismas se infligían, como parte del ritual sexual. La bionda deja una representación de su propio interior violado, en la forma de un calzón, siendo éste la "puerta" o "muralla" que condujo al amante a "violar la morada" de su interior.*

Celina Gómez Letayf, feminista local

*Pues será el sereno. Después de la primera vez, reviso toda la casa antes de que cualquiera de mis novias formales me visite. Una vez llegué a encontrar un tampón en el refrigerador, dentro de una botella de jugo de guayaba. Ese jugo es el que suelo tomar por las mañanas. Y luego se enojan porque dicen que ya no les dirijo la palabra.*

Justo Limeño, amante e "imbécil" local

*Yo no pido mucho. Un poquito de comprensión. Por lo menos, que me escuchen por las mañanas. A veces una caricia, de pérdida que te digan cosas lindas cuando terminamos de hacer el amor. Yo creo que lo que todas queremos es un poco de amor. Amor y respeto, que nos respeten, que nos den nuestro lugar. Yo soy yo, digo, soy quien soy y me gusto como soy. Pero a veces es terrible cuando los hombres te ven como si fueras una vil güera de rancho, como si fueras una cualquiera. Tenemos corazón. Luego ellos vienen y son quienes forman nuestra reputación. Tenemos mala fama por ellos, los hombres malos, los que sólo quieren acostarse con nosotras. A nosotras también nos gusta el sexo, pero también nos gusta el amor. Sólo queremos ser queridas, amadas, respetadas por lo que somos.*

Declaraciones de una bionda anónima

## Las biondas no corren

Las biondas, por definición, jamás podrán verse corriendo en el parque. Lo intentaron varias veces durante su adolescencia, pero hay algo que les molesta, aún no se ponen de acuerdo si fue que sus senos rebotan y piensan que eso contribuirá a apresurar la ley de gravedad, o si simplemente se sienten ridículas, no sexys, un poco abrumadas por todo el aracle que implica levantarse a las cinco y media de la mañana, ponerse sus tights rosados, una camiseta y una sudadera que luego terminan amarrándose en la cintura, y correr estúpidamente alrededor de un circuito mientras comparten espacio con un viejillo que camina por terapia y un gordo que trota bufando y arrojando gotitas de sudor, gordo que, curiosamente, las biondas saben que se puso a dieta por culpa de otra bionda amiga con un sentido del humor sumamente negro.

Las biondas que corren lo hacen por periodos tristes en sus vidas, aquellos en los que la inseguridad y el autoestima las tiene en una condición ambivalente entre el ejercicio, la dieta extrema, o las rachas de aislamiento, dos a tres fines de semana sin salir, acostadas en sillones viendo películas los sábados al mediodía, llorando por dentro y dejándose enmudecer por la increíble vacuidad de una historia de amor, estelarizada por Usi Velazco y Pedrito Fernández, aunado a permanentes visitas al espejo del baño, donde confiesan a viva voz que lo único que quieren es ser felices. Si alguien ve a una bionda corriendo en el parque de la colonia, no estaría de más acercarse y ofrecerle un abrazo de amistad, junto con una paleta de corazón. Ella lo agradecerá.

Claro que se debe tener cuidado al acercarse a la bionda. Tienden a ser violentas con los extraños. Sobre todo cuando corren. Porque corren con torpeza. Las rodillas sienten demasiado el peso de los muslos, de todo el cuerpo. No pueden controlar su respiración, así que creen que erguir sus cuerpos les permite respirar mejor. Los pies caen torpemente en el suelo de la pista, a veces el pie izquierdo apuntando hacia adentro, a veces el derecho apuntando hacia afuera. Gimen bien bonito cuando corren. Y asumen una seriedad digna de mujer que entró a la política. Alguien en la escuela primaria les dijo que el ejercicio se sufre, no se vive, así que lo asumen con la misma solemnidad con la que asumen los velorios. Si acaso traen puestos los audífonos, de seguro escuchan a Mötley Crüe. Hasta la fecha, nadie sabe por qué. Dicen que es algo hormonal, pero prefiero descartar cualquier tinte sexista en este análisis. Correr para las biondas es un acto de efímera supervivencia.

Si deseas mostrarle a una bionda en estas condiciones que no debe preocuparse tanto por la vida, lo mejor es aproximarse cuando hagan los ejercicios de calentamiento. Pero este periodo dura muy poco. Dos minu-



tos, cuando mucho. Estiran las piernas en las faldas del tronco de un árbol. Cuidado, porque se encuentran sumamente alertas. Las biondas tienen la idea de que cualquier persona del sexo opuesto que se acerque a ellas mientras se encuentran ejercitando es señal de que quieren acostarse con ellas. Si se encuentran en un parque, lo más seguro es que piensen que las quieres violar. Y las biondas están equipadas con una dentadura filosa, producto de años y años de comer tacos en la madrugada con el posible pretendiente. Las biondas muerden cuando se sienten atacadas. No lo dice la experiencia, sino un jardinero de parque, con el que tuve la oportunidad de platicar, y quien me confesó que una mirada demasiado fraternal puede confundirse con lascivia, a los ojos alertas de una bionda que corre.

Si somos francos con la definición, las biondas no “corren”. Trotan, los codos formando un ángulo de defensa ante las incertidumbres que ofrece un parque habitado por extraños que intentan hacer lo mismo que ella. Una mirada erguida —si eso pudiera entenderse— las define como mujeres-al-tanto-de-todo-lo-que-les-rodea. Hay biondas que acostumbran vestir con camisas sueltas regaladas por hermanas mayores. Sus movimientos sugieren la exigencia de que las observes o, mejor dicho, que observes el empeño con el que asumen el acto de ejercitarse.

Hace ciento cincuenta años, las biondas acostumbraban realizar esos ejercicios que implicaban el ajuste tortuoso de fajas y corsés que, posteriormente, fueron definiendo las curvas de las mujeres en el siglo XX. Más que ejercicio, se trataba de una maniobra que disimulaba un cuerpo voluptuoso. Eran el tipo de mujeres que siempre cargaban consigo un monedero con polvo para la cara, paños desechables, y que gustaban de acostarse en el césped mientras dejaban que la comida del picnic hiciera su digestión. Sonreían su sonrisa y cantaban su canción, y desaparecían por las tardes en una canoa que las llevaba, junto con el joven que vive en la localidad y que impacta por su musculatura natural. Peregrinaban ambos por la plaza que rodeaba a la iglesia local, y reían incontinentemente con sus madres, mientras el tipo tocaba una pieza popular o jugaba con las marionetas que le prestó el mago de la localidad. Veían a los esclavos de la colonia emborracharse con alcohol importado de Francia, y escudriñaban juntos un postre con cerezas que, en otra época, hubiera tenido connotaciones sexuales que, en aquel momento, no iban a lugar.

El ejercicio las eludía, o mejor dicho, eludían el ejercicio, porque su biondez requería una frescura y una carnosidad que poco a poco se vino a pérdida. Una bionda de brazos rechonchos era algo deseado por el mejor de los catrines, sobre todo en primavera, pero especialmente en la temporada de caza, cuando soltaban los perros en las praderas, y los caballeros afrancesados disparaban sus bayonetas a las liebres y pensaban sobre el futuro de la palabra progreso. Las biondas se quedaban sentadas bajo la sombra de robles imponentes, y jamás jamás jamás sudaban. El ejercicio consistía en simplemente ser mujer, y estar disponible para arrojar la risa complaciente cuando el catrín se burlaba de la actitud ladina de los rurales.

Con el paso del tiempo, podemos encontrar que la bionda tuvo que asumir otro papel, con la llegada del movimiento feminista. Si bien podemos encontrarlas en archivos oficiales, luchando por los derechos del voto (varios documentos y fotografías del movimiento de las “Suffragettes”, iniciado por una Millicent Fawcett a finales del siglo XIX, muestran a biondas en varias manifestaciones, así como en las orillas de las marchas, oponiéndose a las mismas) la bionda, en realidad, se vio afectada en su papel social, con la liberación feminista. Nunca quisieron realmente asumirse en uno u otro campo (las había en ambos, pero toda inclusión fue meramente circunstancial), y parte de la historia subrepticia de la bionda está plagada de esta serie de lo que mujeres intelectuales como Theodore Klondike denominan la “inconsistencia histórica” de la bionda y su relación con la modernidad.

Si bien estas observaciones parecen desvíos de nuestro tema central (sobre la relación entre la bionda y el correr, la bionda y el ejercicio, la bionda y su relación con los parques) en los siguientes párrafos trataré de ir delineando los motivos por los cuales tal desviación se suscitó.

En su condición natural, la bionda prefiere mantener una femeneidad contradictoria: asume su papel de mujer y asume su papel de mujer liberada a la vez, pero en ningún momento sintiendo el compromiso que conlleva una u otra postura. De todos los seres humanos en el mundo, la bionda parece ser la que asume la postura más existencialista. Ya que busca atravesar la historia desapercibida, la bionda permanece ajena al protagonismo histórico que, sobre todo en el siglo XX, caracterizó a las mujeres modernas. Las biondas permanecieron tanto al margen como dentro de éste. Y asumen una postura de intranquilidad frente a su conciencia, pero de aceptación de que no se puede hacer nada, y que pues, de todos modos, al final del día lo que importa es la fiesta y el disfrute del deseo incumplido. Quienes asumieron la postura del compromiso —social, de género, de clase—, lo hicieron más por añadidura que por real convicción. La historia de la amiga que se unió a la causa y la siguieron porque la conocían desde niñas. Hay quienes sostienen (sobre todo el tipo sumamente embriagado que me aproxima cada cinco minutos para hablarme sobre el asunto) que las biondas son mujeres premodernas disfrazadas de modernas. Este disfraz, por lo tanto, carga un sentido histórico que puede hacer alusión a la incomodidad que ellas sienten por actividades tales como el ejercicio. Yo tampoco le entendí, así que lo corro a patadas de mi yate.

Esta relación un tanto incómoda o inconsistente con las luchas feministas del siglo XX, y las subsecuentes reacciones que tienen en torno a su papel de mujer, así como el pasado histórico que las sitúa como meros objetos de contemplación y de abandono en los escenarios de la vida social (en las cortes reales, eran las amigas de las amigas de las mujeres que pertenecían a la aristocracia; en la época de la ilustración, eran las amigas que apoyaban de lejos las controversias suscitadas por Jean Marie Arouet, aka Voltaire, cuando era brutalmente perseguido por sus detractores; en el siglo XIX, las que constantemente revoloteaban sus abanicos en los parques

públicos, visitados por la naciente burguesía, y así sucesivamente) dan como resultado a una mujer que, en su esencia, no está luchando por ese progreso personal que tanto distingue a las altas ejecutivas de las corporaciones, o que rasguñan con todas sus fuerzas los espacios de poder en la política, la academia, etc. Esa ausencia de vigor carreñístico, por lo tanto, se manifiesta en actividades cotidianas, tales como el ejercicio. Fue un viaje enorme por la historia, y todo para explicar que a las biondas no les gusta correr, no les gusta hacer ejercicio. O por lo menos, no con la constancia de la mujer obsesa y neurótica que podemos ver poblando los gimnasios y parques públicos y pistas de tartán alrededor del mundo.

\*

No hace muchos días (todo depende del inútil cálculo que haga el lector, entre el día que este libro se publica y el día que llega a este preciso pasaje), me encontraba realizando mi rutina diaria de inyectarme morfina mientras troto en una caminadora. Las trotadoras del gimnasio están situadas de manera que frente al trotador, se encuentra un espejo que le permite ver el escenario tras de sí. El efecto de la morfina y el pausado trotar me condujo a un estado en el cual podía ver cómo toda la gente se difuminaba, incluyendo el tipo del peluquín que se sienta a ver a las señoras mientras finge levantar unas pesas, así como las recurrentes biondas que a veces acuden al gimnasio, se pelean con su propia incomodidad, y luego no vuelven hasta que un posible pretendiente les dijo que no solía interesarse en mujeres que prefieren estar contentas con su celulitis.

Cuando se acomodan en uno de los aparatos-máquinas de tortura que sirven para moldear los cuerpos de manera que todo parezca estar en su lugar, siempre tienen que estar volteando para todos lados. Hablan con ellas mismas o con el entrenador, y siempre siempre cuidan de que sus ropas estén lo suficientemente flojas como para dejar que su silueta permanezca imperceptible. Sobre todo para el tipo de peluquín. Ese tipo tiene problemas.

Yo también desarrollaría los mismos problemas, sobre todo si sigo mezclando la morfina con el trotar y con esa compilación de música decadente de los sesenta que acostumbro escuchar mientras “hago ejercicio”. Crosstown Traffic de Jimi Hendrix tiene una manera muy extraña de presentarse cuando estás haciendo ejercicio.

Una bionda se enfrenta por primera vez al trotador. Observa el tablero y suspira. Mientras comienza a subir la velocidad de su máquina, puedo escuchar un quejido a lo lejos, más allá de lo que se toca en mis audífonos. Al principio pienso que es la droga rechinando en mis venas. Luego me doy cuenta que es la bionda la que está gimiendo. Un chillido como de hamster corriendo en el cilindro de su jaula; de pronto me doy cuenta que la bionda está llorando mientras intenta correr. Es tal mi distracción que pierdo el equilibrio y salgo disparado hacia atrás, mi cara golpeando con la plataforma del trotador.

Minutos después, la bionda, que se sintió responsable de mi accidente, me habla sobre las virtudes del gatorade para cortar el flujo de sangre que sale de mi nariz. Algo que tiene que ver con las sales, pero no le creo. De ahí en adelante, estuve como dos horas oliendo el sabor artificial de naranjada. No obstante, tuve oportunidad de platicar con ella. Su nombre era Marianna Pérez de Concomitán, Venezuela. Vino a la ciudad a probar fortuna con un tipo que conoció por internet. Las cosas no resultaron, y ella se quedó porque el mejor amigo de este tipo le prometió ponerle casa y comprarle un auto y aguardar con ella hasta que llegara el momento de tener hijos. La condición del tipo —un biondo, por cierto— era que se pusiera en forma. Pero ella no puede: dice que es como si le pidieras quitarse los pupilentes color moco que ha usado desde que tiene quince años. Su sudor huele a chicle. Usa brillo en su boca y diamantina en su cabello. Parece personaje de animación japonesa.

—Y mi comida preferida es la griega. Bueno, en realidad, los gyros. No he comido más comida griega que esa.

—¿De verdad quieres que escriba eso? No tiene nada que ver con lo que quería decir. (lo que pasa es que está enseguida de mí. Quiere asegurarse de no ser mal representada en este libro)

—Tampoco tú debiste poner eso entre paréntesis

—Ni modo, así soy, impulsivo y lleno de digresiones.

—Bueno, el caso es que creo que es importante que escribas mi comida preferida. Es la razón por la cual dejé a ese imbécil que me hizo ir al gimnasio. Odio usar leotardo.

—Claro, no necesariamente tienes que usar leotardo para un gimn... oye, pero en fin. Nunca me dijiste porqué estabas llorando mientras corrías. Es algo bien inquietante.

—No sé.

—Debió haberte ocurrido algo durante la mañana, o la noche pasada.

—No.

—Simplemente lloraste porque...

—Porque sí. Porque así soy, así son las cosas de vez en cuando.

—¿Me quieres decir que eso te ocurre frecuentemente?

—Sí, de vez en cuando. Simplemente lloro. No es tristeza, no es alegría. No es ni siquiera ese sentimiento de no sentir nada, o de no estar en ninguna parte. Cuando estaba chica, me encontré con una bruja. Practicaba magia blanca. Me detuvo en la calle, estaba de fiesta con mis amigas y la señora me detuvo. Me dijo “tú y todas las de tu tipo tienen una larga historia, una larga y triste historia”. Acepto que me dio un miedo terrible, digo, no a cualquiera le llega ese tipo de información y luego sigues con tu vida. Cosas que te hacen pensar. Me dijo “tienes una larga historia, y ha sido triste. He visto esos ojos y ese general desinterés por lo que ocurre alrededor, desde que por primera vez vi este mundo”.

“¿Y desde cuándo está usted aquí, en este mundo, como dice?”

“Uuuy, mhijita”, me dijo la señora. “Muuucho tiempo, más del que podrías imaginar” Claro que mis amigas ya me habían dejado con la loquita y

estaban flirteando con unos turistas gringos que parecían recién llegados de alguna de esas guerras que tanto tienen allá. La escuché, más que nada por respeto, pero también porque había algo que me llamaba la atención, no de ella, sino de lo que, de algún modo, intuía que me iba a decir. Raro de explicar...

Y me dijo: “la primera vez que vi esos ojos, corrían por una pradera, escandalizados los ojos que huían de algún predador, un predador con rostro de humano y vestido a la usanza de los grandes terratenientes de pueblos antiguos. El hombre cargaba un arma. Posiblemente un cuchillo obtenido de enfrentamientos con moros y cristianos. El hombre y su mirada predatoria corría detrás de esos ojos que hoy tú tienes en tu rostro. Quería esos ojos que ahora tú cargas. Porque vio en ellos una libertad que, según el predador, tú no merecías. Alguna vez fuiste libre, eso es lo que te puedo decir. Alguna vez gozabas de la misma libertad que cualquier otra mujer, pero alguien, en algún pasado, se molestó por tu libertad. Te obligó a correr por la pradera, para salvar tus ojos libres. Corriste y corriste hasta que el cansancio se apoderó de tu cuerpo y te dejó a la merced del predador y su cuchillo.

“Y justo cuando el hombre se disponía a extirparle los ojos a esa mujer de la cual hoy cargas su brillo, descubrió que tu derrota era suficiente. Que de ahí en adelante no huirías más, por los siglos de los siglos. Que dejarás de correr en busca de tu libertad, y dejarás que tus ojos, con el pasar de los años, lentamente se disipen como las lágrimas que has llorado y llorarás por el resto de tu vida”.

(La continuación de este capítulo no fue posible, dada la extrema depresión en la que cayó el autor, después de oír el relato anterior. Visitado en un centro para la rehabilitación de enfermos de pathos, el autor permitió publicar el capítulo en su estado original. Fueron sus deseos no hacer comentario alguno sobre el mismo, ya que parte de su terapia se lo impide.)

## Lista anecdótica de canciones para biondas

1.- Alejandra Guzmán: Hey, Güera. El “battlecry” de las biondas. Las mesas de los antros peligran al momento de que esta canción sale de las bocinas. De acuerdo con Emiliana Portes Hernández, lo que define la afición de las biondas por este clásico de la música pop mexicana, se concentra en una sola palabra: catársis. “Durante siglos, las biondas habían querido encontrar una suerte de himno que representara todo el pathos, la angustia existencial de su especie. Esta canción lo despliega, sitúa a la bionda en el centro de la acción, por vez primera, crea un escenario en el cual ellas pueden sentir una pertenencia y un sentido a su lucha anónima”.

Por otro lado, puede afirmarse que todas las canciones del catálogo de Alejandra Guzmán son representativas de la condición biondesca. Eternamente Bella, Hacer el amor con otro... hay melancolía, sufrimiento, y una especie como de “cierre de ciclo”, que ayuda a las biondas a aceptarse, con cierta inevitabilidad, como figuras históricas.

2.- Gloria Trevi: Pelo suelto/Papa sin catsup. De menor influencia que las canciones de la Ale, la afición que las biondas tienen por Trevi se remonta más a su infancia y primera adolescencia, cuando podían ejercer un cierto grado de libertad en las pistas de baile de las quinceañeras y cumpleaños de amigas y primos. Estas canciones señalan, como disparadores de la memoria, las primeras veces que ellas sintieron un amor mal correspondido. Regularmente, infligido por el amigo del primo que venía de fuera de la ciudad, un poco mayor que ellas, y que en algún momento de la fiesta pudo haberles hecho un piropo. Como dicen en Estados Unidos: “It all goes down hill from here”.

3.- Catálogo indiferenciado de mujeres intérpretes de los 70 y 80. Se divide en tres categorías:

a) Mujeres intérpretes que alguna vez fueron actrices de telenovela y que se aventuraron en el mundo de la música romántica: Encabezan la lista Laura Flores y Ericka Buenfil;

b) Mujeres intérpretes de oscura referencia: Alondra, Paloma San Basilio, Raffaella Carrá, Jeannette. Invariablemente, siempre dicen lo mismo cuando escuchan cualquier canción de estas mujeres: “¿Quién cantaba esa canción?”;

c) Divas. Comparten importancia Amanda Miguel y Lupita D’Alessio; las siguen Manoela Torres, Daniela Romo. (Por añadidura, aquellas cantantes que han incursionado en la música ranchera, inexplicablemente, son vilipendiadas por su extremo “machismo”).

4.- El catálogo completo de canciones de José José.

Cuenta la leyenda que este intérprete es uno de los más grandes enamorados de biondas en la historia. Cualquier hombre que sucumba a la su-

misión que transmiten estas canciones, seguramente es uno de los hombres menos afortunados. Aquí es donde se concreta el principio de que las biondas no tienen corazón, y de que los hombres que las aman pueden encontrar fácilmente la muerte en vida.

5.- Luis Miguel, Cuando calienta el sol. Esta canción tiene un lugar especial para las biondas, ya que, la primera vez que la escucharon, representa la última vez que se sintieron sexys en una playa. Además, representa el rito de paso de toda bionda, de la adolescencia a la plenitud de la biondez, ya que esta canción, y la que sigue, fueron responsables de construir una infinidad de amasiatos, posibles suicidios, hombres desencantados, mujeres insumisas que los observaban detrás de sus lentes oscuros y que jamás, pero jamás, aceptaban ese Mai Tai que les ofrecía el pobre tipo del peluquín y el radiante bronceado de solarium.

6.- Luis Miguel, No sé tú. Por razones obvias, pero sobre todo, porque esta fue la canción que bailaron la única noche que se sintieron vulnerables, en realidad vulnerables.

7.- Pixies, Here comes your man. Nadie sabe realmente cómo es que esta canción vino a formar parte de la lista. Tiene que ver con el coro, con el hecho de que un grupo de biondas lo escuchó una noche en una disco de Ixtapa, y de que se corrió la voz: el coro es perfecto para burlarse de sus amigas cuando viene el tipo de la camisa sin mangas y la casta de sangre azul. Alguien siempre termina vomitando cuando se termina la canción, siempre hay una amiga al lado para detenerle el cabello mientras mete la cabeza en el escusado.

8.- Cindy Lauper, Girls just want to have fun. Por razones similares a las de la Trevi, esta canción había sido el primer himno de las biondas, hasta que llegó la Ale y la destronó como si fuera cualquier cosa. Canción particularmente efectiva en noches de pijama party en casa de la amiga que siempre quiere recrear la escena de Vaselina.

9.- Camilo Sesto. La mujer de mi vida. Para biondas profesionales. Para biondas profesionistas, trepadoras sociales, las que acuden solas a los lobby bars del mundo, piden margaritas y siempre siempre se sientan en el rincón más oscuro del lugar.

10.- El cassette de grandes éxitos de Mecano/el cassette de grandes éxitos de Paquita la del Barrio. Generalmente, éstos cassettes son adquiridos en su versión pirata, en una estación de gasolina, vendidos por un tipo que no dejaba de decirles lindashermosas y cuya última frase no escucharon pero mejor no quisieron saber qué dijo. Cualquiera de estos dos cassettes —pero sólo uno de ellos, nunca juntos— se encuentra en la guantera de los autos de miles y miles de biondas. Puede ser tanto el soundtrack que inicie la noche (Paquita) o el soundtrack que nos lleve al desenlace (Mecano).

Del mismo modo, identificar uno de estos dos cassettes en el catálogo musical de una bionda, nos da una idea de qué tipo de bionda se trata. La aguerrida (Paquita) o la sensible (Mecano); la bochornosa que no se anima a voltear a ver al tipo (Mecano) o la aventada que le grita desde el otro lado

de la barra (Paquita); la rompehogares (Paquita) o la que nunca le confiesa el embarazo al amante (Mecano); la que nunca superó la adolescencia (Mecano/Paquita) o la que siempre ha creído en eso del empowerment de las mujeres (Paquita/Mecano). La razón por la cual estas últimas categorías son intercambiables, se debe a una sutil diferenciación, que sólo puede irse descubriendo al paso del tiempo, de las copas, o del tipo de sonrisa que suelta la bionda cuando le preguntas si quieres que vayan a tu departamento.



Distintos ejercicios para encontrar biondas en la calle, en la escuela, en edificios públicos, al fondo de un acantilado, ocupando la otra almohada en tu cama

Si sales a la calle y te encuentras con una mujer sentada en un banco esperando un taxi, autobús o quizá el carro de su hermano que viene a recogerla, quédatele viendo fijamente a los ojos. Si se sonroja y sonríe para sus adentros, si se acomoda la minifalda o de pronto sientes en su mirada y/o actitud una desesperada autoconciencia sobre el grosor de sus rodillas, o si de pronto deja escapar una serie de insultos agravantes contra tu persona y tu actitud de enfermo mental, o si la mujer simplemente se levanta del banco y se acerca a ti como si quisiera averiguar exactamente porqué no se había encontrado antes contigo, o si la ves mascando chicle y pegándolo debajo del banco, o si voltea a sus alrededores para descubrir que es-el-único-ser-humano-que-tú-puedes-estar-viendo, o si de pronto se acomoda las zapatillas, o si de pronto ves en su mirada una actitud de tengo una pistola en mi bolso y pienso usarla, o si te grita de lejos, con su pensamiento, que hay cosas más interesantes en el mundo que el brassiere remendado que se deja ver por su blusa, o si de pronto sonríe y te dice con la sonrisa ¡Mira, uso frenos!, o si sucede una combinación de varios de estos efectos... quiere decir, lo más probable, que te encuentres ante una bionda. Tú decides qué hacer después.

La bionda habita los espacios urbanos del mismo modo como el agua que subrepticamente encuentra un sitio donde filtrarse y morar: están por todos lados, sonrientes, temerosas, inseguras, mostrando desesperación o un súbito desmayo de enamoramiento. “Las biondas no saben qué hacer con las ciudades, las ciudades no saben cómo asumir el papel de las biondas. Este desencuentro es el que produce ese sentimiento de incomodidad por ambas partes.” (Simon La Carriere, “De súbita representación: la bionda y la ciudad” Clemont Editores, París, 1998. pp. 14, 15)

Las biondas hacen fila en los edificios públicos, de manera paradójica: quieren y no quieren ser vistas. De ahí los colores chillantes de sus ropas, el excesivo olor a perfume. Sin embargo, de ahí también la mirada hacia el suelo, la increíble capacidad de mirar hacia otro lado cuando la confrontas con tus ojos.

La bionda es la reina de los bares y restaurantes de la ciudad. Su presencia esculpe el “modus operandi” de estos sitios. Sin ellas, la vida nocturna fuera un enigma.

Si te encuentras a una bionda corriendo a prisa por la calle, lo más seguro es que sufra de un momentáneo lapso de locura. Como se discutió en otro capítulo, las biondas no corren. Otra razón de su posible carrera es porque quieren llamar la atención de ese otro que cruza en automóvil cer-

ca de ellas. Sí, ese otro del cabello castaño y los músculos marcados, el de las patillas sexys y el lunar justo enseguida de los labios.

Una bionda en el supermercado puede detectarse por el modo como recorre las hileras de productos. Se detiene frente a las latas de conservas; se detiene frente a las pastas; observa de lejos los paquetes de galletas; ve con una mezcla de desprecio y angustia las heladeras con pasteles de queso y cajas de helado napolitano. Usa tenis deportivos con tobilleras, una camiseta larga que se amarra a la cintura, el pelo recogido y unas inexplicables pulseras de colores en ambas muñecas. Es la que siempre entra al supermercado con intención de reconstruir su dieta con alimentos altos en fibra y mucha lechuga para ensaladas. Es la que sale con barras energéticas y un pastoso nuevo producto que se utiliza para desechar la grasa del cuerpo. Dejará de usarlo antes que termine la semana. No se sentirá bien del estómago.

Cuando una bionda baila, tanto para el espectador como para la bionda misma, es un acto liberador: desafortunadamente, cuando las biondas bailan, la música, la pista de baile, todo el escenario, se convierte en un cliché demasiado autoconsciente. Cuando la bionda baila, todo se vuelve película de los ochenta.

Corolario: las biondas son identificables por su apego a la década de los ochenta. Es una cuestión epidérmica.

Si ves a una bionda llorar, estás frente a un espectáculo digno de los más entrañables fenómenos de la naturaleza. Siéntate y obsérvala por un rato. Ofrécele disculpas por tu intromisión, un pañuelo y un hombro donde pueda displayar su furia y angustia en contra del sexo masculino. No te preocupes si comienza la diatriba con la frase “todos los hombres son iguales”.

Las biondas odian ir a las farmacias. Es donde se sienten más inseguras. Nadie sabe por qué, pero una señora de la calle me dice que tiene que ver con la compra de preservativos, pastillas naturales que quitan el apetito, toallas higiénicas, anticonceptivos, remedios para la celulitis: productos que desnudan su personalidad, signos vitales de su existencia cotidiana.

Las biondas le tienen mucho miedo a sus propias sombras. Hay algo tierno en este dato.

A las biondas les gusta oler los perfumes baratos en los centros comerciales; les gusta probarse vestidos demasiado grandes para ellas, una proyección hacia su futuro (no se sabe si futuro de embarazo o futuro de señora de cincuenta años con verrugas y gruesos vellos en la nuca). Se intimidan por la ambientación de las tiendas de vestidos para novia.

Cuando una bionda siente duda, esculca en su bolso. Ahí dentro puede encontrar un pedacito de verdad. O por lo menos un chicle de sabor fuerte cuyo aroma sube hasta las narices.

Nunca verás a una bionda olerse las axilas. Siempre las verás serias en los funerales, las misas y en las películas donde se digan cosas importantes que reflejen “las cosas tal y como son”.

Puedes detectar si una bionda viene de padres divorciados. Puedes detectar si sus padres han estado casados por más de veinticinco años. Por alguna razón extraña, no puedes distinguir a una de la otra.

Hay biondas en teléfonos públicos, en aeropuertos y en estaciones de autobús. Hay biondas que pasan frente a un salón de tatuajes, pero nunca se atreven a entrar. Hay biondas que no saben decir que no. Hay biondas que no saben decir que sí.

Las biondas creen en los milagros.

Las biondas tienen la costumbre de escribir notas y subrayar las revistas de moda en los salones de belleza. A veces, sus inscripciones son el conducto que te lleva al interior de sus almas. También tienen la costumbre de hablar por teléfono a las estaciones de radio. Pero nunca pasan sus testimonios al aire.

Cuando una bionda está alegre, hace un ligero golpeteo en el suelo. O revolotean sus largas cabelleras, dejando una estela de fijador para pelo. Luego sonríen la sonrisa que aprendieron a formar desde que tienen diez años.

Una de las imágenes más sublimes en el mundo contemporáneo de las biondas sucede cuando son detenidas por la policía, al pasarse un alto. El oficial que se acerca al auto, tiene la oportunidad de ver un par de piernas desnudas, debajo del volante, en una minifalda apretada, de esas que permiten una mirada pernicioso rumbo a esa línea que divide a las piernas y conducen hacia el centro. Todos los policías del mundo regresan a sus casas con una sonrisa en el rostro. Las biondas, desgraciadamente, siempre son multadas.

Las biondas que forman parte del escenario nocturno tienen la tendencia a acaparar las mesas cercanas a la barra. Conocen al mesero de toda la vida, y dos de cada cinco veces, dicho mesero habrá tenido una relación íntima con alguna de ellas. Invariablemente los meseros se llaman Manuel, y por lo regular terminan abandonándolas, tras cinco años de matrimonio, con dos hijos y con la cuenta de la luz sin pagar.

Otra imagen sublime del espectáculo nocturno: una bionda platica con un poeta local sobre la divinidad de Gustavo Adolfo Bécquer. O de Corín Tellado. O quizá sobre la gracia poética encontrada en una carta amorosa que la bionda recibió de un admirador cuando ella tenía quince años. Regularmente, pero sólo en casos donde el destino juega con el sentido del humor, el poeta fue precisamente aquel admirador de la adolescencia. En estos casos, la bionda es la que paga la cuenta. Ambos terminan platicando en el auto de ella, después de que salieron del lugar. Son abrazados a las seis de la mañana por la brisa matinal, que llega por los recovecos del desierto, valle o camino rocoso, al que se adentraron, cuando la ciudad no bastó para ellos, y decidieron salir por carretera. Siempre terminan frente a un cementerio. Ambos sonríen por la indeterminación de la vida, aunque uno de ellos no lo entienda así. Se miran gravemente a los ojos. El poeta usa lentes y la bionda un perfume que a él lo tiene mareado. Hablan de proyectos, se escandalizan por el escándalo de vida que lleva el otro. En al-

gún momento hubo un beso, durante dos horas se tomaron de la mano, observaron cómo el sol salía del poniente. Autos de extranjeros cruzaban por la carretera, ellos se pararon en la orilla, para escuchar el murmullo de la noche. Si la vida fuera distinta, ellos se querrían mucho. Ella advierte que su lápiz labial manchó la camisa a cuadros del poeta. El poeta recita sus versos favoritos. Ella no los entiende, pero al mismo tiempo entiende el sonido del poema, y lo declara bello. Puedes detectar a esta pareja, si alguna vez sales de viaje durante las primeras horas de la mañana. Cruza tu automóvil a extrema velocidad, pensando en todo menos en la muerte, y ves el auto de la bionda a la orilla de la carretera. Como cámara que detiene la escena pero al mismo tiempo la acelera, puedes sentirte al interior del auto de la bionda, sintiendo cómo el corazón de ambos se pierde en el momento. Ellos hablan de penas, desafíos y de lo que a cada uno le incumbe.

El poeta un recluso que perdió la cabeza la primera vez que leyó a Rimbaud. La bionda tratando de recordar los únicos dos poemarios que ha leído en su vida. Hay sonrisas, hay una chistosa anécdota que los remite a su pasado quinceañero. El poeta todo un caballero, la bionda se suelta el pelo y confiesa que una vez amó al mejor amigo del poeta. El poeta se entrastece, en esa manera compleja y existencial con la que confronta la desilusión momentánea. Observas cómo observan ambos los autos que comienzan a apagar sus luces mientras el sol parece haber surgido de la mañana anterior. La bionda detecta la tristeza del poeta, el poeta detecta un brillo en los ojos de la bionda, descubre que su falta de corazón no es culpa de ella. Ninguno de los dos se hubiera perdonado no darse un beso de película. Observas cómo ellos se dan cuenta que dicho beso no resultó, un ligero golpe de narices, una risotada expelida por ella, ambos ruborizados por vivir la edad de los jóvenes adultos que aún no saben besar. Prosigues tu camino mientras ellos prosiguen el suyo. La bionda enciende su auto, emprenden el camino de regreso. Baján los vidrios de todas las ventanas, para dejar que el viento corra al interior del auto. El aliento de la noche previa en sus bocas, lentamente se disipa.

## Una madre bionda habla por primera vez sobre las lecciones de la vida con su hija bionda, el día de su primera regla

La intención es lo que cuenta, mhija, eso que no se te olvide. Hay veces que los remedios caseros no funcionan, y si esa toalla que embarré de Vicks Vapo Rub y que te puse en el cuello te hizo vomitar, bueno, pues perdóname. ¡Ya, no te me quedes viendo así, con esa cara de compungida pero con unas ganas de echarme por la ventana, que aún tengo buen tino con la chancla!

...Bueno... pero tampoco te vayas. Mejor ve a la cómoda en mi recámara, saca el frasco de alcohol con hierba de mariguana que tengo guardado ahí, sí, mhija, el que usa tu tía para frotarse las várices. Necesito que me frotes las piernas a mí. Sí, ya sé, no tienes que decirme, no tienes que verme con esa carita que yo también le ponía a tu abuela cuando se pasaba de lista. Ya sé que tú eres la del problema ahorita, imagino que te heredé unos cólicos de miedo, si cuando los tuve los tuve. No te preocupes, yo no tuve una madre tan dedicada como la que tú tienes. Ya, no te rías que me voy a enojar.

Mejor ven y frótame las piernas, que te quiero contar algo. Ándale, déjate de pucheros. ¡Ah! ¿es el vómito todavía? Perdón.

Okey, gracias, mhija. A ver, me voy a quitar las medias... así está mejor. Vele poniendo poco a poco el alcohol, inclina un poco el botecito y... así, ándele, mhija. Así. ¡Aaaaaah, qué alivio! No sé si sirva este unguento, pero tu abuela lo usaba siempre para quitarle los calambres a tu abuelo. En fin... ¿qué? ¿Qué si yo he fumado marig...? ¿Cómo crees...?

Bueno, pa qué me hago tonta. Sí, sí fumé, ai más o menos cuando tenía tu edad. Se llamaba Héctor y nos tenía a todas engatuzadas. Ya sabes, el bigotillo de los quince años, como los dientes de leche de los niños, los primeros vellos en la cara, a todas nos dejaba muertas. Aparte, era cejudo, y con la barba partida. Fue en el parque cerca de la escuela secundaria. Me dio unas fumadas de mariguana, traía una pipa... ¡mira nomás! No sé ni por qué te estoy contando esto, de seguro ha de haber un cabrón como el Héctor en tu escuela... ni te le acerques, si vieras lo que fue del Héctor después... no, muchachita condenada, no te voy a decir, quién me viera confesándole a mi hija lo que hice cuando... mira, lo único que te puedo decir es que el tal Hectorcito no fue lo suficientemente hombre para aceptar ser el padre de la Julia, tu amiga. Ni sé porqué te estoy diciendo esto, de seguro la Julia ni sabe... ¿Qué? ¡Bueno, pues te digo, la Julia no sabe que su amá tuvo que bailarle una conga al compadre para que este creyera que él fue quien la embarazó. Pero no le digas a nadie, ¿eh? Claro, es algo así como un secreto que todo mundo conoce, pero sólo los grandes, los que ya te-

nemos nuestras canitas y esas cosas las vamos guardando como si nunca hubieran sucedido. El compadre es una buena persona.

Claro, la mamá de la Julita también. No me malinterpretes... el caso es que ese tipo de chamacos nomás te van a meter en problemas. No te metas con ellos.

Condenada chamaca, ¡deja de estar oliendo el frasco de alcohol! Luego resulta que me vas a salir pacheca... bueno, sí, quizá. Quizá sí sea bueno para los dolores de panza.

Pues te estaba diciendo. Te quería decir que, pues, mhija, ya no eres una niña. Desde hace rato que no eres una niña, desde que vi a tu tío Reynaldo que se te quedaba viendo y le dijo al tío Tencho que ya te estaban saliendo caderitas y chichitas. No, mhija, así no... tienes que frotar lentamente, así, lento, lento... El caso es que, pues, vaya cómo me creciste en los últimos dos años. Pasaste de ser una mocosita ai que nomás se la pasaba chillando porque quería ir al cine o a los circos, a esta chamacona que de pronto me llegó a la casa con el pelo pintado y esos aretes que te tuve que arrancar de un jalón. Sí, perdón, te pedí disculpas al día siguiente. No te me pongas sentimental, bueno, ya sé que en el estado en el que estás de pronto todo se siente como que más... no se sienta mal, mhija. Ya va a pasar.

Duele un poquito, y sí, saca de onda, los retorticones, la hinchazón de la panza, de pronto las caderas entre que flojas y duras, luego luego te vas a dar cuenta que lo que menos quieres es comer tamales y tomar coca cola. No me preguntes por qué, bueno, a mí me pasó, a tus tías les pasó. ¡Uy! ¡Vieras cómo le pasó a tu tía! Pobrecita estaba en la escuela y sin nada que le tapara ahí, pues... toda la falda chorreada de sangre. Años y años de que todas le decían la zorrillo, fue horrible, tuvo novio hasta que llegó a la Universidad. Bueno, ahora la ves medio acomodadona trabajando en el banco, pero te juro que cada vez que llega un cliente que estuvo con ella en la escuela, estoy seguritita que ella piensa que él o ella piensan... tú sabes... la ven, y piensan, "mira, ¡La Zorrillo!". Pobre de tu tía, años comiéndose de ganas por el Zavala, nunca la pescó.

Por cierto, ni te preocupes por el olor. Hay métodos... un poco de manzanilla. Sí, mhija, ahí donde-te-conté. Se pone un poco de manzanilla y listo.

El caso es que, pues, como te iba diciendo... ¡aaaaaah! ¡sí, así, qué rico! Te iba diciendo, ya no eres una chamaquita. Y pues... no estás fea, digo, unos granos en la cara, aquí y allí y allí, pero, pues, tienes lo tuyo. Perdóname que te lo diga, pero nunca como la Julita, ¿eh? Perdóname que te lo diga, pero sí. Esa chamaca salió re bonita. Y es que el Héctor, sea lo que sea, pues, estaba re chulo el condenado.

¡Ja ja ja ja! ¿Que yo con el Héctor? Uuuuy, mhijita, brincos hubiera dado. Me encantaba, pero yo era así como que la amiga de las que le gustaban. No, yo puro chamaco medio mensón como tu papá. De esos tímidos que nomás hacen bola entre los amigos, de esos que no se detectan ni cuando cuentan un chiste. Yo le tiré a lo que me tocaba... pero fíjate que tú no tanto, creo que tienes más chance que yo. Digo, tienes mi nariz pero

los labios y los ojos de tu papá, así que... pues estás bien. Poco a poco te vas a dar cuenta, te van a llegar como buitres los chamacos. Porque aparte, me doy cuenta que eres bien amiguera con los muchachos de la colonia. Qué bueno que se te quitó eso de andar jugando fútbol con ellos, como que se veía mal. Y luego no te quería decir, pero cuando te comenzaron a salir pechos... pues... tus amiguitos de pronto se ponían bien serios cuando te les acercabas con la pelota, como que no sabían si ponerte las manos encima para detenerte, y que de pronto te tocaran los pechos... sí... la comadre siempre me decía eso, “bueno, ¿cuándo va a dejar tu hija de jugar con estos mocosos?”, un día de estos la van a desconocer... Pero ya pasó. Sí, perdóname, son cosas que de pronto uno no se anima a contarte, como que da cosa. Ya, hombre, no te pongas así. Mira, pásame la toalla que está ahí, para secarme las piernas.

Acompáñame al patio, tengo que poner una ropa en el tendedero.

¡Uy, mira que eres melodramática! ¡Nadie te va a ver, entiende, eso que te pasó no se ve! Te sientes de la fregada, pero después te acostumbras. Aunque los cólicos, sí, los cólicos sí se ponen bien groseros... ¿sí, verdad? ¿te sientes como abultada en todo el cuerpo? ¡Ay, mhija! Tú nomás espérate, que cuando pasen unos meses, de pronto los chamacos de la escuela te van a empezar a oler, y como loquitos van a comenzar a rodearte.

Sí, no lo niego: yo fui bien noviera cuando tenía tu edad. Como un novio por mes, me pasaron por encima casi medio salón de la escuela... no te rías, no seas alburera, me refiero a que... bueno, tú entiendes, me metí con... ¡Ay, chingado! Ya me hiciste decir cosas que no fueron. Lo que quería decir es —deja de reírte, chamaca irrespetuosa— es que tuve muchos novios. Y tú también vas a tener muchos novios. No te me vayas a poner muy seria con el primero que caiga a tus pies, ¿eh? Aprovecha, eres joven y hay que disfrutar. En fin, eso no lo entiende una hasta que lo entiende. Sólo sí te digo que, mucho cuidadito. Los hombres siempre andan buscando a la primera tonta lagartona que les suelte las piernas nomás porque le dijeron que la amaba. Lo sé, créeme, lo sé.

Te van a empezar a hablar por teléfono. No les gastes mucho las pláticas. Déjalos hablar; si se quedan buen rato y no dicen nada, bueno, por el momento esos no te convienen. Los que te convienen son los que te inviten a salir, a pasártela bien, los que te quieren llevar a pasear, a juntarse con los amigos en una fiesta. Los que de pronto te llaman por teléfono, o los que se te quedan viendo de lejos en la escuela, o los que de pronto te siguen rumbo a la casa... ¡nomás quédateles viendo, ya sabes que luego luego se asustan cuando les pones cara de querer matarlos! ¡¿Qué quieres, cabroncito?! ¡Deja a tu hermana en paz!

Como te decía, los que de pronto te siguen, que te escriben mensajes en los cuadernos, primero, pues, no les hagas mucho caso. Deja que pase el tiempo; cuando menos te des cuenta, ya después de mucha fiesta y mucho novio, vas a estar en la universidad. Porque quiero que me estudies, ¿eh? Cuando llegues a la universidad, te lo vas a encontrar. Y va estar bien parecido, lo verás. Y te puedo asegurar que ese muchachito que estaba

muerto por ti en la secundaria, sigue muerto por ti. ¡Ahí es cuando debes atacar! Verás... pásame esos ganchos que están tirados en el suelo. No, mhija, allá, en la esquina. Sí, se siente re feo cuando te agachas. Como que el vientre te va a explotar. Tú aguántate nomás.

Y bueno, ¡qué me vas a hacer caso a mí, pero hazme caso! Si te digo todo esto es porque yo fui boba y cometí muchas cosas de las que me arrepiento ahorita. No, no fueron cinco, fueron dos años los que estuve en el reformatorio para damitas. Sí, me perdí como otros dos años, por eso dicen que cinco. Pero ¿cómo querías que volviera, si las cosas estaban re calientes acá? Digo, al cabo del tiempo me encontré a tu apá, nos casamos, y como si nada hubiera sucedido. No, no me arrepiento de lo que hice. El cabrón y la tipeja esa se lo merecían... ¿sí, mhijita? ¿Se me nota menos la cicatriz en la cara? Ay, gracias. Me está sirviendo la crema de concha nácar que me compró tu apá.

Mira nomás esos ojos tristes que tienes. Te recomiendo desde ahorita que le vayas cambiando a esa mirada, que comiences a comportarte como una señorita. El fin de semana vamos al centro comercial. Te voy a comprar unos vestiditos menos apretados, porque los que traes van a hacer que se te salgan las chichis por los lados. Has crecido mucho. Y luego unas pinturitas para la cara, te voy a quitar del hocico ese menjurje negro que tú y la Julita se ponen en los labios, mira que se ven como un par de delincuentes. Ya sé que te gusta y que todos lo usan, pero créeme: ha llegado la hora de que te conviertas en toda una mujer.

Una recomendación, mientras me pasas la otra canasta: bésate en chinga al primero que se deje. Olvídate de cosas como “el primer beso”. Babosadas de telenovela. Es bien incómodo la primera vez, y nunca te vas a conseguir alguien que sepa hacerlo. Los muchachos de tu edad besan como si estuvieran chupando un cono de nieve, un regadero de baba por todos lados. Se desesperan y quieren luego luego ponerte las manos adentro de la camisa. Todos quieren teta, ese es el gran consejo que te puedo dar orita: t o d o s q u i e r e n t e t a. Y van a hacer lo imposible por lograrlo, por agarrarte cuando lo que menos quieres es que te agarren. Sí, porque aparte de calientes, nunca saben cuándo realmente estás de modo para andar de querendona. Así me pasó con el Héctor... fue en la segunda vez que fumamos eso... no quise... luego me preguntó que si qué onda con mi mejor amiga la Lupe. Fíjate que ahorita que lo pienso, pueque hubiera terminado con el Héctor. En fin.

La cuestión es dejarse pero no dejarse. No sé cómo explicarlo, mhija, es complicado. La cuestión es darles cuerda pero que no se pasen de la raya. De lo contrario agarras reputación de querendona y terminas como la muchachita esa que salió en la tele... sí, esa, la de los trancazos en la cara y el cuerpo quemado. No... mhijita, a ti no te va a pasar eso.

Tú, fuera de todo, tienes buen corazón. Pero escóndelo, que no te lo vean. Sonríeles pero no les llames, platica con ellos pero no te les acerques mucho. Deja que el novio te de un beso pero que no te tome de la mano al mismo tiempo. Un viernes por la noche, deja que te sobe la rodilla (no-



más la rodilla, y no te rías, sé que suena raro, pero cuando suceda, ai te quiero ver...) mientras te besa, pero hasta ahí. Te despides y esperas a que te hable dos horas después para desearte las buenas noches.

Son re bonitos los noviazgos a tu edad. Si yo tuviera tu edad ahorita, creo que el Héctor y yo hubiéramos sido algo... no sé. Sí, tienes razón. Ése es el Héctor. El del taller mecánico.

¡No te burles, si estaba re bueno cuando estaba de tu edad!

Veo que ya te sientes mejor. Digo, ya estás diciendo bromas y toda la cosa. ¡Ay, tontita, no es para que de pronto te vuelvas a sentir mal!

## Lista de datos sobre las biondas que sólo son importantes porque pueden reunirse en una lista

Nadie lo cree, pero usualmente, las biondas caminan por las calles con la cabeza mirando el suelo.

Pocas veces demuestran tolerancia por las toallas mojadas en los baños.

Cuando piden un trago en la barra, esperan a que el bartender las vea directamente a los ojos. Ésta es una constante que tiene desde los tiempos más remotos.

Suelen dejar rastros de lápiz labial en las orillas de las copas.

Tienen un especial temor a los solteros de cincuenta años que frecuentan los bares. Algo relacionado con el tipo de loción que usan, el peinado que parece que tienen peluquín, las verrugas en el cuello y esa sonrisa que a las biondas les recuerda demasiado a sus papás.

En algún momento de sus vidas llegaron a jugar tenis.

Cuando ríen, suelen detener la carcajada a medio impulso; observan los alrededores; la segunda parte de la risa es mucho más tranquila.

Sus ojos pueden decirlo todo. Sus ojos no dicen nada.

En algún momento de sus vidas escribieron una carta donde dibujaron una carita feliz al principio, enseguida del saludo inicial, y al final del texto. Opcionalmente, inscriben XXX o un corazón mal trazado. Muy emblemático todo esto, pero hay que verlo desde una perspectiva que mezcle la grafología y la teoría cultural.

Nunca responden a los correos electrónicos. Por otro lado, suelen enviar cantidades enormes de correos cadena. Cuando un correo les entusiasma, suelen leerlos infinidad de veces. Sonríen o lloran mientras leen, dependiendo del mensaje.

Cuando se ven al espejo, siempre hay un momento en que “hacen bizcos”. Nadie hasta la fecha sabe porqué.

Cuando traen puestas unas pantimedias muy incómodas, lo hacen muy evidente, sobre todo si se paran a bailar. Alternativamente, asumen una postura de sexualidad tenebrosa cuando toda la ropa interior que traen puesta las hace sentir sexy.

Más que el primero, recuerdan muy bien el segundo beso. Ése que fue en el patio trasero de la secundaria, sí, con el Juanito, ese beso que les supo a paleta sabor piña y que lo estuvieron saboreando todo el mediodía, entre las clases de geografía y educación física.

Cuando niñas, solían ser muy buenas para las matemáticas. Conforme pasó el tiempo, no es que dejaran de serlo, es simplemente que les interesó más la escuela como cúmulo de experiencias que como cúmulo de conocimientos. Aparte de que, para la mitad de sus estudios, terminó siendo una mujer la maestra de matemáticas, y eso quitó un poco del encanto.

Sus amigos gays son los únicos que les dicen la verdad sobre sus indumentarias. Por lo tanto, sólo tienen un amigo gay. Los demás son prospectos del amigo gay.

Comparten el llanto de la amiga gordita, la que sólo verá su virginidad enloquecidamente mancillada cuando sus compañeras biondas le contraten a un tipo llamado Lalo, que vive de poner sus nalgas en las caras de gorditas simpáticas.

Llevan más de doce años con un anillo en el dedo anular. Lo compraron en una feria, algo se dijeron en secreto cuando lo compraron, pero nunca han dicho qué.

Les gusta el tomate. Y cuando eran adolescentes, les gustaba comer churros empapados de salsa picante. Se sentaban en los escalones de las escuelas secundarias, en silencio, meditando la picazón en sus lenguas, esperando su turno para hablar sobre los cambios hormonales con esa maestra buena onda que todas conocen, y que fue bionda en sus aquellos entonces, y a la cual rodean mientras ella les habla de la necesidad imperiosa de resistirse a los encantos de aquél compañero de salón, mismo que ya se deja el bigote y se quita la camiseta cuando juega básquetbol.

Les encanta ver películas los sábados al mediodía. Les encanta gritar y apretar la mano de la amiga cuando están viendo una película de terror. Siempre que salen de una de estas películas, ven con cierto temor a los conserjes de las salas de cine.

A veces hablan hasta por los codos. A veces no dicen ni una sola palabra. A veces sólo se quedan viendo el suelo, melancólicas, y les da miedo pensar en la muerte.

Cuando se persignan, siempre siempre siempre piensan en sus pecados. Y cierran sus ojos, y se tocan el pecho y recuerdan al “amigo”.

Nunca han tenido problemas con el tráfico, siempre han tenido problemas con las filas en los supermercados, y siempre se pelean con sus amigas cuando discuten cuál es el mejor tono de pantimedias, si el negro o el color crema.

Cuando se masturban y llegan al orgasmo, emiten uno de los gemidos más tiernos que puedan escucharse en el planeta. Dicen que el gemido de un orgasmo inducido de las biondas, según la teoría del caos, hace que el pétalo de un girasol se desprenda.

Son las responsables de esos gritos súbitos en los antros, cuando comienza una canción que está de moda. Alternativamente, son las responsables del grito súbito en el antro, cuando un pobre idiota vomita a la entrada del baño.

Históricamente, sólo se pelean a golpes una vez en sus vidas. Con otra bionda, generalmente. Los motivos de la pelea son específicamente sobre los comentarios que una ha hecho de la otra. La confrontación es fuerte, y el novio en turno de una de ellas no deja de reírse en todo el proceso. Siempre hay una queja posterior sobre una uña postiza que se rompió en el enfrentamiento.

Dicen no soportar la frivolidad; dicen, asimismo, que no hay nada más hermoso e inocente en el mundo que los niños. Desgraciadamente, las biondas siempre son las tías incómodas que reciben una patada en la espinilla, por parte del sobrinito de seis años.

Estuvieron todo un día escuchando a The Smiths con ese amigo fresa que conocieron en la quinceañera de la prima fresa, y con el que tuvieron un enganche intenso, que duró hasta que el otro comenzó con una serie de desplantes homoeróticos, muy inquietantes, y que las obligaron a salir de la recámara, donde ambos estaban encerrados tomando vodka con jugo de cranberry. Dos años después, se encontraron con este tipo y su conocida adicción por la cocaína, en la boda de tu prima. Ambos se evitaron durante toda la fiesta.

Dicen que les gusta el jazz. Del mismo modo, sostienen que un día de estos se inscribirán a clases de yoga.

Siempre se han burlado de la amiga que termina sus frases de espanto con un *¡Oh, mi Dios!* La amiga es bionda, cierto, pero también es demasiado ingenua. Tanto, que una vez se dejó manosear toda la noche en un concierto de Miguel Bosé, por un extraño al que no le dijeron una sola palabra.

Cuando las biondas tienden a dudar sobre su posición en algún lugar estratégico del bar, antro, fiesta o disco en la que se encuentran, tienden a tomar sus bolsos con un poco más de fuerza.

## Cámara lúcida, a propósito de las biondas

Es fácil perderse en las implicaciones de una foto, ante esa mirada que la nostalgia, pródiga en significantes, decide inscribir en la mente. Puede llevarte al recuerdo y al deseo, a la imaginación que mezcla ambas, o a un odio proyectado en declaraciones que, finalmente te desnudan ante el lector. Eso es lo que, finalmente, realiza el acto de escribir acerca de una foto. Te desnuda, te coloca en el centro de la expectación. Acompañar tus pensamientos de una fotografía que indica el origen de los mismos, es un trabajo riesgoso. Pero definitivo.



No puedo dejar de pensar, por ejemplo, en la bionda de la izquierda. Su mirada está dirigida hacia afuera. No sentimos que esté cómoda, enseguida de la otra mujer, quien asume el papel de “fotografiada” como quien asume la vida con cierto descuido. O con cierta complicidad.

La bionda de la izquierda posee, a ojos del espectador, una posibilidad de historia mayor que la otra. Por lo tanto, son las miradas que se salen del marco, las que nos prometen mayores posibilidades. Por lo tanto, son las posibilidades de historias las que rigen el acto de ver una fotografía. La mujer que la acompaña tiene los ojos rojos, producto del flash, lo cual nos inscribe inmediatamente a la historia de quien tomó la foto. Probablemente una amiga de ellas, otra bionda. Hay una naturalidad en la pose y actitud de la bionda de ojos enrojecidos, que nos antoja incluso un poco despreciable, porque desafía. Nos recuerda a la amiga que se aprovecha de la apariencia de sus amigas menos afortunadas, para lucirse en cualquier escenario. La bionda que mira hacia afuera del cuadro siente esta incomodidad. Podemos percatarnos de cómo la bionda despreciable tiene sus dedos enlazados en la correa del bolso de la otra, señal de apropiación, de querer estar en control de la situación enmarcada por la fotografía. Y es, de pronto, la pose de la bionda compañera, la esquiva mirada y su pose un tanto incómoda, la que captura nuestra atención.

Porque no considera la idea de “pose” como algo que deba asumirse, como si fuera la armadura contra cualquier idea que los demás puedan tener de ella. Pero a la vez, se protege. De algo. No sabes realmente qué es. No se sabe si es un pasado lleno de infortunios, o un momento inconclu-

so en su vida amorosa. Tiene el encanto de la bionda perdida en la angustia de los detalles, cuestión típica de ellas, una suerte de nostalgia por tiempos pasados, que sabe que debe olvidar para poder insertarse en el aquí y en el ahora. O probablemente, está viendo, en el rabillo de su mirada, al hombre de sus sueños. Aprieta fuertemente la cadera de la amiga, porque reconoce en ella su instinto predador.

La amiga lo reconoce, de ahí su gesto más o menos compungido, detrás de la falsa sonrisa.

Hay algo de hermana mayor en la bionda de la mirada esquiva. Algo de protectora y de paño de lágrimas. Podemos imaginar tardes enteras consolando a sus amigas de las estupideces que cometen. Pero al mismo tiempo, hay algo de hartazgo en dicho papel. Como que está a la espera de mejores tiempos. Una bionda nunca deja de soñar en aquello otro que la elude y que de pronto está sentado en la esquina del antro, a la espera de una nada que significaría tanto en su vida, si tan sólo se fijara en esa mirada que la bionda de la izquierda le echa con tanto gusto, con tanta ansiedad, con tanto amor.

La bionda de la izquierda reconoce su rasgo más distintivo, a la vez que el que la sienta mejor, la que la hace sentir más mujer. Son sus hombros. No necesariamente del tipo marcado, delineado, como el de su amiga la bruta, la que se tomó demasiados vodka tonics en menos de una hora, que por gesticularlos tan abruptamente se ve demasiado ansiosa frente a la mirada del prospecto. La bionda de la izquierda relaja los músculos de los hombros, porque quiere que noten esa carnosidad tan sabrosa en ellos. A no decir de sus pechos, que de por sí dicen mucho. Nos dicen: “Sí. Puedes reposar tu angustiada cabeza en mis pechos, puedes relatarme las más grandes historias, puedes sentir como si tu vida haya llegado al término de un ciclo conmigo, con mis pechos. Puedes besarlos si quieres, no me importa. De hecho, sentiré un poco de placer al momento que lo hagas”.

Asimismo, hay algo en la sonrisa apretada, en la incomodidad de la pose, que de pronto saca a la bionda del cuadro. Si observamos detenidamente, la bionda en cuestión acapara el centro de la fotografía. Sin embargo, tanto su mirada como su postura intranquila nos hace separarla del centro. Alejarla, mejor dicho. Es una mujer que quiere alejarse del centro. Definición más clara de una bionda no es posible. Reconoce no ser el centro de la atención, asume su papel de figura circunstancial con entereza. No podemos dejar de pensar en la tensión que existe entre ella y su compañera, misma que no desea reconocer el papel que la otra asume con resignación. Y es por eso que la línea que las separa es tan tensa, tan llena de energía.

Si las fotografías son productoras de enigmas, no es difícil identificar dónde podemos situar el enigma de esta foto. Es algo que hemos mencionado desde el principio: la mirada. Pero al mismo tiempo, es algo que distingue, precisamente, a las biondas. Su mirada, esquiva y a la vez latente, hiperconciente, temerosa pero resignada, una confianza en su propia desconfianza (por más ridículo que esto suene), una tranquilidad que sólo se

traduce en nerviosismo. Nuestra bionda en cuestión sabe que la noche va a terminar mal, que al siguiente día, ella será el paño de lágrimas de su amiga la de los ojos rojos. Y que será sólo la repetición de una historia que ha vivido por muchos años. Si tan sólo el muchacho que ella observa con el rabillo de su ojo se fijara por lo menos un poquito en ella, la historia cambiaría. Por lo menos por esta noche.

El *blog* de una bionda

## **(p)rosa salvaje** **reflexiones de mi diario acontecer**

*TUE, November 19, 2003*

Ayer te hablé por telefono. Estaba comiendo y contestaste tu, así que no. Tu nunca le hablas a mis respuestas, y te dije la verdad, lo demás no lo escuché, no quise escuchar, e incómoda te dije adiós y colgué. Si, tienes razón, pensar positivo, me la pasé hablándote de cuánto significas, de quieras a la negatividad. Es algo que sé. Tal vez sería un poco más fácil y por lo que siempre me malentiendes. Te advertí de te gusta que lo haga, no lo haré. lo QUE ME LASTIMAS

De ahora en adelante no hablaré, negativa disculparme, porque ya que no hablaré de cosas, estupidez, son totalmente libres de dejar de leer. te volví a llamar y te habías ido. Los silencios incómodos brotaban alrededor de nosotros. Decidí tí. tuve un "¿qué es eso?" Te empecé a pedir que siempre me hables de cosas difíciles y negativas... te imagino enroscándote en la línea telefónica, me llené de ¿De que hay en mi vida eres tú? ¿No kieres me ver ni en pintura? Discúlpame por estar inconsciente esta noche, nadie me había olvidado que no puedo hablar de, y tú me interrumpes antes de que tengas la visión de autocompadecerme. Si para tí eso es autocompasión. Lo haré si me dejas de juzgar. ¿QUE NO? ¿que molesta?. Por lo tanto mis lectores tendrán los berrinches, las quejas y los lamentos. Cuando se aburran de y llamaría en un rato. Dijiste que estaba bien. Despues de los saludos te pregunte si sabías usarte a ti mismo, y por eso interrumpiste diciendome: "En serio que estoy harto de y voy a hablar de otra cosa menos de mi" Después otro silencio.

Ah ¿qué quieres que te hable si lo único cuánto tocas se cae?, hasta que te hartes y no me puedo me ayuda me es aún más difícil... ¡PERDON! mantenerme nunca me hablas, sólo haces como que escuchas.

Te molestaste y me dijiste que dejara A amigos, hacer lo que me pidan... Pero sólo te hable, porque no quiero molestar con mi plática de negativas, que este blog será el depositario de todos no quise importunar, así que te dije que volví a mi forma de escapar. El indispensable "hola, ¿cómo estás?" al hablarte, mi conversación nunca es lo suficientemente buena para explicar, muy difícil, y mientras te decía eso último te interrumpí con un "¡Uy! Perdón", y. . . pero que me gusta estar contigo, de lo bien que atraída evitar, con mucho esfuerzo y ayuda, pero si cosas en otros temas si tu hablaras conmigo, pero completa, un principio que soy todo un problema, pero no a ese punto pienso llegar por



no perder la promesa de escucharte. No hablaré si no me pides que en algún lado tengo que vaciarlo, por mi.

## ¿Acaso existen los biondos, también?

Muchos me han hecho esta pregunta, desde que inicié el apasionado estudio sobre las biondas y todo lo relacionado con ellas. Y efectivamente, los biondos existen, pululan entre nosotros, se esconden entre la maleza de redefiniciones masculinas, que se han venido dando desde principios del siglo XX. O, como algunos sostienen, desde los inicios de la humanidad. Para esto, es necesario que veamos una horda de hombres salvajes en acción.

Para tal efecto, realizamos un estudio en el Departamento de Desregulación conductual de la Universidad de Culver City, en Iowa, EEUU. Seleccionamos a un grupo heterogéneo de hombres, de distintas razas, complejiones, estados de ánimo, gustos musicales, profesiones, estilos de vida, predilecciones de vestimenta, condiciones socioeconómicas, número de lecturas “extraescolares”, desviaciones sexuales, sueños catalogados como “místicos” o “reveladores”, y tipos de medicamentos tomados durante sus infancias. El grupo que se conformó fue de nueve individuos, de distintas nacionalidades, todos exactamente de veinticinco años (variable que no pudimos controlar, y que tuvo que ver más con la coincidencia que con cualquier otra cosa). Los denominamos The Biondi Group.

Después de la selección, vino el proceso de acomodamiento a los lineamientos de la investigación. Esto implicó una serie de experimentos — que algunos catalogan de inhumanos, pero ¿quién se fija en esas cosas?— y cuyo objetivo fue el de convertir a cada uno de los seleccionados en un primitivo perfecto. Esto implicaría lo siguiente:

Inhabilitar al cien por ciento toda relación que estos hombres tienen con el lenguaje, hablado y escrito, de manera que pudieran entrar a un estado de conciencia de relación inmediata y atemporal con la realidad circundante, donde el campo de percepción es indiferenciado, y de pronto una ramita de árbol o los movimientos de la mano de su compañero, los olores que percibían a su alrededor, así como los sonidos —generados por una computadora experta en generar ruidos de la naturaleza— fueran igual de interesantes e inexplicables. Para esto, al grupo se le suministraron dosis constantes de ácido lisérgico, durante seis meses, sin que ellos lo supieran. Lo que había iniciado como un ejercicio de resistencia a la catársis que a cada momento ellos manifestaban, terminó siendo una representación poética de cómo el ser humano, al ser despojado del principal conducto de interacción con el mundo —el lenguaje— vuelve a un estado fetal realmente conmovedor.

Conformar dietas y estilos de vida que los situaran en una condición natural de supervivencia. Se formó un ambiente, real y virtual, que les permitiera retornar al estadio de cazador-recolector; suministramos el ambien-

te con los animales, vegetales y climas inhóspitos requeridos para tal efecto (la cacería de animales virtuales fue particularmente chistosa para todos quienes realizábamos la investigación). Los músculos se atrofiaron en el proceso, sus niveles de stress, admirablemente, se redujeron, comenzó a crecerles pelo en sitios donde normalmente deja de crecer (sobre todo en la región de las axilas), la dentadura adquirió un “filo” especial, y sus hábitos de higiene cambiaron, para contrarrestar el efecto de los climas que fuimos conformando para ellos en el ambiente.

Todo esto se realizó con la finalidad de probar que el biondo ha existido desde siempre. Era propósito de la investigación conformar una especie humana natural, primitiva, para ser testigos de primera fuente, con respecto a las acciones, estados de ánimo, relaciones con el entorno, que los biondos pueden tener cuando están reunidos en manada. Los resultados fueron sorprendentes.

Apelo a la ética, cuando declaro que no toda la investigación se realizó con un cien por ciento de efectividad. Por lo tanto, quisiera dedicar este asombroso reporte a la memoria de Josef Hemon, un joven nacido en la ex Yugoslavia, cuyo insospechado suicidio nos llevó a varios de nosotros a cuestionar la validez de nuestra empresa.

Efectivamente, los biondos siempre han existido. Pudimos constatarlo en nuestra investigación, cuando, durante los siguientes seis meses, estudiamos el comportamiento de estos hombres convertidos en salvajes. El estudio no podía durar demasiado tiempo, ya que el hombre advertiría inmediatamente la carencia de un sexo femenino con quién aparearse, y esto dispararía una serie de procesos neuronales en sus mentes, que les devolvería tanto el lenguaje como una conciencia de entorno.

En los estudios antropológicos, o en cualquier libro sobre historia de la cultura, se constatan los modos de organización de las sociedades primitivas, y de cómo fueron conformándose en torno a la supervivencia, la explicación de los fenómenos naturales, así como de dos o tres fetiches que fueron surgiendo en el proceso. Se manejan términos como “organización paternalista”, “la ley del más fuerte”, y efectivamente, estos procesos se dan y determinan por los mismos factores que se han indicado en dichas especialidades. Sin embargo, nunca se había tenido una representación física, de la innumerable cantidad de información, relativa al comportamiento de las manadas en su conjunto, pero también de manera individualizada. Queríamos primero identificar a aquél cuyo comportamiento, basado en nuestros estudios actuales sobre los biondos, se semejara, tanto en movimientos, como gestos, actitudes, relaciones con el otro, con la naturaleza, entre otras cosas.

El principal dato que debe revelarse, es que las biondas y los biondos comparten algo en común: ambas figuras se hallan en medio, entre aquellas que pasan desapercibidas y aquellas que luchan por hacerse notar. En este rubro no entraron los líderes de la manada (que en nuestro caso fueron dos, incluyendo a Josef Hemon, cuyo suicidio sigue siendo objeto de especulaciones) ya que ellos se encuentran en una categoría que denomi-

namos “de absorción”, lo que significa que sus acciones, su conducción como líderes y su natural propensión por situarse en la cima del poder, “absorbe” las acciones, conducta y sobre todo las aspiraciones del resto de la manada. Los biondos, particularmente, se hallan en un ámbito entre la adulación hacia el líder, y de pertenencia a las condiciones que el mismo líder posee. No es el primitivo renegado que se aísla en la personal contemplación de la naturaleza, ni aquel que se halla en constante relación de mimesis con la misma; pero tampoco es aquel aliado del poderoso, que protege su estatus de manera que las cosas puedan mantenerse como están. Las relaciones del biondo con estas circunstancias, sólo puede decirse que son de sentimientos encontrados.

Manifiesta la necesidad de ser reconocido como un igual por parte del líder, pero al mismo tiempo, no quiere ser identificado como alguien cuyas acciones giran en torno a la adulación. Se comporta en torno al líder, con igual mezcla de displicencia y admiración, pero también en torno a las figuras sombrías de la manada que se entretienen oyendo a los demás, aterrorizados por los ruidos de la naturaleza virtual, sumidos en la contemplación, mientras descansan y se muerden las uñas bajo la sombra de un árbol. Una cosa que hay que resaltar, es que el biondo (y del mismo modo, las biondas) tienen una intuición bien desarrollada, una habilidad particular para saber cómo actuar en tal o cual situación. No puede señalarse ni por su individualismo ni por su sumisión, pero no podemos negar que tiene rasgos de ambas características.

Lo que concluimos de todas las observaciones previas, es que el biondo, desde su condición histórica, natural, es el típico “personaje recurrente” de nuestras vidas.

Y es que el biondo es el amigo que pasa desapercibido, pero que siempre recuerdas al momento de hacer la lista de invitados para una fiesta.

Es el compañero de salón, el tipo con el que has tenido pláticas intensas en las discos y antros de nombres conocidos, el que siempre está en la mesa de la escuela, acompañado de otros amigos, similares a ti, pero que nunca “figura” necesariamente como el gran amigo de alguien.

Entre biondos se reconocen, se respetan, pero no duran mucho tiempo juntos en los lugares a donde van, sean éstos la escuela, las fiestas, las bodas o los estacionamientos de las funerarias. Conocían y querían mucho al recién fallecido, pero el resto de sus grandes amigos, aunque no lo mencionan, se preguntan “¿Por qué está él aquí?”

Cuando observábamos a la manada, absorta con la imagen de Josef inexplicablemente colgando de una liana y aún moviendo las piernas en señal de que seguían recibiendo un poco de aire sus pulmones, el biondo en cuestión estaba enseguida del que estaba enseguida del líder, mientras éste cortaba la liana.

Es curioso, pero invariablemente, los biondos siempre están sonriendo. Siempre tienen la mejor cara para todas las circunstancias, y siempre saben cuándo poner la cara seria, cuando estás diciendo “cosas importantes”. Nunca dejan de verte a los ojos, pero su mirada no es imponente, no te

sientes intimidado por ella. Notas que visten muy similar a ti, pero al mismo tiempo, un pequeño detalle, un rasgo mínimo, hace que no estén vestidos igual a ti. Quizá sea la chamarra de piel, o el modo como se fajan la camisa, o el tipo de peinado. Un corte de cabello neutral, pero lo suficientemente bueno como para tener la confianza de tomarte del hombro y decirte, “¡Mira nomás la belleza que acaba de llegar aquí!” Por lo regular, se trata de una mujer increíblemente bella. Comparte tus gustos, tiene el mismo sentido de la estética que cualquiera que no entre en el rubro de los biondos, pero igual... jamás lo ves entablando una charla con una mujer hermosa. Lo hace con otras mujeres, algunas biondas, algunas simplemente amigas tuyas, pero nunca con el tipo de mujeres a las que uno suele erigir altares o destruir pueblos enteros con tal de obtener su amor.

El biondo de la manada solía participar activamente de la cacería, pero no era el que se arrojaba sobre la presa. Era el que, seguido del primero, tomaba a la bestia de las patas, cuidando que el líder pudiera encajar sus filosos dientes en la yugular.

El biondo llega con la tranquilidad de un pato que reconoce a la manada, cuando acude a un antro. Siempre observa a sus alrededores, para identificar el espacio medio en el cual pueda situarse, sólo por unos momentos, regularmente una mesa con amigos (esto es, conocidos). Siempre saluda a un par de mujeres antes de llegar a la mesa. Sonríe cuando llega, saluda a todos, y todos lo reciben con una mezcla entre fraternidad y un poquito de rechazo. Nunca se sabe exactamente “qué hacer” con él, o mejor dicho, con su presencia. No es que moleste, que incomode. Es sólo que...

Muy dentro de la conciencia de quien recibe a un biondo en su mesa, existe la imposibilidad de situar al biondo en un “contexto” apropiado. Y al mismo tiempo, es la persona menos rechazable. Es probable que el biondo reconozca esto, ya que prefiere deambular por distintas mesas, nunca se queda en el mismo lugar.

Incluso, puede verse exactamente con el mismo trago, siempre que va a un lugar: vodka tonic. Hay quienes dicen que es el único trago que toma durante toda la noche.

El biondo de nuestro Biondi Group, solía quedarse horas solo, masticando tranquilo su porción de la comida. Nadie lo molestaba, nadie llegaba con la intención de robarle un pedazo, como acostumbraban hacer los otros con el miembro más débil de la manada. Asimismo, fue el único sujeto de nuestra investigación que nunca dejó de sonreír. Y parecía que esto no molestaba a los otros.

Cuando un biondo se prepara para ser físicamente atractivo a las mujeres, saca de su ropero un arsenal de lociones de imitación. De acuerdo con el tipo de ambiente que escogerá para la noche (será una boda o una disco, una fiesta con amigos o un antro, o una noche con otros biondos, que luego se separan como manada propia en los alrededores del lugar) será la fragancia que oficiosamente coloca en su pecho. Siempre la misma acción: se para frente al espejo, se retira unos pasos; luego, rocía un poco de lo-

ción, y se arroja hacia ella, como queriendo impregnar su piel en el ambiente aromatizado. Enseguida, se pone la camisa, cuidando que el aroma se impregne en la tela. Curioso detalle: nunca se observa al espejo. Es como si no se reconociera a sí mismo, mira a todos lados menos a su propia persona. Se evade, quizá, porque sabe que pertenece a una raza que no proyecta una imagen fija en el resto de la sociedad.

Sin embargo, siempre escucha la radio. No importa cuál canción estén transmitiendo, o si hay comerciales, o si el locutor está en medio de una discusión estúpida sobre mujeres que no han tenido orgasmos con sus novios de los últimos dos meses, siempre está atento a lo que pasan en la radio. Ocasionalmente cambia la estación, pero no es porque se aburre de la música o los comentarios. Quiere saber qué se está perdiendo en otro lado.

El biondo siempre siente que se está perdiendo algo importante, en las posibles escenas de la vida nocturna, en los comentarios u observaciones de sus amigos. Si bien planea la noche en torno a un solo evento, sabemos que el biondo no va a quedarse en un solo lugar. El lunes por la tarde, todo mundo comenta haberlo visto en tal fiesta o en tal función social, quizá en la inauguración de una nueva empresa, en una lectura literaria, exposición de pintura, concierto de rock o segmento de “table dance” presentado por la nueva puta más buena que ha llegado al congal. En la manada, era el biondo el que estaba enterado de todo lo que hacían los demás.

Un rasgo notable de los biondos son sus zapatos. No se sabe porqué, pero siempre lucen impecables, como recién comprados. Y siempre son negros.

Viste a la moda y, como dicen en ciertos sectores de Sudamérica, sabe “producirse”. Es de un look desesperadamente bien combinado, y todos los detalles de su indumentaria relucen, se llegan a notar entre la penumbra de los antros.

Debe indicarse que el biondo no debe confundirse ni con los metrosexuales ni con los gays en potencia. Son algo similar a ellos, y a la vez, tienen la facilidad de no situarse en ninguna categoría específica. Pero tampoco es el clásico macho cabrío que se coloca los accesorios (reloj, pulsera hecha de fibra de mariguana, lentes oscuros de marca conocida, la última fragancia para hombre, botas o botines de piel de cocodrilo, pantalones negros entallados, camisa blanca, almidonada, gabardina de piel, una cadena de oro) como quien se pone amuletos que demuestran su condición de sexual. El biondo no es predador, y la mujer con la que termina casándose es una mujer de intenciones nobles que se enamoró de él cuando bailaron en la boda de su prima.

No se siente cuando sale de su casa o departamento. Sus pasos son silenciosos. Es el tipo de conocido que llegó a tu mesa sin que tú te dieras cuenta. Y algo hay en ese acto de impregnarse de loción barata como lo hace, que siempre logra dejar cuanto ambiente habita con el mismo olor.

Platica con todos y de cualquier tema. Asiente con la cabeza y sabe reprobear, con el resto de la gente, aquél comentario subido de tono o arbi-

trario que alguien hace, en la mesa donde se encuentra momentáneamente. Es bueno para dar palmadas en la espalda, y ciertas biondas reconocen que el tipo no es mal parecido, es sólo que...

Bueno, admiten también que no da malos besos en la mejilla, cuando las saluda.

Una bionda, amiga de biondos, dice que “el sexo con ellos, no es extraordinario, no es realmente malo, y no llega tampoco al plano de que no quieres volver a ver esa alma en toda tu vida, no deseas, como ha sucedido con otros, que ese tipo que dejó tu cuerpo en calidad de trapo aún con el cuello torcido vuelva a poner una sola uña de pie en las puertas de tu casa. Eso sí, a la mañana siguiente, siempre te tienen una taza de café, y un plato con pan dulce en la mesa. No sé por qué hacen eso”.

Han sido los compañeros que acuden a tu auxilio en momentos en los que la vida se vuelve tan patética, que lo único que quieres es sentarte en la esquina de esa calle, para tratar de que tu cabeza revolotee menos por la cantidad de alcohol en tu sangre. Se quedan contigo hasta después de las tres de la mañana, y te llevan a tu casa. Al día siguiente, no recuerdas quién fue esa persona que te estuvo aguantando toda la noche, mientras tú hablabas de las pequeñas muertes que ves a tu alrededor, allá una anciana vendiendo ropa usada, más allá un niño muerto de frío porque su padrastro lo dejó otra vez sin un techo dónde dormir. Como siempre, él asiente con la cabeza, te da unas palmadas en la espalda. Pero algo hace que su presencia no sea definitiva. Como si nunca hubiera existido. Y sin embargo, ahí está. Siempre.

No obstante todos estos detalles, nunca falta un conocido, que haga referencia a la naturaleza conspicua del biondo. Sucedió, asimismo, en nuestro ambiente primitivo, cuando uno de los miembros de la manada lo empujó a una zanja, como queriendo demostrarle que no confiaba de él, de su condición incierta.

Nunca falta el tipo de sangre pesada, que se acerca a él y le pregunta: “Y tú, ¿qué?”

“Yo nada”, es lo que siempre responde el biondo, “aquí nomás”.

## Contradanza de biondo y bionda

Todos tenemos miedo al espacio intermedio entre la muerte y la falta de aire, y eso se percibe en el modo como las biondas y los biondos llegan a los antros. Un suspiro entre el alivio y la pesadumbre. Un cansancio. Y a la vez, un regocijo y una expectativa en sus rostros. Rostros similares a los que vemos en los aeropuertos, pero a la vez no. Es un espejismo.

Él se llama Juan. Ella Bertha. No se conocen. Se conocerán pronto.

Al abrirse las puertas del antro, parece como si ingresáramos a un clima de hormonas pululantes y deseos encarnados en las últimas prendas de moda. Hay una bionda a la que nadie le avisó que las cintas doradas en la frente, o pasaron de moda hace mucho, o todavía no están de moda. Hay un biondo que no reconoce entre la metrosexualidad y el pasar desapercibido, se halla en una encrucijada, lo estimula un posible crossover hacia otra categoría. No sabe que es biondo, pero sí sabe que no es otra cosa más que otro individuo con ojos acechantes, que busca poner su mano en la rodilla femenina que lo acepte, aunque sea accidentalmente. Versiones variantes de estos tipos de biondas y biondos se esparcen por todo el antro.

Algunos beben el cansancio de un viernes agotador en la oficina, y apenas sienten los primeros pulsos de la música tecno. Por allá puede verse un grupo de biondas que sonríe y platica con el mesero, buen mozo que aparentemente reconocieron de sus visitas esporádicas al gym. El bartender simula un bailoteo y una manipulación de botellas que refiere a la película de Cocktail, pero la referencia es demasiado oscura, ya que las biondas a las que quiere impresionar ni siquiera habían nacido cuando la película estuvo de moda. No obstante, cinco horas después, este bartender regresará a su departamento, con la vocecita de aquella bionda que conquistó, y que insistentemente repitió la misma frase, después de haberse acostado con ella: “¿Cómo pudiste ser tan imbécil?! ¿Cómo que se te rompió el condón?!”

El biondo Juan se acomoda en un lugar estratégico de la barra. La bionda Bertha discute con sus amigas los últimos tips para el uso del delineador, y de cómo los tampones sirven para toda ocasión, no sólo para la playa o la alberca. Juan descubre siluetas de humo que ascienden hacia el techo del antro, deambulan por los ventiladores, se esfuman. Bertha se siente como una princesa, y Juan también. Él se piensa en un bar concurrido, desde cuyas amplias ventanas pueden verse las calles de Nueva York. Se siente fabuloso y su peinado lo demuestra, así como su indumentaria.

Él trae puestos sus nuevos pantalones de pinzas, un cinto negro que se ajusta a la línea de su cintura. Ella trae puesta una minifalda negra que acentúa el serpenteo embriagador de sus caderas. Él toma sus tragos con



una pose que amerita fotos en las páginas de sociales, mientras ella sonríe con sus amigas y descubre una llamita de luz que se asoma por la zona de la barra. Él enciende un cigarrillo.

Ella lo enciende con la misma parsimonia.

Juan está también orgulloso del lustre de sus zapatos, y del hecho de que hay varias mesas en las que puede aterrizar para entablar charlas insulsas sobre el partido de fútbol o sobre la nueva clase política que invade como viruela nuestro país. Ella pidió a su hermana que por favor le comprara en el supermercado las medias que trae puestas, color negro, refugiando un par de pantorrillas que siempre ha sentido demasiado gordas. Refugiado un tesoro en el centro de su alma principesca. Los dos se sienten como trofeos, estatuas doradas dispuestas a derramar luces y vítores a la primer mirada que se acerque a sus campos de visión. Aún no se han dado cuenta el uno del otro, salvo por la llamita de luz. Ambos saben que la noche puede ser tortuosa o llena de experiencias sublimes. Siempre y cuando no combinen licores, siempre y cuando sus movimientos transmitan los mensajes adecuados a las personas indicadas.

La mesa donde se encuentra Bertha recibe la llegada de dos tipos demasiado tomados como para respetar el protocolo y el ritual de apareamiento. No son biondos, son un par de payasos que han convertido la vida de su amiga en un calvario. Uno de ellos canta a gritos una canción norteña... “por tu maldiiiiito amor...” La eficiencia del mesero atlético se demuestra en el modo como agarra el cuello del tipo y lo conduce a la puerta del antro. Cuando se abre la puerta, entra como ráfaga el sonido de la calle. Así como el frío verduzco de un otoño más o menos seco para el encuentro fortuito.

Un día más en la aldea global.

Juan se rasca la sien mientras platica con un conocido sobre las últimas noticias. Procura hacer notar el lustre de su chamarra de piel. Los días se van fumando repletos de poses y biondos que se redescubren a sí mismos cada vez que frecuentan los antros. Bertha simula un bostezo, pasa desapercibido. Vuelve a ver esa llamita que se enciende en la barra.

Otro conocido de Juan se acerca y dice una frase enigmática que hace brillar su noche. “Últimamente tengo la manía de enamorarme de mujeres muertas”. Juan y su amigo poeta incidental pierden la concentración, se dejan llevar por una serie de luces que atraviesan, primero las esquinas, luego el techo del antro. Luces de autos, viajan por la ventana principal, se integran al ambiente del antro sin ser notadas más que por ellos. Y ni siquiera lo notaron mucho. El amigo de Juan el biondo se dirige al baño. Desaparece.

Bertha quiere que la noche sea especial. Que se involucre en el escenario una rosa envuelta en papel celofán, comprada en una esquina por el tipo que le dijo que tenía sonrisa bonita, con el que comparte unas fumadas del último cigarrillo que a ambos les queda a las tres de la madrugada. Juan quiere poder ver la mezcla de estrellas y nubes que esa noche figuraban en el cielo. Le gustan los inicios de la temporada de lluvias. Ambos usaron sus

fragancias secretas, personales. Las que sólo las hermanas y hermanos mayores conocen. Esta noche quieren que algo suceda.

Las sombras se esparcen por el antro, como si estuvieran vivas. Son las versiones ampliadas de los parroquianos, y de un gordo inmenso que siempre se sienta en la misma mesa, y que siempre procura molestar por lo menos una vez a Bertha. Viejo conocido de la escuela preparatoria, una noche salieron y él le ofreció cocaína. Luego le ofreció algo que ella prefiere no recordar. Una de esas frases que se quedaron pegadas en su mente por mucho tiempo.

Juan siempre recibe la misma propuesta del gordo inmenso: “Cuando quieras, ya sabes, aquí tengo”. Sólo ha probado coca una vez. No pudo dormir esa noche, y estuvo llorando en la sala de su casa. El domingo fue a misa y se preguntó si Dios realmente existía, ahí, justo en medio de la misa, cuando el padre Anselmo iniciaba el sagrado sacramento.

Juan y Bertha tienen el mismo discurso en torno a las drogas: “O sea, no es que esté en contra de las drogas ni nada de eso, pero...” Es la única frase que llegan a decir, porque se da en el contexto de una plática-profunda-sobre-te-mas-profundos, y siempre son interrumpidos por alguien más, la voz más autoritaria es la que llega a terminar sus argumentos. Tanto ella como él reconocen que su sencilla intervención entrecortada es más que suficiente para manifestar su punto de vista.

En algún momento de la noche, entre la canción esa que les recuerda a esa vez, y la otra canción que habla del amor, ellos pensaron en poder conocer a alguien.

Juan se dirigió al baño, y se percató de cómo sus movimientos dejaban una estela de fragancia, lo mismo que Bertha. Se sentían como príncipes y princesas rebeldes que buscaban el desenfreno y una serie de gemidos en un hotel de paso. Pero no podían ser demasiado obvios. Bertha se paró para ir al baño, se dio cuenta que dejaba una estela de fragancia a su paso. Dos tipos que ni siquiera llegaban a biondos, levantaron sus cabezas cuando ella cruzó frente a ellos. Se observaron, vieron la espalda y las caderas protuberantes de Bertha. Luego volvieron a contemplar sus tarros de cerveza. Uno de ellos pensó en Bertha cuando, dos horas después, estaba acostado en su cama.

Todos tenemos miedo al peligro y la determinación, y eso es lo que Bertha y Juan contemplan mientras orinan en sus respectivos baños. Tienen que ir asumiendo sus personajes con la calma y la reserva que se requiere para que el próximo conquistado caiga a sus pies. Nunca saben cómo pero, en una especie de mágica resolución que las noches le otorgan a los biondos, independientemente de las futuras rupturas de corazón, siempre les resultan las cosas.

Vuelven a sus puestos. Juan se acomoda la camisa antes de partir, desabrocha el primer botón, se dio cuenta en el espejo de un look recatado, sobrio. Bertha descubre un cierto mareo, producto del último trago, y decide tomar el siguiente con mayor calma. O probablemente fue el cigarrillo. O las hormonas. La luz del baño, el hecho de que acaba de rociarse un poco

más de perfume, y se acaba de dar cuenta que es muy intenso el olor. Nunca se sabe lo que depara la noche.

En alguna parte de la ciudad, probablemente en un banco o una oficina de gobierno, las manecillas del reloj comienzan a marchar con prisa. Llega la una de la mañana, hora pico para el encuentro fortuito entre dos personas que buscan compartir un poco de saliva y anécdotas sobre el ambiente en el antro.

Comienza la música perfecta para la cacería, pero ni Juan ni Bertha se mueven de sus sitios. Juan advierte una llamita que se enciende en una de las mesas, pero eso fue todo. Los dos están platicando “cosas importantes” con sus amigos y conocidos. Temas que hablan de sentimientos y valores y cosas culturales y bien poéticas y hermosas e inspiradoras. Comparten citas del último autor de libros de superación personal que estuvieron leyendo. Preguntan si acaso leíste el último... es muy bueno. No salen de ahí, de que “es muy bueno”. La noche llega a un estadio donde los normales identifican a sus parejas, los no normales se fueron hace rato, y los tristes cadáveres alcohólicos reposan en la barra y hablan con su rostro en el espejo de enfrente: “eres un perfecto imbécil”. Hay quienes aparean, hay quienes tienen accidentes rumbo a sus casas, hay quienes se quedan en la barra hasta que cierran el lugar. El gordo inmenso y cocainómano se quedó solo en su mesa. En pocos segundos se dirá a sí mismo “recuerda que tu papá dijo que los hombres no lloran, no seas maricón”.

El resto, los biondos, como siempre, están pasando la noche de sus vidas. Una parranda bonita, llena de gente bella y amigos con quien compartir espacio mientras el ambiente dure y la mirada de aquella que enciende a cada rato cigarrillos, aquel que enciende a cada rato cigarrillos, comienzan a perfilar una estrategia de ataque.

Juan y Bertha acaban de darse cuenta el uno del otro. El uno advierte una mirada esquiva, el otro advierte a su vez otra mirada. Fuman su cigarrillo y toman su trago, desvían sus ojos de las conversaciones con los amigos, en cuanto llegan a identificar las pupilas de ese otro acercarse a las suyas, inmediatamente cambian de sitio, vuelven la mirada a sus mesas o a la ventana frente a ellos. Las luces de automóviles siguen plasmando sus sombras en las paredes.

El amigo de las frases crípticas volvió con Juan, llevaba buen rato platicando con él. “¿Por qué dejé de creer en Dios?” fue lo que dijo el amigo, a lo cual Juan respondió con un simple “No sé”. Y cual galán de anuncio de desodorantes, se despide con un apretón de hombros, y se dirige a otra sección del antro, un sitio neutro, donde Bertha y él acordaron —tácitamente, con la mirada— encender un cigarrillo juntos.

Reconocidos en la seducción demasiado aparente, cuando dos biondos deciden encontrarse, es como un cataclismo de lugares comunes, que da un poco de vergüenza describir en estos párrafos.

Están los típicos “vienes aquí seguido”, las miradas un tanto confusas de la bionda, el look ridículamente estudiado del biondo, referencias a po-

sibles amigos mutuos, posibles escuelas mutuas, maestros, materias en común con las que tuvieron que lidiar cuando hace unos años...

Las invitaciones a un trago, ante la ausencia de una pista de baile. El intercambio de miradas tímidas, las lecturas de pensamiento. Menciones de programas de gusto común, chismes de farándula o de fatasmas que intriguaron a ambos hace un par de semanas. Intercambios de números de celular y correos electrónicos, la pregunta obligada de “recibiste ese correo en cadena que hablaba sobre...” El último concierto la última película de. Como venida del cielo ponen esa canción que sorpresivamente es la favorita de ambos, pero todos sabemos que el “es mi favorita también” de Juan es falso, forzado, y ella lo reconoce, pero no importa. Le gustó, y huele bonito. En su inconsciente ya le puso un nombre, “el que huele bonito”.

Nunca reconocen la atracción de manera tajante, son románticos pero no empedernidos. Tienen los pies bien puestos en la tierra, y al día siguiente los dos tienen cosas que hacer en sus respectivas vidas. Bertha puede comenzar a imaginar un beso de Juan. Juan puede comenzar a imaginarse tomando las manos de Bertha mientras la penetra. La vida fluye con rapidez, los tiempos cambian, las cosas no son como antes. Soy una persona espiritual, me gusta disfrutar de la vida al máximo. Mis amigas dicen que puedo a veces ser demasiado confiada, ingenua. Mañana seguro va a llover. Nunca voy a olvidar la secundaria. Siempre me ha gustado ese grupo. ¿Dónde dices que vives? ¿Dónde dices que trabajas? Sí. A mí también me gustaste desde que te vi.

Juan le ofrece otro cigarrillo a Bertha. Ella lo acepta, lo mira directamente a los ojos mientras él acerca el encendedor a su boca.

A lo lejos, Bertha puede ver cómo sus amigas se llevan del antro a la gorda. Unos compañeros de su trabajo le estuvieron enviando shots de tequila a la mesa, nomás para verla emborracharse. La gorda cantó una canción de Gloria Trevi a todo pulmón, los meseros dicen que fue el punto alto de la noche. La gorda llegó a su casa y lloró como por dos horas, hasta que el llanto la arrulló y durmió exhausta.

Juan se ofrece a llevarla a su casa. Ambos salen del antro queriendo tomarse de la mano. Pero no lo hacen.

Justo en la entrada, Juan y Bertha ven a dos perros cogiendo. Se ríen un poco. Luego ven a una pareja que discute en el estacionamiento. A un tipo que está encerrado en su auto, las ventanas arriba, con el estéreo a todo volumen. Una canción de José José.

Cuando Juan abre la puerta del auto, Bertha inmediatamente detecta el aromatizante de manzana con canela. Él detecta un montón de CD's apilados en el asiento del copiloto. Los avienta al asiento trasero, gesto un poco desesperado, a juicio de Bertha, pero a ella no le importa, ya decidió cosas que no han ocurrido aún.

Cuando salen del estacionamiento, se encuentran sentada a la orilla de la acera a una pareja, mucho más joven que ellos. Habrán tenido unos diecisiete años. La pareja estaba besándose y compartiendo una botella de

cerveza, un cigarro de marihuana, cuyo aroma los biondos perciben a lo lejos. La muchacha que estaba sentada con su novio en la acera, mientras se deja llevar por el poco apasionado beso del novio, recuerda una frase que se le quedó pegada desde la mañana: “¿Qué se sentirá desintegrarse poco a poco, hasta dejar de existir?”

El hombre de la cara melancólica se sienta en la barra de un bar conocido, acompañado de dos biondas que huelen a flor de buganvilia

Descubre el hombre de la cara melancólica una cajetilla aplastada de Benson and Hedges mentolados. A lo lejos, comienzan a reptar los primeros acordes de piano de una canción de Tom Waits. Y luego se acercan unas manos. Largos los dedos, uñas pintadas de negro. Tientan la cajetilla. Nada. Los dedos señalan en dirección del cantinero. “Unos Benson, por favor. Mentolados”.

“¿Y por qué realmente titulas el libro ‘Las biondas no tienen corazón?’” Es la voz de una mujer. El hombre de la cara melancólica y la mirada no menos triste, voltea y observa unos labios rojos, abultados, unas cuantas grietas, unos labios arrugados. Tres hielos comienzan a derretirse en su vaso con vodka y jugo de papaya. No responde a la pregunta.

“O sea, no es como si realmente no tuviéramos corazón, ¿verdad?” Esta es otra voz, otros labios, que el hombre de la cara melancólica y un vaso de vodka con jugo de papaya en sus manos, descubre con cierta sorpresa. No se había dado cuenta que serían dos las biondas que lo acompañan. En realidad, lo defienden. Un poco. Afuera del bar (un sitio poco frecuentado por las biondas, más bien un lugar para tipos con caras melancólicas) hay una turba de biondas que se manifiestan en contra de su melancolía, sus ojos tristes, y el hecho de que está escribiendo un libro acerca de ellas. Pero estas dos biondas entraron al bar, como emisarias de sus compañeras, porque, muy propio de este tipo de mujeres, quieren llegar al meollo del asunto.

“O sea, no es como si quisieras decir que somos una especie de zombie sin corazón, ¿verdad? Como si dijeras que... ¿cómo se dice? que *literariamente* no tenemos corazón, ¿verdad?”

“Liter... no, muy pedante...” el hombre de la cara melancólica y un trozo de hielo en su boca estaba a punto de corregir. De por sí estaba en problemas.

Se asoman los labios de la otra mujer, la que pregunta. Los labios que no conocíamos. Un poco más carnosos, menos arrugados. Eso sí, un poco más molestos. Dado que el hombre de la cara como les mencioné no acostumbra subir la mirada, no veía a los ojos a esta mujer. Entonces, pues, los labios. Estaban a punto de decir un insulto, algo similar a un “pinche joto”, o “mira este hijo de su...” Pero se contuvieron. Los dedos de las uñas pintadas la tomaron del hombro, le pidieron que se contuviera. Se contuvo.

El hombre de la cara melancólica y un saco verde olivo está a punto de decir algo. Toma otro sorbo de su horrible trago y luego dice: “Pensé que

sería un buen título para vender el libro en supermercados. Imaginaba hordas de mujeres liberadas por mis palabras. Programas de T.V., paneles de discusión, dos tres comentarios editorialistas en el noticiero de las diez. Por otro lado, sentía placer al tenerlas siempre presentes, junto a mí, acompañándome día y noche, en mi mente. Jugaba con la idea de que este fuera un modo de crear un personaje sublime, o por lo menos un personaje inolvidable.”

A lo lejos, la rockola cambia la canción, al mismo tiempo que cambia todo el mood de la escena. El hombre de la cara melancólica y el gesto de incomodidad nunca ha sido aficionado a la música ranchera. Más a lo lejos, una piedra es arrojada.

La piedra rompe la puerta de cristal. El tipo de puertas que tiene el nombre del bar en rótulos hechos a mano. Vidrio polarizado. Una luz tremenda, por molesta, por impertinente, se dispara hacia el interior del bar. Una de las biondas afuera grita algo ininteligible. No sonó muy agradable.

“O sea, *literariamente*, ¿no quieres decir que somos unas personas que no tenemos corazón, verdad?”

“No”.

“Porque corazón tenemos. Y tenemos un corazón fuerte, o más bien, fortalecido. Nos gusta darle caricias, contarle nuestras penas, darles un poco de ánimo cuando la vida nos da para abajo.”

“Eso lo sé”

La bionda de los labios menos arrugados y las uñas pintadas de negro es la que está haciendo las preguntas. La otra fue a averiguar qué pasó afuera.

“Veo que te encuentras en problemas con el montón de amigas que piensan que tu libro es un asco, que tu idea de hablar sobre nosotras es una campaña de desprestigio hacia nosotras”

“No sé si mi libro es un asco. No sé si sea una campaña de desprestigio”

“¿Qué es, entonces? ¿Por qué interesarse tanto en nosotras?”

“Tiene algo que ver con un sábado por la noche en una quinceañera”

“...”

“Olvídalo. Ni yo sé de lo que estoy hablando”

“¿Estás borracho?”

“Un poco. Por el jugo de papaya. Está pasado.”

El hombre de la cara melancólica y las respuestas inconexas no es del agrado de la bionda con uñas pintadas de negro. Lo reconoce cuando, de reojo, nunca directamente, puede ver en el espejo frente a sí, el rostro de una mujer que se está desesperando con él. Rostro que acomoda en sus labios medio arrugados otro cigarrillo. El hombre de la cara melancólica y el encendedor rosado ofrece la lumbre. “Gracias.”

“Veo que no es falta de caballerosidad”.

Es la voz de la otra bionda, que acaba de regresar con una hoja de papel. En la hoja, un dibujo, sorprendentemente muy bien hecho con lápiz labial, del hombre de la cara melancólica. En el dibujo, su cara no es melan-

cólica. Es un poco más terrible. El hombre con este tipo de cara no sabía que las biondas lo veían como un tipo con colmillos y sonrisa de sádico. Puede corroborar que la sogá de la que cuelga en el dibujo posiblemente cumpliría su propósito de ahorcarlo.

Las dos biondas se sientan a los lados del hombre con la cara melancólica pero el gesto un poco sorprendido por la acción. Los dedos de ambas reposan en sus hombros. La última vez que estuvo en una escena similar, el entrenador de lucha grecorromana le había propuesto algo que le dio mucha, pero mucha risa. Al entrenador no le dio tanta risa.

“Queremos saber si es por despecho o por amor”, “es todo”. Una de ellas dice lo primero, la otra lo segundo. No huele tan mal el humo de los cigarrillos mentolados. En un gesto de licencia borracha, el hombre de la cara melancólica y ocho vasos de vodka con jugo de papaya en el estómago, decide tomar un cigarrillo, por primera vez en cinco años. Lo enciende. Como que quiere comenzar un largo discurso, algo no se lo permite. De pronto, un pellizco. Viene de la bionda más agresiva. “Ándale, pues. Mira nomás lo que tienes a las amigas pensando de tí”. Señala el dibujo.

El hombre de la cara melancólica y la timidez crónica jamás hubiera imaginado que iba a llegar a este nivel de histeria. Se asoma a través del cristal roto de la puerta. Piernas de mujeres, dos tres minifaldas, empujones y quejidos de mujeres. Una de ellas gritó “Muerte al perro maldito”.

El hombre de la cara melancólica y la afición un tanto enfermiza por la música de su adolescencia, desconoce al principio la canción de Morrissey que acaba de ponerse en la rockola. Hay veces que las canciones llegan tan en el peor momento, que lo único que puede hacerse es reír. Sobre todo reír porque a nadie realmente le interesa el contexto en el que pones las canciones. Como si vivieras tu propia novelita interior.

Otro sorbo al terrible trago. El humo del cigarrillo lo marea, prefiere apagarlo. La bionda de las uñas negras lo detiene a medio camino, le quita el cigarrillo de sus dedos, lo pone en sus labios. Pudo escucharse el sonido de fritura que emite el cigarrillo cuando es fumado con cierta prisa. Pudo verse cómo la brasa se extendía. Luego, una voluta de humo en esa cara melancólica. Morrissey es un imbécil.

La bionda menos sensual y más avispada, la que controlaba a la marabunta de biondas afuera, se acerca al oído del hombre con cara ahora extrañada, y susurra lo siguiente: “Dime, papi... ¿qué fue exactamente lo que te hicimos que decidiste escribir ese libro tan feo?”

Papi.

“Algo pasó en esa quinceañera que mencionó hace unos minutos”, de pronto dice la otra, sus uñas negras repiqueteando en la barra.

“Dinos. Puedes confiar en nosotras”

“Una vez escribí una historia sobre una cajera de supermercado que se había vuelto famosa porque se cogía a todos los hombres del pueblo”.

Las biondas no se esperaban que el hombre de la cara melancólica y una copia del libro sobre las biondas sobre la barra, comenzara de nuevo con sus non sequiturs.



“Al final, la mujer desaparece en una nube de humo rosado. El personaje se llamaba ‘la mujer buganvilia’, porque sus amantes decían que olía a flor de buganvilia. Nunca he sabido si las flores de buganvilia tienen realmente un aroma, por así decirlo, distintivo. Lo que sí sé es que el cuento lo escribí cuando tenía quince años. Fue terminado, precisamente, el día que cumplí quince años.

“Esa noche, fui a una quinceañera. Fue la primera vez que descubrí esa especie de mujer llamada bionda. Se encontraban en todos lados, en la pista de baile, cerca de las mesas de los familiares, acompañando a la festejada. Y fui testigo de sus constantes procesiones: primero veías a una de ellas, sola, debajo de un árbol de buganvilia, esperando que un muchacho, al otro lado de la pista, con sus amigos animándolo, se acercara a platicar. Era como si todo estuviera arreglado. El muchacho llegaba con todo y su triste problema de acné a donde la bionda, se decían dos tres cosas, se tomaban de la mano, y luego él se despedía y volvía con sus amigos. Seguido de esto, llegaba una multitud de biondas, rodeaban a la bionda agraciada, y platicaban en secreto. Y luego corrían hacia el baño. Esa noche decidí seguir los pasos de la muchachita bionda; de ahí en adelante, no había fiesta, convivio o encuentro fugaz, en donde no me encontrara observándola, estudiándola.

“Al principio, la escena se repetía. Era evidentemente la muchacha más popular de su grupo, pero de manera especial, porque aparte, no era una mujer vanidosa, no tenía malas intenciones y siempre tenía tiempo para platicar con este o aquel compañero de escuela poco afortunado para los modos de la vida social, o con la amiga en la silla de ruedas, o con los papás de la amiga a la que se le murió su hermano.

“Las he detestado y las he querido toda mi vida”, interrumpe una de las biondas, sentada en la barra, un poco más apaciguada por el carácter adormecedor que tiene el contar historias.

“Eh... sí...” responde el hombre de la cara melancólica y las ganas de pedir otro trago, sintiendo que estaba a punto de perder el ritmo de la narración. “En fin...”

“...no podría afirmar que me gustara, o que sintiera atracción por ella. De hecho, nunca la conocí, salvo en una ocasión...” El hombre esboza una sonrisa que apaga un poco la melancolía, pero no del todo. Y por primera vez alza la vista, la dirige a la bionda de uñas negras. Sin quitarle la mirada, toma otro cigarrillo de la cajetilla. Incluso lo enciende mientras la sigue viendo. Luego continúa.

“He tenido muchas mujeres en mi vida, algunas han sido unas musarañas obsesivas, que merecían ser electrocutadas en la vía pública, otras han sido excepcionalmente bellas y tiernas, otras incluso han llegado, junto conmigo, a ese plateau en el cual los hombres y las mujeres deciden si la cara del otro no es lo suficientemente detestable como para soportarla el resto de la vida. Sin embargo, nunca fue ella. Sin embargo, ahora estoy solo.

Otra piedra sale volando por los aires, afuera. Esta vez, aparece rodando frente a ellos, atravesó el cristal roto de la puerta. Al principio creyeron que se trataba de una bomba de gas lacrimógeno, pero no. Era una simple piedra. Luego se escuchó un grito que dijo “Chingada madre...”

“Pues ya más o menos se dan una idea del tipo de mujer que se trataba, y de que la estuve siguiendo durante años. Más que seguirla, averiguaba a qué fiestas o en qué lugares se iba a encontrar los fines de semana, y luego, muy sutilmente, iba siguiendo sus pasos. Sus gestos. El modo como se sentaba en las mesas o en las barras, cómo observaba a las personas con las que platicaba. Sus novios. Aquí y allá me tocó verla llorar, reírse a carcajadas, tomar por primera vez un trago fuerte, abrazarse de una amiga que tenía mucho tiempo sin ver. Llorar nuevamente, mientras hablaba por un teléfono celular. Una vez la vi caerse por las escaleras de un antro, despararramándose frente a mí cuando yo iba subiendo. Tuve oportunidad de ayudarla a levantarse, y ese fue el momento decisivo, cuando la muchachita que había conocido en la quinceañera, estaba cambiando. Después de levantarla, quise ayudarle a acomodarse el vestido, y recibí un empujón y un ‘¡Quítate, pendejo!’”

“La pinta de sus novios comenzó a cambiar. Y no sólo eso: la rapidez con la que los novios se sucedían fue incrementando, al punto en que comencé a dudar si se trataba de novios, o de encuentros fortuitos de un viernes por la noche. Me tocó verla asustada, bajándose de un auto (posteriormente supe que era el auto de su jefe) que arrancó poco antes de que ella descendiera. Me tocó verla sola en un bar, desmejorada, acompañada de su piña colada y de una mirada lasciva que incomodó a los que estábamos ahí. Lentamente, estaba ante una mujer que se deterioraba. Y a pesar de que fui testigo de una infinidad de escenas en las que ella era la protagonista, no tengo la menor idea de cómo llegó al estado en el que se encuentra hoy en día.

“Hoy en día, la bionda tiene mi edad —46 años— y aún pueden verla en los antros y bares de nombre conocido en la ciudad. Sola, tomándose una piña colada.

Una de las biondas que escuchaba la historia, el hombre no supo quién, soltó un breve sollozo. La otra le dio un manazo y le dijo “¡Ash... No seas mamona!”

Previendo una reacción por parte de estas sus nuevas amigas, el hombre de la cara melancólica y la mirada complacida por tener una audiencia tan atenta, se toma tiempo antes de decir lo que iba a decir a continuación.

“Hace diez años, tuve oportunidad de conocerla”.

Las dos biondas voltearon rápidamente hacia el hombre. “¿¿Qué quéééé??”

“Fue precisamente en la misma casa donde todo había iniciado. La casa donde fue la quinceañera, que precisamente se trataba de su mejor amiga de la adolescencia. Fue en una reunión de ex alumnos de no sé qué secundaria.

Las biondas no quitaban los ojos de este tipo. A lo lejos, en la calle, se escuchó lo siguiente: “Ya me harté. En cualquier momento, cabronas... ¡vamos a entrar!” Se escuchó un ruido fuertísimo allá afuera. El hombre tomó la copia del libro en sus manos.

Las biondas sintieron su nerviosismo, y le dijeron, “¡Sigue, sigue, no nos dejes picadas!”

El hombre continuó, “Esto se semeja tanto a la ficción que hasta un poco de vergüenza me da...”

“Tuve el ánimo de acercarme a ella, pero no de confesarle mi secreta intervención en su vida. No me reconocería, ya que yo era de esos tipos que pasaba desapercibido. Y fue justo debajo de esa buganvilia donde por fin me decidí a encontrarme con ella, justo donde ella se paró por unos minutos, como queriendo recordar algo.

“Vi que ella no tenía trago, así que fui a la barra y le confeccioné su piña colada, con una considerable cantidad de ron. Me acerqué a ella, y ni siquiera me presenté, sólo le entregué el trago. ‘Gracias’ me dijo.

“Nos quedamos ahí, los dos, parados sin decirnos nada. Procuramos no voltear a vernos, sólo sorbíamos nuestros tragos y veíamos sin ver a la gente de la fiesta. Pasaron unos diez minutos. Luego, como una especie de encuentro fortuito, nuestras miradas se cruzaron. Yo dije, ‘Sí, ¿verdad?’, y ella dijo, ‘Sí. Y eso fue todo.’”

Justo cuando terminó de decir estas palabras, el hombre de la cara melancólica y sus dos amigas biondas, vieron cómo una multitud de mujeres, tumbaron el resto de la puerta de cristal, y entraron al bar.



## Índice

Anatomía de una bionda	11
La seducción de una bionda	16
Sobre el origen de las biondas	22
La mirada de las biondas	27
Lista de pensamientos internos comunes —no célebres— de las biondas	29
Una bionda pondera la vida y la muerte en pleno viernes de fiesta	31
El aroma de las biondas	35
Estaba una bionda sentada en una mesa de bar conocido	38
Distintas aproximaciones a una bionda	44
Las biondas no corren	48
Lista anecdótica de canciones para biondas	54
Distintos ejercicios para encontrar biondas en la calle, en la escuela, en edificios públicos, al fondo de un acantilado, ocupando la otra almohada en tu cama	57
Una madre bionda habla por primera vez sobre las lecciones de la vida con su hija bionda, el día de su primera regla	61
Lista de datos sobre las biondas que sólo son importantes porque pueden reunirse en una lista	66
Cámara lúcida, a propósito de las biondas	69
El <i>blog</i> de una bionda	72
¿Acaso existen los biondos, también?	74
Contradanza de biondo y bionda	80
El hombre de la cara melancólica se sienta en la barra de un bar conocido, acompañado de dos biondas que huelen a flor de buganvilia	86



**Las biondas no tienen corazón**, de Alejandro Espinoza se terminó de imprimir en abril de 2005. Se utilizaron para su composición tipografías Garamond de 10 y 12 puntos. La edición estuvo al cuidado de Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal.

